

eCh>
enseñachile

OTRA COSA ES CON PIZARRA

TRANSFORMANDO CHILE
DESDE LA SALA DE CLASES



UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO
ESCUELA DE PERIODISMO

OTRA COSA ES CON PIZARRA

TRANSFORMANDO CHILE DESDE
LA SALA DE CLASES



1ª edición: octubre 2012

© Fundación Enseña Chile. Bandera 236, 19A. Piso 2.
Santiago de Chile. Registro 221.609.

ISBN: 978-956-9239-00-7

Edición: Alfredo Sepúlveda

Corrección: Lissette Sepúlveda

Fotografía: Susana Adriasola

Diseño: Constanza Gaggero

Agradecimientos especiales a Fabián Lobos, autor del título de este libro, y al equipo de comunicaciones de Enseña Chile: Mónica Martín, Francisco Romero y Kristell Pfeifer.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Impreso en C y C.

OTRA COSA ES CON PIZARRA

TRANSFORMANDO CHILE DESDE
LA SALA DE CLASES

INDICE

- 11** **INTRODUCCIÓN**
POR TOMÁS RECART
- 21** **CAPÍTULO 1**
ENCONTRAR EL ENTUSIASMO
POR ANGÉLICA BULNES
- 45** **CAPÍTULO 2**
MI RESPONSABILIDAD
POR ANGÉLICA BULNES
- 67** **CAPÍTULO 3**
APRENDER HACIENDO
POR MARISOL GARCÍA
- 85** **CAPÍTULO 4**
LA TRANSFORMACIÓN URGENTE
POR ANDREA LAGOS
- 111** **CAPÍTULO 5**
MÁS ALLÁ DE LA SALA DE CLASES
POR ANDREA LAGOS
- 135** **CAPÍTULO 6**
TESTIMONIOS DE CAMBIO
POR MARISOL GARCÍA
- 157** **IMÁGENES EN LA SALA**
UN ENSAYO FOTOGRÁFICO
POR SUSANA ADRIASOLA

INTRODUCCIÓN

Para resolver el problema de la educación se necesitan muchas soluciones, y casi todas al mismo tiempo, pero antes se requiere a las personas que puedan implementar estos cambios. Hoy escuchamos muchas propuestas en relación con lo que hay que hacer para encontrar soluciones, y la mayoría tiene razón. Sin embargo, el problema de la falta de oportunidades es demasiado grande y tiene muchas variables. En este aspecto, hay diversas maneras de igualar oportunidades y dar movilidad social, pero faltan personas para implementarlas. Como dice Kathleen McCartney, decana de la Harvard Graduate School of Education: “La verdadera brecha que hay que cerrar en educación es entre lo que sabemos y lo que hacemos”.

En Enseña Chile buscamos construir un movimiento de profesionales de excelencia que se comprometan durante dos años con la transformación de sus estudiantes a través de la acción en la sala de clases. Para realizar esto, reclutamos y seleccionamos rigurosamente a licenciados y titulados de diferentes carreras, los formamos en un proceso continuo de dos años, con intensidad al inicio, y luego a través de una red de profesores y tutores que se acompañan durante el ejercicio docente. Esta red perdura pasados los dos años y ayuda a unir a los agentes de cambio de diversas áreas que trabajan por disminuir la brecha educacional.

Enseña Chile se inspira en el exitoso modelo de Teach for America (TFA), uno de los principales proveedores de profesores

para los niveles socioeconómicos más bajos de Estados Unidos, reconocido por construir un equipo de líderes comprometidos con la excelencia y equidad educacional.

TFA fue fundada por Wendy Kopp en 1990, quien propuso este modelo como su tesis de grado en la Universidad de Princeton. Ella estaba convencida de que en su generación había muchas personas que buscaban realizar un verdadero cambio en la sociedad, y que muchos de los mejores alumnos universitarios estarían dispuestos a ser profesores y a formar parte de un cuerpo destacado de docentes, antes que optar por otras oportunidades laborales más lucrativas.

En enero de 2008 se fundó Enseña Chile. En 2009 comenzó a trabajar la primera generación de profesores Enseña Chile. Esta iniciativa ha sido replicada en otros países, formándose así la red internacional Teach for All, que en 2012 cuenta con 25 países.

En Enseña Chile existe diversidad en términos políticos, religiosos y económicos, pero a todos nos unen tres cosas: altas expectativas con respecto a nuestro trabajo y nuestros estudiantes, capacidad de hacernos cargo de nuestras responsabilidades y unir lo macro (las políticas públicas y los debates sobre educación) con lo micro (la sala de clases).

Déjenme contarles por qué estamos tan convencidos de todo esto.

Primero: en Enseña Chile hemos vivido el “es posible”. En 2011, un profesor de Enseña Chile, durante su segundo año en el programa, logró que su curso sacara 50 puntos en promedio más que el puntaje obtenido por el Liceo de Excelencia de la misma comuna en la PSU de Matemáticas. El 40% de sus estudiantes entró a universidades del Consejo de Rectores, a pesar de haber estado cinco meses en toma.

Los dos mejores puntajes PSU de la comuna de Peñalolén en 2011 fueron de alumnos de profesores de Enseña Chile. Daniel Naguil ponderó más de 700 puntos y Wilma Vera 658 puntos. Su curso entero ponderó 19 puntos más que el año anterior. En una escuela de Galvarino, en la Novena Región, donde también Enseña Chile tiene profesores, por primera vez se superó la barrera de los 600 puntos. En Cunco, también en la Araucanía, un Cuarto Medio ponderó 554 puntos promedio, 29 más que el año anterior y 150 más que la línea base que hicieron en

abril. Rolando Ilabaca, alumno por dos años consecutivos de nuestra Escuela de Verano (el preuniversitario que dictan los profesionales de Enseña Chile como parte de su formación), obtuvo Puntaje Nacional en Historia. Un Octavo Básico de un liceo en Cunco, que en promedio obtenía cerca de 270 puntos en el SIMCE de Matemáticas, logró históricos 297 puntos: el mejor puntaje de la comuna. Estos casos tuvieron profesores de Enseña Chile solo por uno o dos veranos; otros, fueron sus alumnos entre uno a tres años.

Según una evaluación hecha por el Banco Interamericano del Desarrollo (BID), durante nuestro segundo año de operaciones (2010), en un lapso de tiempo de seis meses, los profesores de Enseña Chile lograron diferencias estadísticamente significativas en aspectos cognitivos y no cognitivos entre sus alumnos.

Segundo: el cambio en la educación no es solamente técnico. Hay que hacerse cargo.

En noviembre de 2011 fui invitado a exponer a ENADE, el encuentro de empresarios más grande del país. Son más de mil, que junto a connotados líderes de opinión y políticos, se reúnen para discutir sobre los acontecimientos que están afectando al país. Jorge Marshall, presidente del Directorio de Enseña Chile, me sugirió visitar a los estudiantes de los colegios donde hacemos clases y preguntarles lo que ellos querían decirles a los líderes más importantes del país. El encuentro se titulaba *Vox Populi*, por lo que me pareció muy acertada su idea.

Cuando les dije a los estudiantes que ese día iba a este importante encuentro y que sus palabras las escucharían los más connotados líderes de nuestro país, sintieron incredulidad y vergüenza. Hubo un largo silencio. Finalmente uno levantó la mano y dijo: “Quiero saber si conocen la realidad de los colegios donde nosotros estudiamos”. El segundo agregó: “Quiero saber si realmente se están comprometiendo a que nosotros seamos la cara visible del Chile de mañana”. Luego otro señaló: “Quiero que sepan que si nosotros mejoramos, ellos también mejoran”. Así fue como por varios minutos escuché los mejores testimonios imaginables para mi audiencia, pero quizás la mejor frase fue: “Queremos más, tenemos hambre de más y podemos más, pero no se molesten, porque depende de nosotros”.

Como signo de su compromiso con sus estudios y el país,

les pregunté si querían firmar una bandera para llevársela a los empresarios. En la mitad de la bandera escribieron: “¡Se puede y depende de nosotros!”. Luego, en ENADE, la bandera fue firmada por el Presidente de la República, el Presidente de la Corporación de Producción y Comercio y el Presidente de Icare.

Después del encuentro muchos me preguntaron si no había sido demasiado *show*, ya que no se haría un seguimiento de esos estudiantes. Muchos fueron escépticos de que este tipo de convicciones generaría un cambio. Hoy puedo decir que esos mismos estudiantes son los que obtuvieron 50 puntos en promedio más que sus pares del Liceo de Excelencia de su comuna y que el 40% estudia en universidades del Consejo de Rectores.

Qué distinto es cuando no le echamos la culpa a algo o a alguien y asumimos la responsabilidad de salir adelante. ¿Se imaginan si esa convicción la tuviéramos todos los que trabajamos en educación y todos los estudiantes?

Estos jóvenes no son los únicos. Del centenar de seleccionados para la beca Equidad en la Universidad de Chile¹, cerca del 9% fueron alumnos de profesionales de Enseña Chile. Los segundo, cuarto y séptimo seleccionados de esta beca son estudiantes que tuvieron a un profesor de Enseña Chile. A nivel comunal, los puntajes de la PSU en Peñalolén subieron 5, 18, 19 y 27 puntos en promedio en los colegios donde están presentes nuestros profesores.

Sabemos que no se le puede adjudicar este logro íntegramente a Enseña Chile, ya que somos solamente un componente más en una comunidad educativa, pero cuando en la Municipalidad de Peñalolén le preguntaron a Brenda Elgueta, egresada del Liceo Mariano Egaña, cuáles fueron los motivos de sus resultados, su respuesta fue muy clara: “Este logro se debe al gran esfuerzo de los profesores de Enseña Chile. Sin ellos no podría haber sacado este puntaje. Creo que la entrega que muestran hacia los alumnos es fundamental para que uno se entusiasme y crea que puede salir adelante”. Según ella, los profesores que “se proyectan en los estudiantes”, son finalmente los que logran este tipo de resultados.

Podría seguir enumerando varios otros casos de éxito, pero

¹ Beca otorgada para estudiantes de colegios municipales, incluidos el Instituto Nacional, el Liceo Carmela Carvajal y el Liceo Manuel Barros Borgoño, que vienen de familias en contextos vulnerables.

el punto es que estamos en presencia de un fenómeno que debe ser analizado por quienes buscan claves para mejorar nuestro sistema educacional. No solo son cursos enteros que aumentan veinte a treinta puntos en la PSU con respecto al año anterior: estamos presenciando impactos aún más grandes en la autoconfianza, hábitos y expectativas que llevan a una mejor calidad de vida. Hoy la discusión en educación es principalmente técnica, lo que es importante, pero no debemos dejar de lado nuestras convicciones, nuestros valores y el propósito con el que hacemos las cosas. Esto es el fundamento para hacer buen uso de lo técnico.

El tercer punto que nos ha rondado estos cuatro años en la cabeza es la pregunta sobre cómo podemos hacer de estos casos de estudiantes y colegios algo sistémico. La discusión macro en educación pocas veces se vincula con la sala de clases. No podemos separar lo macro de lo micro, ya que finalmente en la sala de clases es donde fracasa o resulta cualquier modelo.

Nos hemos dado cuenta de que el trabajo que hacen nuestros profesores para conseguir estos objetivos no es sustentable. Trabajan sesenta a setenta horas por un sueldo de treinta y seis horas, en algunos casos ganando dos a tres veces menos de su costo de oportunidad. En carne propia han vivido cómo el sistema no ayuda a atraer talento ni menos a trabajar efectivamente y de manera sustentable. Sus horas de planificación, evaluación, reunión con apoderados y todo lo que implica la enseñanza fuera de la sala de clases es algo que ellos aportan por voluntad propia. Y si eres capaz de motivar y enseñar a 30 jóvenes un viernes en la tarde, seguramente eres capaz de hacer cualquier cosa. Es en la excelencia y la acción en red donde está la clave de Enseña Chile. ¿Se imaginan si dos mil de los mejores profesionales del país, de todos los ámbitos, pudieran vivir en carne propia lo que implica dar verdaderas oportunidades a todos sus estudiantes, independiente de su contexto u origen de vulnerabilidad?

Nuestra hipótesis es que tendrían un sentido de urgencia permanente, con la convicción de que es posible dar una educación de calidad a todos los niños y jóvenes en Chile. Pero lo más importante de todo es que no esperarán que otros lo hagan, sino que ellos mismos se harán cargo de unir la sala de

clases con el resto del país. Estas tres características son las que definen lo que nosotros llamamos un “líder transformacional”.

Con unos dos mil líderes transformacionales en todos los ámbitos de la sociedad, la frase “un día todos los niños tendrán educación de calidad” no será un eslogan, sino algo tangible y con fecha de inicio. Ese día debiéramos decir que la inercia de talento en el sistema de educación es tan grande que ya no se necesita Enseña Chile como un aportante más al sistema, ya que es marginal. Ese día podremos cerrar la puerta, apagar la luz de la oficina y ver cómo por todas partes hay servidores de justicia.

Es urgente, es posible, hay que hacerse cargo.

Tomás Recart

Director Ejecutivo de Enseña Chile

CAPÍTULO 1

ENCONTRAR EL ENTUSIASMO

POR ANGÉLICA BULNES

Felipe Merino se pone un delantal blanco y empieza el día. El ingeniero en aviación comercial no está pensando en turbinas ni en organizar los itinerarios de vuelo de una aerolínea, sino en cómo conseguir que un grupo de algo más de veinte adolescentes se concentre y siga el proceso de formación del planeta Tierra, algo que puede ser más complicado que controlar los flujos de entrada y de salida de un aeropuerto.

Hace un año Merino cambió las oficinas de Eurocopter, una empresa internacional enfocada en la fabricación y venta de helicópteros, para dedicarse a enseñar Física y Matemáticas a tiempo completo en el Centro Educacional San Esteban Mártir. Este colegio particular subvencionado está ubicado en el corazón de Lo Barnechea, la comuna con peor distribución del ingreso de Chile, donde viven, pero no necesariamente conviven, algunos de los niños más estimulados del país y los habitantes del Cerro 18, lugar tristemente célebre por las violentas peleas a balazos protagonizadas por grupos y pandillas. Varios de los alumnos del colegio en que trabaja Merino llegan caminando desde esa población que hace algunos años una ex alcaldesa, Marta Ehlers, trató de poner detrás de un muro. Cerca de la mitad de esos escolares son derechamente pobres o su situación económica es tan frágil que cualquier revés, una enfermedad o un imprevisto no contemplado en el ingreso familiar los puede hacer caer bajo la línea de la pobreza.

La teoría dice que la institución en la que cada día los cerca

de mil niños y niñas del San Esteban Mártir se internan por varias horas para aprender es la instancia clave para salir de la condición de vulnerabilidad social en la que viven. Los discursos, políticos y académicos, también aseguran que la educación es el mecanismo fundamental para igualar o acercar la situación de los jóvenes del Cerro 18 con la de los adolescentes que pocas cuadras más allá, en La Dehesa, asisten a algunos de los colegios con mejores resultados del país. La práctica dice otra cosa y, a juzgar por las caras y disposición que tienen ese lunes de noviembre, los estudiantes de Primero Medio del Centro Educacional de Lo Barnechea lo saben.

Esa mañana, a las ocho y media, los y las adolescentes no parecen estar pensando en romper el círculo de la pobreza o dar el salto que va a permitir acortar las brechas. Están cansados, tienen sueño y solo quieren que la clase de Física termine rápido. O tal vez les da lo mismo que pase lento mientras a ellos no les pidan involucrarse y para eso se meten debajo de los gorros de sus canguros a ver si así pasan desapercibidos.

Como todos los lunes a esa hora, el profesor Felipe Merino está listo para empezar a enseñar. El ingeniero, vestido con delantal blanco, tiene dos módulos para que la veintena de adolescentes que tiene mal sentada al frente salga de la sala entendiendo que la Tierra está formada por un núcleo, un manto donde predominan los silicatos, y cubierta por una capa llamada corteza terrestre. Pero también sabe que tiene que usar esa hora y media para volver a conectarlos con la idea de que aprender esa materia tiene un impacto directo en su futuro y que lo que hagan o dejen de hacer en esa asignatura y en el resto de las que tienen en el día, es fundamental para el rumbo que tomarán sus vidas.

Por eso Merino parte el día desdoblándose. En su primer año como profesor de Enseña Chile ha aprendido a palos que el Felipe que se ríe cuando los estudiantes imitan su seseo o le explican que Saturno tiene anillos porque está casado, tiene que ser firme, porque si deja pasar una falta o es demasiado simpático y no logra mantener la distancia con su audiencia, perderá en la disputa por la disciplina. “En clases tienes que estar dispuesto a aguantar muchas cosas que en tu vida normal no tolerarías y para eso necesitas desarrollar una estructura mental”, explica.

Aunque es la primera hora de la mañana, la sesión empieza con el llamado a ordenar los escritorios. Merino pide que barran o pasa la escoba él mismo y recorre la sala amenazando con requisar los celulares y audífonos que queden a la vista y echando capuchas atrás. A veces les da un golpecito cariñoso en la espalda o les toca un hombro a los alumnos y, aunque ellos no demuestren demasiado entusiasmo, ya es algo que se dejan hacer.

La sesión se da por iniciada con unos videos llenos de lava que Merino se quedó buscando hasta tarde la noche del domingo. Explican que la Tierra se formó a partir de violentas colisiones. Una parte significativa de la sala ya está poniendo atención, pero no es el caso de un joven flaco y de pelo claro sentado en la esquina con la cabeza apoyada sobre una mochila que aparentemente permanece sin abrir sobre el escritorio.

–Camilo, saque su cuaderno ahora ya o se va de la sala –dice Merino con voz estricta.

–¿Qué no ve que ya lo saqué, acaso? –grita el aludido, al mismo tiempo que levanta la mochila y muestra el cuaderno desafiante.

–Bueno, ahora ábralo y empiece a tomar notas –le contesta impassible el ingeniero.

La clase continúa, pero Camilo queda enojado y el aire está tenso. “Estábamos hablando de la fuerza de gravedad que hace que los cuerpos se atraigan”, retoma Merino mientras empieza a caminar hacia el puesto en que está sentado el alumno con cara de taimado. “Por ejemplo, Camilo y yo nos acercamos y nos acercamos”, agrega a medida que llega a su lado. “Pero la fuerza de gravedad no es suficientemente poderosa como para que choquemos”, dice mientras le echa el gorro para atrás y todos, incluido Camilo, se ríen.

La atención crece con los videos y cuando el profesor habla de lava, volcanes y terremotos. Decae cuando es el turno de silicatos y teorías y entonces los espera, repite la materia, vuelve atrás y los involucra con preguntas, alternativas, verdaderos y falsos. Algunas niñas, varias, aprovechan cada vez que se da vuelta a la pizarra para darse uno que otro retoque, un poquito de rímel en las pestañas, una emparejada de cejas con las pinzas o un intercambio de mensajes o estuches que vuelan de un escritorio a otro. Hay una, en cambio, que está particularmente atenta. Se llama Eva, se sienta en primera fila e interviene una

y otra vez.

—A ver, jóvenes. ¿Qué significa que un material sea homogéneo?

—Homo, dice Eva, tiene que ser “igual” porque homosexuales son las personas a las que les gustan los del mismo sexo, así es que debe ser material de un mismo tipo o algo así.

“Yo preparo la clase para ella”, confiesa Merino después en el recreo, y explica que como Eva está muy interesada se informa y hace preguntas difíciles que a veces lo dejan en ascuas. “El miedo puede ser el mejor aliado de un profesor”, agrega. Pero el interés no exime de las normas y las reglas y cuando el profesor Felipe ve que Eva saca los audífonos de la mochila y se los pone, reacciona instantáneamente. Los audífonos son uno de los grandes enemigos que enfrentan quienes hacen clases: enchufárselos es la forma más rápida y expedita que tiene un adolescente aburrido para abstraerse del colegio. Por eso él le exige a Eva que se los entregue, tal como anunció que haría al empezar la sesión. Ella se niega y argumenta que ha estado poniendo atención. Él insiste.

—Se los paso solo si me los entrega al final de la clase.

—Usted sabe que la regla es que si saca los audífonos se los quito hasta que se acaba el día.

—No se los paso entonces —dice ella ásperamente.

Sus compañeros siguen atentos la discusión. Es evidente que en este *round* solo uno de los dos, el profesor o la alumna, se saldrá con la suya. Los profesionales de Enseña Chile, que no solo son, sino que también se ven muy jóvenes, se enfrentan frecuentemente a situaciones como esta y coinciden en que la autoridad se juega en estos episodios y en ese momento no sirven ni el diálogo, ni la negociación.

“En este tipo de colegios tienes que tener a los alumnos cortitos. Después te van a conocer y querer, pero si empiezas por ahí, luego cuesta normalizarlos. Estamos hablando de cabros que a veces se agarran a combos con sus papás, con entornos *cuáticos*”, dice Camila Lecaros, actriz que está en el primer año del programa y hace clases de Inglés en el Colegio Polivalente Padre Pedro Arrupe de Quilicura. Son momentos en que no queda más que imponerse: “A uno al principio le cuesta entender que ellos quieren normas, pero la verdad es que necesitan sentir que el profesor o la profesora sabe lo que está haciendo y que

pueden descansar en ellos, que es justo lo que muchas veces no tienen en la casa”, agrega.

Varios profesionales de Enseña Chile coinciden también en que, para salir de esos momentos de tensión en que son desafiados, hace una gran diferencia si se cuenta o no con el respaldo del colegio, si la institución impone bien la disciplina o es más bien laxa con las faltas. Cuando esto último ocurre, y no hay medidas disciplinarias drásticas, los profesores se sienten más solos y vulnerables. Pero Merino parece confiado.

–Eva, elija: me entrega los audífonos o llamo al inspector.

–No –silencio.

–Esta es la última vez que se lo digo. Páseme los audífonos y se los entrego a final del día. Si no, voy a llamar al inspector, vamos a perder tiempo y además no se los va a devolver hoy en la tarde sino que se los va a quitar hasta que se acabe el año.

La sala sigue expectante.

“Ahí uno tiene que aprender a separar la parte emocional”, dice Merino. “Al principio uno se enoja, pero tienes que aprender a imponer las reglas sin enojarte. Yo me llevo increíble con Eva, pero estaba escuchando música y no importa si estaba poniendo atención o no. Las reglas tienen que ser iguales para todos y yo estaba tranquilo: si participas, excelente, pero no te da derecho para no cumplir la norma. A eso me refiero cuando digo que para hacer esto hay que desarrollar una estructura mental especial. Te vas transformando”.

Finalmente Eva, la alumna para la que el profesor se prepara y la que moviliza a sus compañeros con sus intervenciones, estira la mano y le pasa los audífonos. Merino le da las gracias y sigue adelante con la materia aprovechando al máximo el tiempo antes de que alguien vuelva a poner a prueba su paciencia y su autoridad.

* * *

“No quiero trabajar” dice con rabia una alumna de Primero Medio B que acaba de entrar a la sala después del recreo. La frase es una declaración de intenciones: quince minutos después de iniciada la sesión todavía no saca su cuaderno de Matemáticas y rehúsa moverse de su escritorio para formar grupos tal como ha pedido Felipe Merino. Si bien la alumna es la más

explícita, no es la única que se está demorando en seguir las instrucciones y comenzar a trabajar en la guía que tenían que traer lista para ese día. Cuando el profesor advierte que el que no quiere trabajar tendrá que salir de la clase, la escolar salta como un resorte, envalentonando de paso a otros cinco que salen con ella de la sala.

Más que los audífonos, la precariedad o los retoques de rímel, el problema fundamental que enfrentan hoy los profesores con estudiantes provenientes de entornos marginales es la desmotivación y desesperanza. Los profesores de Enseña Chile en diferentes comunas usan distintas palabras para decir más o menos lo mismo: entre los escolares hay rabia, inercia, abulia y desgano. “Los niños se desquitan de sus trancas y problemas acá. Tratan de demostrarse que no son nadie a través de sus actos, hay una cosa autodestructiva”, dice Fernanda Maturana, ingeniera comercial de la Universidad Católica y profesora de Matemáticas en el Liceo Cardenal José María Caro en La Pintana.

Víctor Ruiz, periodista y licenciado en Filosofía de la Universidad Adolfo Ibáñez, a punto de completar su segundo año en el programa, dice que los jóvenes caen a veces en una especie de “tedio existencial”, que tiene que ver con una mirada muy negativa sobre sus posibilidades y expectativas. Los estudiantes expresan que no importa lo que hagan, nada alterará significativamente el curso de sus vidas porque de alguna manera está escrito desde antes. De acuerdo a Ruiz, cuyo primer año en Enseña Chile transcurrió en el Instituto Estados Americanos de Lo Barnechea y el segundo en un liceo en Renca, en Lo Barnechea la situación es más aguda: “Allá te dicen ‘nunca voy a tener el auto de mi vecino’. O ‘el guardia de seguridad del Líder igual me va a mirar raro’. Son más difíciles de movilizar porque son más pesimistas. Entienden que su ideal está muy lejos de ellos porque ya no nacieron rubios”.

Esa actitud inmoviliza y para muchos profesores es la matriz que explica el mal comportamiento, la desconcentración o la indisciplina que cunde en los colegios. Por eso, el primer objetivo de los profesionales de Enseña Chile es sacarlos de ese estado: “Los alumnos no tienen referentes, ni visión, ni metas. Viven muy el hoy día, sin pensar en el mañana y si uno no tiene proyección, conectar lo que hace hoy con alguna

aspiración futura es muy difícil. En ese contexto lo esencial de nuestro trabajo es aclararles el norte y mostrarles opciones”, dice la economista de la Universidad de Chile Graciela Pérez, que está en su segundo año como profesora de Matemáticas en el Centro Educacional Mariano Egaña, en Peñalolén.

La falta de ganas de trabajar está vinculada con las condiciones de vida de estos adolescentes. Al preguntarles por sus historias, aparecen rápido tragedias y situaciones de enorme pobreza como la de la familia de Brenda Elgueta, que vive de los cerca de 40 mil pesos que les da la pensión de invalidez de su papá. La mamá se dedica a cuidar a su hermano mayor que tiene problemas severos de aprendizaje y a veces se pone agresivo. Brenda hizo toda su enseñanza escolar en el Centro Educacional Mariano Egaña en Peñalolén, uno de los colegios con mayor índice de vulnerabilidad de Santiago, y pese a todos sus problemas logró destacarse académicamente, en parte, reconoce ella, porque sus padres nunca han dejado de incentivarla. Pero esa no es la tónica que predomina: hay estudiantes que provienen de familias disfuncionales que pueden darles poco apoyo... o no tienen a nadie. “Cuando hay papá y mamá, son distintos, es más fácil llegar a ellos porque tienen algo de estructura. Si no, uno parte de una base más compleja”, dice Graciela Pérez. “Pero no siempre hay alguien detrás de ellos, entonces vienen al colegio a comer, a estar con los amigos o porque no tienen donde estar. A tomar desayuno, para no estar en la calle”.

A Joel, por ejemplo, nunca nadie antes le había dicho que era inteligente hasta que Ángela, su compañera de asiento de Segundo Medio en el Pedro Arrupe en Quilicura, este año le comentó que él entendía las cosas antes que ella. El joven dice que su principal apoyo son sus compañeros y profesores.

Como resultado de décadas de crecimiento sostenido, hoy en Chile la pobreza de estos niños y jóvenes no siempre está relacionada con la ausencia de bienes materiales o con no tener con qué llenar el estómago, sino más bien con la inexistencia de estímulos para el desarrollo: ambientes grises y planos o derechamente oscuros. Por eso, Pamela, en Quilicura, sueña no solo con que el presupuesto alcance para llegar a fin de mes, sino sobre todo con vivir en un lugar en el que los balazos no le impidan salir de su casa una vez que se oscurece.

Más que acumular cosas, le gustaría que su mamá, que llegó solo hasta Séptimo Básico, pudiera seguir educándose y que el día que ella tenga hijos estos no tengan que ver cómo se trafican drogas en la calle. En Lo Barnechea, mientras tanto, Dharna, alumna de Segundo Medio, cuenta con ojos medio llorosos que tuvo que interponer una demanda por maltrato contra su ex pololo, que le pegaba. Christian, su compañero, y su amigo Víctor, explican que nunca saben si una vez que salen volverán a sus casas: “Así son las cosas allá arriba donde vivimos. Cualquiera saca una pistola y...”, dice Christian, y se pasa el dedo por el pescuezo.

Los profesionales de Enseña Chile complementan las historias de estos jóvenes que antes de cumplir 18 años han visto o sido protagonistas de escenas que a otros niños sus padres no los dejarían ver ni en películas. Hablan de adolescentes que llegan con sueño porque trabajan en la noche o porque hay problemas adentro o afuera de la casa que no los dejan dormir, que crecen en ambientes en los que hay raras instancias para la conversación, escasas áreas verdes y lugares de recreación, y en los que sobran la droga y las situaciones de vida precarias. “Su vulnerabilidad”, dice Camila Lecaros, profesora de Inglés de Enseña Chile en Quilicura, “se ve en su falta de redes de apoyo, en papás desinformados que piensan que el Cuarto Medio es la meta, en no sentir que la educación es una ventana para abrir oportunidades, en no conocer derechos y deberes, en no entender que actuar violentamente no es lo cotidiano y que lo normal es relacionarse con buenas palabras”.

El desamparo también se ve en la falta de modelos que sirvan como fuente de inspiración. “Ellos no tienen ejemplos cercanos ni conocen experiencias exitosas a través de lo académico, del esfuerzo o del trabajo”, dice Graciela Pérez y explica que entre sus alumnos, que provienen en su mayoría de la población Lo Hermida de Peñalolén, “esa falta de familia se traduce en que no hay referentes”. Para muchos escolares los profesores son los únicos profesionales con estudios superiores que hay en su entorno y el principal desafío que tienen estos en la sala es “demostrarles que sí es posible por la vía del trabajo, del esfuerzo, del aprendizaje. Hay que promover el gusto por aprender a desarrollarse como personas y poder elegir”, dice Pérez.

Los profesores, al mismo tiempo que imponen disciplina,

deben ofrecer contención. “Tienes que convertir la clase en una instancia que sea amable y agradable para ellos, solo ahí empiezas a ver logros”, dice Camila Lecaros. Por eso uno puede reconocer la sala de un profesor de Enseña Chile con solo entrar: tienen sus muros tapados de carteles de colores con frases como “Nadie se queda fuera”, “99% de esfuerzo, 1 % de suerte” o “Cada segundo cuenta”. Los profesores de Enseña Chile ponen mucha atención en el orden y autocuidado en la sala: que el lugar esté limpio, en silencio y que su audiencia esté bien sentada antes y durante la sesión. Por eso, lo de que nadie se queda afuera tiene que ser de verdad: aunque la sesión comienza a enriellarse después de que los seis alumnos de Primero Medio se levantan y se mandaron a cambiar, Felipe Merino deja a los adolescentes que se quedaron lidiando con la guía de Matemáticas, y sale a buscar a los pollitos en fuga, los trae de vuelta a la sala y se sienta a trabajar con ellos.

Pero el grupo de adolescentes sigue trabajando de mala gana.

Las matemáticas suelen ponerlos así. Los profesores explican que en general los estudiantes tienen poca tolerancia a la frustración y eso se nota más en ramos como Matemáticas o Inglés, en los que pueden arrastrar años de atraso con respecto a los planes de estudio, ya que como les parecen abstractos, se les produce una suerte de bloqueo.

Eso se nota en la clase de Merino que avanza lento y a tropezones. Lo peor es que después del recreo, el profesor tiene que remplazar al titular de Religión en los dos módulos siguientes y quedarse con ellos una hora y media más. Su plan inicial era continuar con la guía de Matemáticas hasta terminarla, pero los adolescentes se ven molestos.

—No sé qué les pasa hoy que están tan desordenados —dice nervioso cuando sale a recreo.

Se queda pensando y agrega casi hablando solo:

—Es como si no quisieran trabajar en grupo...

Después de eso desaparece y cuando suena el timbre vuelve a la sala cargado de materiales de trabajo para hacer maquetas y construir modelos. Los alumnos que esperaban al profesor de Religión, miran con cara muy poco amistosa su reaparición.

—A ver, jóvenes —dice fuerte después de explicar que va a estar a cargo los siguientes módulos—. Me pareció detectar entre ustedes en la hora anterior cierta resistencia a trabajar en grupo.

Durante los siguientes 10 minutos, Merino les habla de la importancia del trabajo común, de sinergias y de que cuando alguien que “es seco para matemáticas” trabaja con otro que “es seco para dibujar” pueden salir grandes cosas.

—Y para que lo vean: ahora lo que van a hacer es volver a juntarse con sus compañeros y trabajar con los materiales que traje. Su meta para hoy es construir con ellos algo que sea creativo, pero que también sirva para algo. Lo que ustedes quieran, pero acuérdense: que sea creativo y sirva para algo.

Al comienzo los escolares siguen desganados, en algunos grupos cada uno trabaja por su cuenta, sin un plan común, sin embargo, a medida que avanza la hora, se relajan y en algún momento lo empiezan a disfrutar. Al terminar la sesión solo un grupo sigue enojado porque no logró ponerse de acuerdo hasta el final y como resultado no alcanzó a terminar. En la sala hay una discoteque con forma de iglesia, un robot dinosaurio, una estación espacial y un árbol gigante y la mayoría de los jóvenes tiene cara de contento. Merino pasa grupo por grupo, saca fotos a los trabajos, promete subírselas a la página del curso en Facebook y habla respecto de la importancia del trabajo común y lo que los estudiantes lograron hacer unidos. Quienes se van de la sala no parecen los mismos que entraron y la niña que empezó el día anunciando que no quería trabajar se va sonriendo. Su proyecto fue elegido ganador.

La actividad organizada por Merino no es una acción aislada. Forma parte de un diseño mayor. Para desarrollar hábitos de estudio entre jóvenes que han perdido el interés en la escuela se necesita un método sistemático que permita volver a dotar de sentido la escuela y que los alumnos confíen en que el aprendizaje es una vía directa a una vida mejor. La fórmula que ha encontrado para eso Enseña Chile es despertar la ambición de los estudiantes, hacerlos pensar en grande y convencerlos de que ellos son capaces de obtener logros. Para eso trabajan con metas.

* * *

Las multitudinarias manifestaciones que coparon las calles durante 2011, y el respaldo popular que lograron los dirigentes estudiantiles demostraron que una parte importante de los chilenos cree que algo no está bien con la educación y que un

sector significativo apoya cambios en el sistema. Pero romper con los círculos de frustración, desinterés y malos resultados para transformarlos en dinámicas virtuosas va exigir recursos y paciencia porque los cambios en materia educacional demoran en implementarse y más todavía en demostrar resultados y mejoras. Mientras tanto, hay escolares para los que el reloj no se detiene y siguen avanzando en su vida académica sin alcanzar a beneficiarse demasiado con la discusión. El compromiso de Enseña Chile es con esas generaciones que necesitan más oportunidades educacionales ahora, y su apuesta es que un profesor motivado, que sigue un modelo bien organizado, puede producir un impacto a corto plazo. Son cambios a primera vista pequeños pero que pueden traducirse en saltos cuantitativos para sus alumnos porque amplían su abanico de posibilidades.

Siguiendo el esquema de Teach for America, Enseña Chile recluta mediante un proceso muy competitivo a profesionales de excelencia en su mayoría recientemente egresados de la universidad, para que dediquen dos años a enseñar a tiempo completo en centros educacionales de nivel socioeconómico bajo y con rendimientos deficientes.

Los seleccionados son sometidos a un intenso entrenamiento, tras el cual todos salen con herramientas y técnicas pedagógicas y con dos palabras que se hacen populares entre ellos: “visión” y “metas”. Lo primero: establecer lo que quieren lograr, la visión de vida que se quiere obtener, para poder planificar de acuerdo a ella. A continuación, los recién estrenados profesores definen metas para sus cursos: las hay individuales y grupales, generales, anuales y particulares y con el transcurso de las semanas y meses, las salas se llenan de afiches y carteles que muestran los avances en la consecución de estos objetivos.

A través de objetivos concretos, los profesionales de Enseña Chile buscan movilizar y enfocar a los alumnos en dirección de un propósito. Las metas, explican, son “el punto de partida para incentivarlos a que trabajen arduamente para alcanzar el éxito”. La mayoría de las veces se expresan en números, un puntaje en la PSU, un salto en el SIMCE, una nota semestral en un ramo o un promedio general a final de año porque de esta forma se pueden ir midiendo y mostrando los avances. Víctor Ruiz, por ejemplo, estableció que la meta de su curso en el Instituto Cumbres de Córdobas de Renca sería un promedio general de

5,6 en su asignatura, Filosofía, “porque eso representa un 80% de lo aprendido en la clase y se puede proyectar a un NEM (promedio de notas de enseñanza media) que sirve de piso, es decir a 538 puntos en la PSU”.

Sin embargo, esos números no son más que una excusa para hacerlos soñar. Lo que verdaderamente hay detrás de cada meta es una visión organizadora de la vida. “Está asociada a la idea de la educación con propósito y apunta a conectar lo que se hace hoy con aspiraciones futuras”, dice Ruiz. Identificar cuáles son esas aspiraciones futuras de los alumnos, qué quieren hacer cuando salgan de Cuarto Medio, cómo les gustaría vivir cuándo sean adultos y qué esperan lograr para ellos y sus familias es el punto de partida. “Si un niño no tiene un sueño, no le encuentra sentido al colegio”, dice Camila Lecaros, y para encontrarlo los profesores de Enseña Chile parten el año con una sesión cuyo único afán es despertar la capacidad de soñar y la confianza en que ellos pueden elegir cómo va a ser su futuro.

Ellos lo llaman desarrollar “una visión de vida”. Víctor Ruiz la explica: “Es un ideal, un sueño de transformación y de bienestar. La visión tiene elementos hasta utópicos, pero lo importante es que por sí sola es movilizadora”. El periodista y licenciado en Filosofía hace clases de Séptimo Básico a Cuarto Medio en el liceo que es motivo de orgullo para Renca porque fue el primer liceo de Excelencia Bicentenario y fue visitado por la primera dama de Estados Unidos, Michelle Obama, en la gira que el presidente norteamericano hizo a Chile en marzo de 2011. Ahí, Ruiz ha convertido el curso de Filosofía en una oportunidad permanente para hacer que los jóvenes reflexionen sobre lo que son y lo que van a ser.

“No tener meta va afectar sus estudios y su vida”, dice, tal como probablemente ha hecho decenas de veces en el semestre a la treintena de escolares del Segundo Medio C en medio de una sesión en que estudian qué es la percepción.

El *power point* proyectado a su espalda muestra una respuesta anónima de una alumna a la que le preguntan por sus propósitos para el año: “Tengo promedio 5,6 y no sé si podré subirlo. Mi vida ha sido súper difícil y no tengo apoyo familiar. Incluso ellos piensan que soy media tonta... No sé qué quiero para mi futuro y no sé si seré capaz”.

—¿Cuál es la percepción que ella tiene de sí misma? —pregunta

Ruiz mirando alrededor.

Luego explica que la inteligencia no es algo fijo, sino que es maleable, que es una capacidad que se puede desarrollar o dejar estar y presenta un estudio de la Universidad de Columbia que muestra que los estudiantes que tienen una visión más flexible sobre la inteligencia tienen más facilidad para aprender, probablemente porque son más proclives a tomar riesgos y temen menos al fracaso. Y entonces retoma la idea de la percepción haciendo hincapié en que lo que ellos creen sobre sí mismos, afecta la forma en que aprenden.

—¿Por qué las notas son tan trascendentales para mi visión?
—arremete después.

—Porque me permiten pensar en grande —contesta Millaray.

—Exacto —replica el periodista con estudios de filosofía y agrega,— Millaray quiere ir a la Universidad de Chile y como ella, ustedes se están jugando su entrada a la universidad con sus notas.

Llegar a saber cosas como que Millaray quiere estudiar una carrera en la Universidad de Chile, toma tiempo, porque a veces ni los propios estudiantes saben qué quieren. Producto de su edad y de su medio, los escolares de establecimientos con altos índices de vulnerabilidad social están más enfocados en resolver sus problemas cotidianos, viven muy centrados en el día a día y les cuesta proyectarse a largo plazo. Los integrantes de Enseña Chile coinciden en que cuando les preguntan a los alumnos por sus aspiraciones lo que aparece con más frecuencia es que quieren “ser alguien en la vida”, idea que va asociada a la búsqueda de estatus y al reconocimiento, pero que no aclara ni cómo ni por qué vía. “En general es algo muy ambiguo, sin mucha consistencia”, dice Ruiz, y por eso él les insiste en que ellos ya son alguien en la vida y les pide que le “pongan un apellido a lo que quieren ser”.

Ahí recién empieza el trabajo de construir realmente la “visión de vida” y afinarla. Ese trabajo permite que aflore el interés por seguir una carrera determinada y “ser la primera persona de mi familia en llegar a la universidad”, “titularme de profesor y cambiar la forma en que se enseña la historia en Chile” o “ser chef y poner un restorán” son algunos de los deseos que manifiestan los alumnos.

Para llegar a ese nivel de desarrollo de la visión los profesores

tienen que vencer al menos dos obstáculos. El primero es lograr bajar las defensas de los escolares, ganarse su confianza. “En general ellos están blindados como con ocho capas y aparentando cosas. Se mezclan temas de identidad con la edad y un medio súper hostil, lo que finalmente hace que sean muy cerrados”, dice Graciela Pérez, y además explica que no hay una fórmula para vencer esto. No hay dos cursos iguales y mientras tocar la tecla de la emoción ayuda a bajar las defensas y conectar en algunos cursos, a otros hay que desafiarlos para que despierten, tal como ha comprobado casi a su pesar Fernanda Maturana.

A esta ingeniera comercial de la Universidad Católica, que trabaja con Terceros y Cuartos Medios en La Pintana, le tocó enfrentar cursos con problemas severos de conducta y actitud, y probó todo tipo de estrategias. “Traté de subirles la autoestima, les hice la clase de visión y metas, hasta preparé un video en que los profesores, los auxiliares y los más chicos les decían qué les deseaban en su futuro. Yo sentía que enganchaban, pero les duraba un ratito, la motivación desaparecía muy rápido”. Lo que de verdad los remeció fue enfrentarlos con la realidad, como cuando les mostró las opciones que existen una vez terminada la escuela, desde ponerse a trabajar, hacer el servicio militar, estudiar en un Instituto Profesional o seguir una carrera universitaria, y la proyección que tienen las remuneraciones a largo plazo con cada alternativa. O cuando usó la rabia de los propios alumnos para motivarlos a trabajar. “Les dije que mientras nosotros perdíamos tiempo por indisciplina, tres comunas más arriba había niños con sus mismas capacidades que nos sacaban ventaja día a día. ‘En cosa de años ustedes van a estar pidiéndole trabajo a esos niños, ellos van a ser sus jefes’. Les pregunté si les gustaba esa idea”. Obviamente no les gustó, y esas tácticas ayudaron a que se enfocaran.

Conocer bien a los integrantes del curso es clave para saber con qué reaccionan y ayudarlos a articular sus aspiraciones, por eso los profesores de Enseña Chile destinan tiempo a conversar con ellos, hacen encuestas y siguen su desempeño en otros ramos. Por esta razón Camila Lecaros es la única profesora del colegio Pedro Arrupe a la que Caroline González López le ha contado que le gustaría estudiar en Harvard, y una de las pocas que sabe que Joel, que en el último semestre pasó de niño problema a alumno que se sienta en primera fila, está motivado

porque quiere estudiar administración de empresas en un instituto o mejor, si le alcanzan las notas, en una universidad.

—¿Es posible ir a la universidad? —pregunta Víctor Ruiz a su curso de Segundo Medio y se produce un silencio.

Muchos piensan que es imposible. Aspiraciones que se dan por sentadas o por lo menos parecen bastante realizables para niños de contextos socioeconómicos más privilegiados, aquí son inalcanzables. “Cuando recién empecé a hacer clases, les pregunté a los de Primero Medio, súper ingenua y feliz, qué querían estudiar después de terminar el colegio. Me miraron con cara de extrañeza. Fue tenso. Jamás se habían planteado algo así. Fue mi primer porrazo y ahí me empecé a dar cuenta de la realidad en que estaba”, dice Graciela Pérez.

La falta de autoestima y la dificultad de pensarse en términos exitosos es entonces el segundo obstáculo del que tienen que hacerse cargo los profesores. “He tenido problemas de desesperanza profunda en la sala”, explica Fernanda Maturana, y recuerda amargamente la ocasión en que un grupo de Tercero Medio le dijo que estudiar para el colegio no tenía ningún sentido para ellos porque, después de todo, igual iban a terminar siendo traficantes. “Lo decían entre risas, pero era en serio”. Sin embargo, lo peor vino después, cuando una compañera le contestó muy seria al que hablaba: “Tú vas a ser traficante porque no sirves para nada más”.

Ninguno, ni el más entusiasta de los profesores de Enseña Chile, le negaría a esos adolescentes de La Pintana que ellos parten con desventajas y que van a tener que vencer más obstáculos de los que en justicia corresponde para tener una vida mejor de la que tienen ellos, sus padres y sus vecinos. Pero lo que la gente de Enseña Chile quiere es precisamente que dejen de pensar que están condenados al fracaso. No quieren que los estudiantes sigan pensando en chico. A cambio de que sueñen en grande les dan información que los lleve a esforzarse más.

—Ayer algunos miembros de esta clase fueron a la Facultad de Economía de la Universidad de Chile —continúa diciéndole Víctor Ruiz al Segundo Medio C—. ¿Pueden contarle al resto lo que les dijeron ahí?

Un alumno explica que se trató una visita organizada por Enseña Chile y que les hablaron de las becas que existen para

continuar estudiando una vez graduados de Cuarto Medio, y Víctor Ruiz agrega:

–Pero muchas de esas becas, cerca de la mitad, se pierden por desinformación o porque los interesados no cuentan con los requisitos para postular, ¿no es cierto?

Las becas y el financiamiento para realizar estudios en la universidad, en institutos profesionales y en centros de formación técnica para los miembros de los quintiles más pobres han aumentado progresivamente en número, pero hasta 2010, en la mayoría de los casos, su adjudicación estaba vinculada a la obtención de ciertos puntajes mínimos en la Prueba de Selección Universitaria (PSU): generalmente alrededor de 550 puntos, que corresponden a 23 preguntas buenas de las 75 del test. Sin embargo, entre los estudiantes que pertenecen al 40% más pobre del país, menos de un cuarto de los que rinde la PSU obtiene ese puntaje, y el 43% no llega ni siquiera a los 450 puntos. Ese techo puede ser inalcanzable para los alumnos para los cuales están destinadas las becas, sobre todo para los que provienen de liceos técnicos. En ellos, durante los dos años de especialización en un oficio no los preparan para rendir la PSU. Por eso muchas ayudas financieras se pierden, lo que recién en 2011 comenzó a motivar algunos cambios en las fórmulas para asignarlas.

“¿Cómo conecto esto con la clase?”, se pregunta Víctor Ruiz. Les muestra las notas del curso, los que han mejorado, y les muestra qué representa el ramo de Filosofía en su nota final y cómo puede contribuir a subir o bajar promedios.

–Ustedes se están jugando su entrada a la educación superior con sus notas –dice y varios jóvenes asienten.

La parte clave del trabajo, advierten los profesores de Enseña Chile, es la que hace Ruiz en ese momento: establecer una relación creíble entre las metas en el curso de Filosofía y la visión de los alumnos, o dicho de otra forma, convencerlos de que lo que hacen en un determinado ramo afecta directamente el objetivo de vida que han trazado. “Demostrarles que esa clase específica está pagando un poco la casa con patio que quieren tener. Así empiezan a tener un sentido de urgencia, y deja de ser tan simple farrear la hora”, dice Camila Lecaros, la actriz que hace clases de Inglés. Caso a caso ella va conectando los objetivos del curso con sus sueños y le explica al que quiere ser

futbolista que para jugar fuera de Chile es probable que necesite otro idioma. Que esa sesión del miércoles 16 de noviembre a las 9 de la mañana es un paso chico pero concreto para llegar al Manchester United, y que cada sesión es parte de una suerte de plan estratégico en el que todos juntos avanzan a cumplir sus ambiciones particulares y de paso va creando o mejorando los hábitos de estudio y la disciplina.

El éxito de ese proceso depende de que las metas planteadas en la sala sean relevantes, es decir, que transformen para mejor la vida de sus alumnos. Deben ser metas ambiciosas, lo que implica que los escolares vayan más allá de lo que creen que pueden lograr, pero a la vez tienen que ser alcanzables y medibles. Si son muy fáciles, no hay esfuerzo ni superación, y por el contrario, si son desmedidas, solo conducen a la frustración –y estos jóvenes tienen ya muchas frustraciones encima–. La tarea de los que están a cargo de la clase y por ende fijan los objetivos es lograr ese frágil equilibrio entre uno y otro extremo. Con los cursos mayores encontrar metas es más fácil: la PSU está encima e impone presión por sí sola, pero con los cursos más chicos hay que buscar más.

Lo sabe Felipe Merino, que durante todo el año 2011 lidió con su jefatura en el Segundo Medio B, curso que puso a prueba todo su autocontrol. “Me ha costado muchísimo llegar a ellos”, dice. Es un grupo difícil, tampoco se llevan bien entre ellos y a mediados de año le pidieron a gritos que se fuera. “Estaba devastado con ese nivel de desaprobación”, recuerda. Solo a punta de grandes esfuerzos y desvelos pudo ir revertiendo el ambiente. Para él, una parte importante del problema se explica porque no logró involucrarlos en un propósito común. “Hay una meta de grupo, que es llegar a un promedio general de 5,1 sin que ninguno repita, pero no he logrado que la meta sea algo con sentido para ellos”.

Con otros cursos, en cambio, la experiencia ha sido la opuesta. Merino convirtió a los miembros de Octavo A del colegio San Esteban Mártir en “Los históricos”. Ellos, les dijo, iban a marcar un hito en la trayectoria de la institución. A través de un cuestionario que les hizo a comienzos del año escolar, se dio cuenta de que una de sus grandes aspiraciones es ayudar a sus familias. “Quiero agradecer a mi madre todo lo que me ha dado y pagarle los estudios a mi hermana”, “sacar

a mi padre y a mi madre adelante” o “que mi mamá me vea fuerte y capaz de lograr lo que quiero”, fueron algunas de las respuestas que recibió. Una amplia mayoría cree que estudiar es el mejor camino para lograrlo, y aunque el San Esteban Mártir es un colegio técnico profesional en el que los preparan para trabajar, la mayoría de los adolescentes quiere estudiar carreras como Veterinaria, Psicología o Ingeniería Civil.

Merino usó esa información y como ese año tenían que rendir el SIMCE, él lo vinculó a la PSU, y les mostró que existe una correlación positiva entre una y otra prueba: los establecimientos que obtienen buen SIMCE después repiten el patrón en la prueba que abre las puertas de la educación superior. Les dijo que ellos tenían la oportunidad histórica de obtener los mejores puntajes que había conseguido hasta entonces el San Esteban Mártir y demostrar que se puede. “Inmediatamente les llamó la atención el hecho de trascender”, asegura. Acordaron aumentar en 45 puntos en los ensayos del SIMCE, desde los 225 puntos que estaban obteniendo en promedio en el primer ensayo –que refleja un tercio de preguntas correctas– a 270 puntos, que corresponde a un más razonable 54% de logro. Además de ese objetivo general, Merino fijó propósitos individuales con cada uno de sus alumnos de tal modo que pudieran rendir de acuerdo a sus posibilidades. Para formalizar el acuerdo, citó al director a la sala. Meses después, el director volvió a la clase para felicitarlos: en el último ensayo previo a la rendición del SIMCE el curso superó en 19 puntos el objetivo planteado y llegó a los 289 puntos. Finalmente, en el SIMCE de Matemáticas ambos octavos obtuvieron 268 puntos en promedio.

* * *

“No se trata”, dice Víctor Ruiz, de que sus alumnos solo “sean alguien en la vida”. La idea es que tengan aspiraciones reales que puedan ser conectadas a metas y resultados concretos. Pero la educación con propósito exige profesores con un alto nivel de compromiso. Trabajar en colegios vulnerables, con metas concretas y mostrar resultados en plazos cortos requiere organización y presencia y toma muchas más horas de las que dice el contrato laboral.

Antes de empezar, los seleccionados de Enseña Chile tienen que prepararse intensamente en un plazo corto de tiempo. Puede que ellos sean profesionales de excelencia, pero muchos no son pedagogos y no necesariamente saben enseñar. Para entender la forma de trabajo, aprender a desarrollar un sueño o construir y comunicar las metas, estudian y pasan por una etapa previa en la que adquieren las nociones básicas de la teoría pedagógica.

En el verano previo a su estreno como profesores se internan, día y noche, cuatro semanas en el Instituto de Verano. Ahí Enseña Chile los hace trabajar en condiciones duras –que replican la realidad a la que se van a enfrentar– y hacer clases con pocas horas de sueño y contratiempos como cortes de luz o falta de materiales, para que vayan adquiriendo una noción de lo que viene. En las mañanas enseñan en un preuniversitario gratuito para estudiantes de colegios vulnerables para que vayan conociendo el tipo de contextos en que se van a insertar. En las tardes son ellos los que reciben clases, para que la práctica vaya acompañada de mucha reflexión pedagógica y entrenamiento técnico.

La preparación no impide que los primeros meses lo pasen mal. La gran cantidad de alumnos, las historias dramáticas, el exceso de trabajo y las altas expectativas que ellos mismos se ponen son una carga pesada. El tiempo siempre falta. “El sistema educacional te mata. Las horas de planificación versus las en aula son una locura. Yo tengo 34 horas en sala y cuatro para planificar, por ejemplo. Eso no es un problema del colegio sino que del sistema: no está normado a nivel país y pasa hasta en los particulares. Es un problema de la profesión en sí”, explica Fernanda Maturana, que durante su primer semestre, y como varios profesionales de Enseña Chile, casi no dormía.

También está la indisciplina. “En general en el colegio cada vez que cambian a un profesor, los alumnos tratan de echarlo: hay que portarse mal, es como para probarlo”, dice la estudiante Brenda Elgueta. Alumnos de distintas escuelas y comunas confirman que ese es el tipo de recibimiento que se le da a los novatos, más aún si son jóvenes y se nota que provienen de otro medio social.

Está además lo del método. Los escolares no están acostumbrados a trabajar con metas y altos niveles de exigencia y es

común que durante un buen tiempo se resistan.

Como consecuencia de todo eso la sala a veces puede transformarse en un campo de batalla del que los profesores no salen ilesos. A muchos el estrés les pasa la cuenta en términos físicos, sobre todo durante el primer semestre de su año de inicio en el programa. Graciela Pérez un día perdió la voz: “Me quedé sin mi herramienta de trabajo y aunque venía igual, no podía hacer clases... ¡Tenía tantas cosas que decir! Nunca me había pasado”. Felipe Merino se deprimió: “Me daba angustia, tocaba el timbre y no quería ir a clases. Me despertaba con ganas de arrancar”. A Fernanda Maturana le dio una jaqueca tan fuerte que terminó internada en la clínica: “Yo somatizo así. Me excedí y cuando hago eso mi cabeza lo resiente”. Todos se sobrepusieron y poco tiempo después comenzaron a ver resultados.

El curso de Camila Lecaros en el Colegio Pedro Arrupe, por ejemplo, en un momento del primer semestre se amotinó y pidió su cabeza. Ella lo enfrentó.

—Mi sueño es que ustedes trabajen en lo que quieren, y si para eso tengo que ser bruja, voy a serlo. Si eso significa que me van a andar empujando por los pasillos, lo voy a aceptar igual, porque así de importante es para mí su futuro.

Ese fue el momento, dice, en que ellos se dieron cuenta de que ella de verdad “sueña sus sueños” y que realmente quiere que su alumno Alex Sepúlveda sea futbolista. “Cuando empiezan a ver que tu compromiso con ellos es en serio, bajan sus defensas”, dice Camila Lecaros.

Ganarse esa confianza y convencerlos toma cuando menos tres meses, y no se puede bajar la guardia: la alumna que más los quiere puede ser la que peor se porta al día siguiente. “Hay que hacer un trabajo de hormiguita, ser muy consistente. Tienes que dar testimonio, todo el tiempo, de lo que uno cree. Si ven que tú los apoyas, que siempre, siempre estás ahí, te empiezan a creer”, dice Graciela Pérez. “Pero cuando le agarran el gusto a esforzarse y tener logros, siguen solos”.

Graciela tuvo una alumna cuyo primer semestre se distinguió por lo mal que le fue: solo rojos. En la segunda mitad del año, la profesora decidió intervenir. “La molesté”, señala. Graciela se dedicó a repetirle “Camila, trabaja”, “Camila, tú puedes”. Los resultados fueron inmediatos: en la primera prueba obtuvo un 6,1; a partir de entonces, nunca más la tuvo que “molestar”.

El respeto de los estudiantes también trae el de los pares. La relación de los integrantes de Enseña Chile con los pedagogos de carrera puede estar teñida por la desconfianza, porque los ven como una amenaza o interpretan la llegada de profesionales de otras carreras como una crítica a su trabajo. “El gremio de los profesores es muy difícil, son muy territoriales”, dice Camila Lecaros. Dice que aunque durante el segundo semestre de 2011 ella haya resultado la profesora mejor evaluada –entre setenta docentes– por el comité directivo y académico del Colegio Pedro Arrupe, por un buen tiempo el resto de la planta no la consideraba así. “Me veían como una especie de Paris Hilton que andaba haciendo voluntariado. No me atacaban, pero me ignoraban”, dice.

Pero incluso en circunstancias así, una corta temporada haciendo clases sensibiliza a los profesionales de Enseña Chile con respecto a sus pares pedagogos, y en general la sensación que predomina entre los recién llegados es que estos son víctimas de un sistema que los sobrecarga en forma desmesurada y no les da incentivos. “Yo estoy acá por dos años, y sé que tengo muchas opciones laborales. Entonces es injusto compararme con un profesor”, dice Graciela Pérez, y argumenta sobre la base de los sueldos docentes, de los trabajos dobles para incrementarlos, del mal clima laboral y del riesgo de perder el trabajo que tienen los profesores a contrata.

Además de la vez que perdió la voz, en sus dos años como profesora el cuerpo le ha pasado la cuenta de distintas maneras y se ha enfermado más. Cuando eso no es un período acotado, sino que para toda la vida, “es difícil que la entrega sea completa porque no te da el cuero. Los profesores viven de esto y se cuidan porque si no lo hacen se enferman y no llegan a diciembre”. Graciela Pérez cree que uno de sus alumnos equivale, en gasto energético del profesor, a varios de otro tipo de colegio.

Una parte del secreto del nivel de compromiso que muestran los profesores de Enseña Chile radica en que su trabajo tiene un plazo y que tienen que ser capaces de demostrar resultados en esos dos años. La urgencia es lo que les da la energía para pasar noches de largo preparando clases, autocontrol para lidiar con los problemas de comportamiento y entereza para no desanimarse cuando se dan cuenta de que sus esfuerzos chocan con entornos duros e historias de vida que los hacen llorar. “Si fuera

más tiempo, uno dosificaría el esfuerzo”, explica Graciela Pérez.

Eso significa que tienen que aprovechar cada minuto en la sala para despertar el entusiasmo por el esfuerzo entre los alumnos y sobre todo para hacerlos responsables de su aprendizaje y su futuro de tal modo que ellos sigan trabajando por sus sueños cuando sus profesores se hayan ido. Solo así sus desvelos darán frutos a largo plazo y contribuirán a que sus estudiantes tengan una vida con más y mejores oportunidades.

"ES UN IDEAL,
UN SUEÑO DE
TRANSFORMACIÓN
Y DE BIENESTAR.
LA VISIÓN TIENE
ELEMENTOS HASTA
UTÓPICOS, PERO LO
IMPORTANTE ES QUE
POR SÍ SOLA ES
MOVILIZADORA"

VÍCTOR RUIZ

CAPÍTULO 2

MI RESPONSABILIDAD
POR ANGÉLICA BULNES

“Le juro que vengo solo por usted”, le dice la estudiante Norma Casanova una calurosa mañana de diciembre a su profesor de Matemáticas, Tomás Rivadeneira. Él no puede obligarla a presentarse, pero la clase depende de que ella llegue. Norma es la única alumna que puede abrir la pequeña sala que la capilla Inmaculado Corazón de María de Puente Alto les presta a ella y a sus compañeros del Cuarto Medio científico del Liceo Juan Mackenna O’Reilly de Puente Alto para que preparen la Prueba de Selección Universitaria (PSU). Si ella se atrasa o no llega, la sesión no empieza.

Norma se toma en serio su responsabilidad. Cuando tiene que ir a trabajar a un kiosco o sencillamente no quiere ir a revisar las guías y facsímiles de matemáticas y decide quedarse en su casa, le pide a su hermana chica que vaya y abra para que sus compañeros no se queden esperando.

La de Norma no es la única hermana menor que aparece de tanto en tanto en la clase de Matemáticas. Es frecuente que cuando los alumnos quedan a cargo de sus hermanos chicos o sobrinos, los llevan hasta la capilla y los dejan jugando alrededor de la sala mientras practican ecuaciones o raíces. Nadie se sorprende tampoco cuando Alejandra entra con su hijita de seis meses y la instala en un coche a su lado para ver si entre chupetes y mamaderas consigue adelantar ejercicios.

La de Rivadeneira está lejos de ser una sala de Cuarto Medio prototípica, pero a él ya nada lo distrae de su principal objetivo

que es que los y las jóvenes vengan, practiquen y logren recuperar algo del tiempo perdido en los últimos meses de 2011. Si para eso tienen que llegar con su familia completa, mejor. Todos son bienvenidos en esta carrera.

–Vamos, vamos, chiquillos –dice cada tanto como si alguien lo persiguiera.

En promedio, en 2010 los colegios municipales diurnos de la comuna obtuvieron en el proceso de admisión 464 puntos en la PSU de Matemáticas. El grupo liderado por el ingeniero civil quiere llegar a los 560 puntos promedio, para ser el mejor curso municipal de Puente Alto y demostrarle al colegio, a los más chicos y a la comuna que se puede aspirar a más. Para lograrlo cada estudiante tiene que subir alrededor de 100 puntos desde el primer ensayo que rindió en marzo.

–Vamos, vamos, hay que consolidar raíces hoy día.

A menos de dos semanas del día de la PSU, ya no queda tiempo para pasar materia nueva o para revisar lo que no entendieron; sencillamente hay que ser estratégico.

–Chiquillos, no solo se trata de responder bien sino que también hay que saber qué responder –dice Rivadeneira.

Para obtener 560, puntaje que abre las puertas de acceso a becas y ayudas estudiantiles, hay que contestar correctamente algo más de 25 de las 75 preguntas que incluye el test. Como quedan pocos días, los escolares están nerviosos y hay un grupo de cinco que teme por sus resultados en geometría. En general están muy atrasados en esa área, pero no es el momento de tratar de cubrir lagunas. El profesor está dedicado a reforzar las materias que mejor conocen para asegurarse de que lleguen a los resultados que necesitan para continuar estudiando. Pero les ofrece a los interesados repasar geometría en la tarde.

El problema es que para eso tienen que encontrar un lugar donde reunirse: la sala de la capilla solo está disponible para ellos en las mañanas. Después de evaluar varias posibilidades, descartan la casa de uno de los alumnos porque son muchos y finalmente el profesor termina improvisando la sesión en la estación de servicio Terpel que queda a pasos del Liceo Juan Mackenna O'Reilly. Ante las miradas algo curiosas de la gente que se acerca a sacar plata al cajero automático, Rivadeneira habla de ángulos y teoremas ante una audiencia de cinco estudiantes de Cuarto Medio y un hermano chico de dos años, que

se entretiene tomando Fanta y jugando con un álbum de *Cars*. Todo para que el día de la PSU se sientan más seguros.

Si este hubiera sido un año normal, el ingeniero estaría mucho más confiado. A fines del primer semestre el Cuarto Medio científico matemático había comenzado a dar saltos significativos y el grupo estaba muy motivado. Sin embargo, a partir de junio, debido a las movilizaciones estudiantiles, los paros y las tomas, el sistema colapsó, el profesor de Matemáticas no pudo volver a hacer formalmente clases y tuvo que arreglárselas como pudo para que el trabajo hecho hasta entonces no quedara en el aire.

Para eso recurrió a la ayuda de Norma, la estudiante que tenía las llaves de la capilla.

* * *

Cada mañana, Tomás Rivadeneira hace una ruta inversa a la de muchas trabajadoras domésticas, incluidas, quizás, algunas de las mamás de sus estudiantes. En una desvencijada camioneta cruza varias comunas desde Las Condes hasta el Liceo Juan Mackenna, que queda a pasos del mall Plaza Tobalaba en Puente Alto. A diferencia de las nanas con las que se cruza, él tenía muchas y mejores opciones laborales. Como a todo buen ingeniero con mención en minas de la Universidad Católica, aún antes de titularse ya le habían hecho varias ofertas de trabajo con sueldos que triplicaban o más los 370 mil pesos que gana como docente a tiempo completo. Pero él no se enreda en discursos de renunciaciones o sacrificios. “Era lo que tenía que hacer”, dice simplemente.

Siempre le gustó enseñar. Mientras estaba en la universidad daba clases particulares pagadas y hacía reforzamiento de matemáticas los sábados en un liceo en la misma comuna en la que ahora trabaja. Durante el último año de la carrera, Rivadeneira escuchó a Tomás Recart, el director ejecutivo de Enseña Chile, en una charla de difusión del programa y quiso postular de inmediato porque cree que una buena educación es requisito para que una persona pueda realizarse y ser feliz. “Hoy eso no se cumple para todos y la raíz de los problemas sociales y la desigualdad es la mala educación que reciben la mayoría de los niños y jóvenes. El gran desafío de nuestra generación es

asegurar una buena educación para todos los chilenos y por eso estoy acá”.

En Enseña Chile, la gente habla de Rivadeneira con una mezcla de respeto y admiración. “Él es realmente un *rockstar*, yo voté por él como el mejor profesional de Enseña Chile de nuestra generación porque para mí es un referente”, dice Graciela Pérez, la economista que hace clases en Peñalolén. La dedicación y la capacidad que ha demostrado para involucrar a sus alumnos en el trabajo escolar han convertido a Rivadeneira en un ejemplo de lo que puede conseguir un profesor motivado.

En 2010, por ejemplo, durante su primer año como docente del programa, el Cuarto Medio que tuvo a su cargo subió desde 456 a 526 puntos en la PSU. Aunque significativo, ese aumento no lo dejó satisfecho porque aspiraba a llegar a los 550. Entonces para el año 2011 se preparó más: durante el verano dejó listo todo el material para el año. En su primer período no solo descubrió que la frustración de los niños era su peor enemiga, sino también que ella se puede combatir con los facsímiles y ejercicios.

Rivadeneira dice que aprendió qué era hacer una guía bien hecha: que no era lo mismo diseñar una para un colegio particular de Vitacura que para uno público de Puente Alto. Por eso todas sus guías estaban hechas con muchos ejercicios fáciles al principio de tal modo que incluso a los que les cuesta la asignatura, tuvieran veinte o treinta resultados correctos al final de la sesión. Así iba sacándoles de a poco la idea de que no servían o carecían de condiciones; idea que termina por bloquearlos. “Así manejas la frustración y logras que no tiren la toalla”, explica Rivadeneira.

Después vienen los ejercicios más difíciles, y las guías adicionales para los que están más avanzados, porque el objetivo final es que todos los integrantes del curso se den cuenta de que están aprendiendo y se motiven. Eso exige estar muy atento al nivel de cada uno. “Tengo 150 alumnos y tienes que atenderlos a todos, y ver qué les pasa”.

Por esa vía, dicen los escolares, ha conseguido mucho más que subir los puntajes en la PSU. “El despertó algo que nadie más había despertado. Nosotros mismos nos poníamos barreras, ‘que no tengo las lucas para pagar la universidad, que el entorno es difícil’ y así. Él dijo: ‘No. Ustedes pueden. Miren

cómo empezaron y cómo van ahora”, dice el estudiante Juan Pablo Fuentes. Su compañero Byron Burgos agrega: “Siempre se da una barrera entre profesor y alumno, pero él la rompió, se acercó a nosotros y nos hizo sentir como una familia, no como extraños. El empezó a creer en nosotros, a decirnos que podíamos. Además de enseñar materia nos enseña valores y nos hace querer venir cada día más. Nos valoró”.

Pero ese verano de 2011, mientras adelantaba trabajo para poder dedicarse en forma más personalizada a los estudiantes, Rivadeneira nunca se imaginó hasta qué punto el año escolar le iba a pedir involucrarse en las vidas y rutinas de los “chiquillos” para lograr que ellos mismos se hicieran responsables de su trabajo.

* * *

Así como los profesores de Enseña Chile promueven entre sus cursos la búsqueda de un sueño que sirva de motivación y le dé sentido al trabajo escolar, ellos también construyen su propia “visión” en relación a su labor docente. La de Tomás Rivadeneira es que sus estudiantes sean autónomos, que tal como dice su alumno Byron, “quieran venir cada día más a clases”, y que entiendan que su esfuerzo es fundamental para su progreso y que se hagan cargo de su aprendizaje. Como a pocos profesores de Enseña Chile, el movimiento estudiantil de 2011 obligó a Rivadeneira a poner a prueba su visión y su capacidad de contribuir a la autonomía de sus alumnos.

En el mundo escolar, las movilizaciones y demandas en torno a la educación que marcaron el segundo año de gobierno de Sebastián Piñera fueron seguidas con intensidad en liceos emblemáticos y colegios particulares subvencionados a los que acuden jóvenes de familias de clase media que tienen expectativas de seguir estudios superiores y universitarios, y por lo mismo ven con angustia el valor de los aranceles universitarios, los altos niveles de endeudamiento que conlleva seguir una carrera de pregrado y los malos resultados académicos que les impiden acceder a becas y a las universidades de excelencia.

Los profesionales de Enseña Chile, en cambio, trabajan en colegios con altos índices de vulnerabilidad, donde estas preocupaciones pueden parecer ajenas o lejanas, y por eso una

parte significativa de esos establecimientos no vieron radicalmente afectadas sus jornadas a raíz de las marchas y protestas.

El colegio en que trabaja el ingeniero, sin embargo, sí se plegó activamente a las movilizaciones. A comienzos de junio de 2011, tal como ocurrió en otros 50 colegios y liceos de la Región Metropolitana, el Centro de Alumnos del Liceo Juan Mackenna se tomó el recinto municipal que atiende a más de mil niños y adolescentes. En un comienzo hasta los estudiantes pensaron que la ocupación del lugar no se extendería. Recién un mes después, la toma se depuso pero a la semana el liceo fue nuevamente ocupado y no fue devuelto hasta que terminó el año. El único arreglo al que se llegó fue dividir el colegio en dos con un cholguán, de modo que al menos los preescolares y niños de Básica pudieran continuar estudiando. Los de Media, en cambio, no volvieron a retomar actividades hasta 2012 y sus profesores, entre ellos Rivadeneira, se quedaron sin alumnos, sin salas ni sede.

Terminado el desconcierto inicial, y cuando Rivadeneira entendió que la paralización iba para largo, junto a otro profesional de Enseña Chile organizó sesiones informales de estudio para que los alumnos no perdieran el año. Los dirigentes estudiantiles los dejaban entrar el colegio, pero en el lugar había mucho desorden: los estudiantes entraban y salían, había ruido y según él no era un clima propicio para el aprendizaje. Rivadeneira se dio cuenta de que para seguir tenía que encontrar otro lugar. Por otra parte, las autoridades del liceo les pidieron que no siguieran adelante: la iniciativa sentaba un mal precedente porque significaba que apoderarse del establecimiento quedaba sin la principal consecuencia que es la pérdida de clases.

Recurriendo a la persuasión, y con algo de esfuerzo, el profesor consiguió autorización en el colegio y la municipalidad para que al menos lo dejaran seguir preparando la PSU al Cuarto Medio científico matemático. El ingeniero estaba convencido de que si seguían trabajando tal como lo habían hecho en el primer semestre, ese curso tendría resultados inéditos para el liceo.

Un día de agosto llevó a un grupo grande a conocer la Facultad de Economía de la Universidad de Chile. Rivadeneira aprovechó el impacto que la visita causó entre ellos y les propuso que se organizaran para estudiar y lograr, pese a todo, las metas que se habían propuesto. Les pidió que encontrarán

un lugar para reunirse.

Norma Casanova, que era miembro de la pastoral juvenil de su barrio, preguntó en su capilla, Inmaculado Corazón de María, si les prestaban el lugar para realizar las clases. “Toma, ven, cuida lo que tenemos, aprovéchenlo y que les vaya bien”, le contestaron y una semana después la sala estaba disponible para ellos de lunes a viernes, de 9 de la mañana hasta el mediodía. Norma quedó encargada de abrir y cerrar el lugar, y el ingeniero de conseguir que el resto de sus compañeros asistieran.

* * *

“Soy un jote”, dice riéndose Tomás Rivadeneira. A diferencia de lo que ocurre cuando el sistema escolar funciona normalmente, con controles, pruebas, requisitos de asistencia y almuerzos, que si no obligan, al menos incentivan poderosamente la llegada de los niños, él solo contaba con las ganas y su capacidad de insistir para traerlos hasta la capilla. A varios de sus estudiantes en ese momento solo les importaba el movimiento estudiantil.

Ofreció notas a cambio. “Como de todos modos tenían que rendir un examen a final de año, les dije que el alumno con más de 85% de asistencia promediaba su nota con un siete”, explica. En clase intensificó las estrategias motivacionales para que los alumnos vieran que asistir daba frutos. Siguió sus avances semana a semana, los hizo reflexionar una y otra vez sobre sus metas. “Hay que decirles que se puede, pero que implica un esfuerzo realmente enorme porque van de dos a cuatro años atrasados en promedio: en Primero Medio van dos años atrás y ya en Cuarto Medio la brecha se ha ampliado mucho más”, dice.

Usó ejemplos de personas que vencieron obstáculos para salir de situaciones difíciles y buscó modelos con los que ellos se identificaran. Trajo a ex alumnos de situaciones socioeconómicas similares o peores que las de ellos para que tuvieran testimonios de primera mano. Les contó las historias de la gente que ven en las noticias. “Nos mostró otro mundo, estábamos con la mente de niños, y él nos hizo clases motivacionales, nos habló de personas que han podido lograr cosas tremendas como Steve Jobs, Felipe Cubillos –que en paz descanse–, los Obama. Así nos fue motivando y nos mostró que podemos lograr cosas”, dice el estudiante Byron Burgos.

Además de persuadirlos tuvo que perseguirlos. “A veces me daba flojera y no venía, pero él se preocupaba. Me llamaba hasta por el celular para preguntarme cuándo iba a volver y no era solo a mí, era a todos”, dice María José Hinojosa. El profesor ocupaba las tardes para contactar y seguirles la pista a los que andaban perdidos. Hizo llamados, mandó emails y mensajes por Facebook. Organizó asados dieciocheros, jugó fútbol y habló con los apoderados. “Un día llamó para mi casa y yo estaba jugando a la pelota con mis amigos y retó a mi mamá, le dijo que cómo me dejaba salir si tenía que estar estudiando”, cuenta Juan Pablo Fuentes.

De ese modo logró que de los 43 estudiantes que formaban el Cuarto Medio científico matemático, entre 25 y 30 llegaran regularmente a las clases en la capilla. “Muchos partieron viniendo por la nota y se empezaron a dar cuenta en el camino de lo mucho que podían aprender estudiando matemáticas todos los días. Muchos chiquillos que ahora están en 530 no cachaban nada a principio de año, y ahora aspiran a más”, dice.

Pero lograr que los alumnos comiencen a hacerse responsables de su aprendizaje es un trabajo de largo plazo que requiere que la motivación de ellos crezca en forma constante. “Te topas con algunos que están muy atrasados y lo primero que tienes que lograr es que vengan. Si eso va a ser por obligación, por una nota, bueno, es mejor eso a que no vengan. De repente, en un momento les cae la teja, y es mucho más fácil que les caiga contigo que mientras están en su casa durmiendo”, explica.

El preuniversitario de la capilla ni siquiera cerró con la PSU. Después de que dieron la prueba Rivadeneira siguió llamándolos para darles orientación con respecto a su futuro y asegurarse de que no tomaran decisiones improvisadas. Para eso, trajo a profesionales de las distintas áreas de interés de los jóvenes para que hablaran de carreras y profesiones, universidades, centros de formación técnica e institutos profesionales. El objetivo era ayudarlos que tomaran decisiones informadas sobre las carreras y supieran qué instituciones son serias, qué piden y qué ofrecen a cambio.

“Personas como él, un ingeniero en minas que está haciendo clases en una capilla, me motivan a ser alguien. Él podría estar en dos años armando su jubilación y está acá, enseñándonos a nosotros. Tirándonos para arriba”, dice Juan Pablo. Según

Byron, si hubieran tenido Matemáticas con él no solo en Cuarto sino que también en Tercero Medio, se hubieran sacado “como 900 puntos o luca en la PSU”.

Rivadeneira en cambio no cree que dos años con él hubieran alcanzado para eliminar atrasos que arrastran desde la básica. Él no cuenta cuentos, sino que aspira a resultados grandes pero alcanzables. Durante el año les mostró a sus estudiantes la situación en que están y se comprometió a ayudarlos a acortar las brechas si todos se esforzaban. De ese modo el curso que partió en los 470 puntos, obtuvo 557 en la prueba de matemáticas, casi cien puntos sobre el promedio de los liceos de Puente Alto, lo que significa que para un porcentaje significativo se abrieron oportunidades concretas y caminos con los que un año antes ni siquiera soñaban. Byron, por ejemplo, sacó 600 puntos en la PSU de Matemáticas y entró a estudiar Ingeniería Comercial en la Universidad Alberto Hurtado. Norma, en cambio, subió mucho en Matemáticas y no tuvo tan buenos resultados en Lenguaje, por lo que se inscribió en un preuniversitario para prepararse para el próximo año. Juan Pablo Fuentes promedió alrededor de 590 en la PSU e ingresó a Tecnología en construcción en la USACH, tal como quería.

Hoy con sus dos años de Enseña Chile ya cumplidos, y desde su trabajo actual en finanzas corporativas en Larraín Vial, Tomás Rivadeneira sigue con interés los pasos de sus ex alumnos y los contacta permanentemente para saber qué dificultades están teniendo o cómo puede ayudarlos. Además, Rivadeneira, como todos los egresados del programa, es hoy un “alumni”, es decir, un agente que puede hablar desde su propia experiencia y trabaja desde su área de influencia, en este caso el mundo privado, para sensibilizar a otras personas y grupos de que hay que generar instancias para disminuir la brecha educacional.

* * *

Entre los resultados del preuniversitario de la capilla que más contento dejaron a Tomás Rivadeneira, están los casos de Pamela Santis, que ponderó 650 puntos en la PSU y entró a estudiar Ingeniería Comercial a la Universidad de Chile y el de su compañero Jaime Azúa, que pudo seguir Sociología en

esa misma institución. No solo porque entraron a dos carreras con alta demanda en una universidad prestigiosa, sino también porque ambos lo hicieron con los cupos de equidad que tiene esa institución. Ese programa busca incluir a jóvenes de sectores vulnerables y además de cubrir los aranceles, los apoya académicamente durante los primeros años para ayudarlos a nivelar sus conocimientos con los de sus compañeros que entraron con mayores puntajes.

A muchos de los profesores de Enseña Chile que hacen clases en Cuarto Medio les preocupa el futuro académico de sus alumnos porque están en desventaja en relación a jóvenes que vienen de contextos más privilegiados. Si bien ellos incentivan a los escolares a seguir estudiando porque es la mejor forma que existe hoy en Chile para romper con los círculos de pobreza, temen que si no tienen apoyo no puedan egresar exitosamente, y que la enseñanza de que el futuro de los muchachos está en sus propias manos, y que tienen que hacerse responsables del aprendizaje, quede en el limbo a causa de esta desigualdad.

Para enfrentar esto han promovido en Enseña Chile la entrega de información y la búsqueda de iniciativas como propedéuticos, cursos de nivelación y becas como la de la Universidad de Chile, que apoyen a los estudiantes que van a enfrentar contextos académicos muy desafiantes. Además, varios profesionales han realizado a título personal acciones para enseñar a los estudiantes a desenvolverse por sí solos en el mundo universitario, desconocido e intimidante para ellos y casi siempre también para sus padres y apoderados.

Por eso, por ejemplo, ni Pamela Santis ni Jaime Azúa, los dos alumnos de Tomás Rivadeneira que entraron a la Universidad de Chile, llegaron a matricularse solos. No los acompañaron sus familiares ni apoderados, sino que la economista de la Universidad de Chile y profesional de Enseña Chile Graciela Pérez, que pasó varios días corriendo de una institución a otra resolviendo problemas, puesto que la mayoría de las becas que habían obtenido los estudiantes de Enseña Chile se estrenaban ese año. “Los trámites fueron muy engorrosos, largos y lateros... menos mal que estaba ahí para ayudarlos a desentrañar tal enredo”.

Al igual que a Rivadeneira, la economista no le ha puesto

límites a su tarea como profesora de Enseña Chile. Su aspiración es que de entre sus alumnos “salga el próximo ministro de salud porque sabe cómo es la realidad de los consultorios, el ministro de educación porque fue alumno de un liceo y lo conoce por dentro. Quiero que se empoderen y lleguen lejos porque tienen el conocimiento de la realidad. Solo les falta dotarse de herramientas para validarse y hacer cambios en grande”.

Nada en el liceo donde ella pasó los últimos dos años enseñando invitaba a ser tan optimista.

* * *

En 2009, con 25 años, Graciela tenía entre sus planes irse a hacer un doctorado en economía a Estados Unidos. Pero se enamoró del proyecto de Enseña Chile: “Sentí que era la forma de hacer una contribución efectiva a la desigualdad que me abrumaba, la forma de conocer más los problemas de verdad, de luchar por una sociedad más justa y devolver algo a la sociedad por toda la fortuna y la suerte que yo había tenido”. Así fue como en vez de irse a Estados Unidos a una universidad de primer nivel, terminó haciendo treinta horas de matemáticas a la semana a cambio de un sueldo de 250 mil pesos líquidos, en el Liceo Mariano Egaña de Peñalolén.

En este liceo los estudiantes, particularmente los hombres, ponen especial preocupación en arreglarse el pelo. Se nota que han invertido tiempo, gel y diseño y que para ellos el peinado tiene significado. “Mi explicación es que los alumnos acá nunca han sentido experiencias de goce, de disfrute. Entonces la apariencia y validarse entre los amigos es muy importante y les da una satisfacción que no tienen otras áreas de su vida. Preocuparse de la apariencia les da seguridad”, dice Graciela.

El establecimiento recibe principalmente a niños y jóvenes de la población Lo Hermida, y tiene un nivel de vulnerabilidad que supera el 85%: casi todas las familias están bajo la línea de la pobreza. El colegio es tranquilo, pero afuera el ambiente se pone difícil para los alumnos. “He estado en clases en que de repente a algunos jóvenes los sacan antes porque afuera los están esperando con armas algunas pandillas”.

Con esos antecedentes, las expectativas que hay en torno a

esos jóvenes no son muy altas e incluso quienes están a cargo de su formación pueden estigmatizarlos. A Graciela por ejemplo, una vez le advirtieron, para que no se frustrara, que no podía pedirles mucho a los estudiantes porque sus capacidades eran limitadas. “Acá por barrer la sala o limpiar les ponían un siete”, explica y agrega: “Este es colegio técnico y no les pone metas muy ambiciosas, no los prepara para la universidad, ellos creen que haciendo una práctica al terminar Cuarto Medio salen a trabajar, y parte de mi pega ha sido desengañarlos; decirles que siguiendo ese camino van a topar con un techo bajo”.

Graciela, en cambio, llegó decidida a mostrar alternativas que requieren esfuerzo pero que aseguran mejores expectativas. Su convicción sobre el potencial de sus alumnos marcó su enfoque, porque aunque siempre estuvo dispuesta a dedicar muchas horas extras para enseñarle al que no entendía o quería trabajar más, no transó sus estándares de exigencia. Y los estudiantes la odiaron por eso. “Al principio nadie del curso la quería”, dice la estudiante Brenda Elgueta.

* * *

Es día de movilizaciones y marchas estudiantiles en Santiago, y el Liceo Mariano Egaña de Peñalolén funciona a media máquina. Muchos profesores decidieron plegarse a la actividad, por lo que faltan docentes para los distintos cursos. Graciela se ofrece para hacerse cargo de todos los Segundos Medios y los reúne en una de las salas con techos de zinc, rejas en las ventanas y cortinas a medio cerrar.

Evalúa rápidamente qué está viendo cada grupo y les dice que se va a centrar en el teorema de Pitágoras y luego en circunferencia.

—Los que estamos acá somos los mejores porque vinimos voluntariamente, así es que aprendamos para lograr una buena evaluación —dice, y anuncia que al final de la clase va a realizar un control.

Pese a que no todos los estudiantes la conocen, porque ella enseña solo a un Segundo Medio, siguen sus instrucciones con atención. Mientras se dedican a los ejercicios, Graciela se pasea por la sala, les pregunta como están y ofrece ayuda, pero cuando alguien se niega a trabajar o amenaza con distraer a los

demás, es tajante:

–Chiquillos, si esto les queda grande, los voy a mandar a la sala de Primero Medio.

Y uno le cree. Su voz calmada transmite decisión y ella tiene la seguridad en sí misma del que se ha preparado. Siempre da la impresión de que sabe lo que está haciendo, de que está en control de la situación y eso le permite imponerse fácilmente. Quizás por eso la indisciplina nunca fue un aspecto particularmente difícil en su caso. Pero como los jóvenes se sentían muy exigidos, querían sacarla y encontraron un nicho por dónde atacarla: el equipo directivo del colegio: la acusaron con la autoridad, le mostraron que ponía malas notas y le dijeron que no enseñaba bien. La directora la citaba y le pedía que repitiera las pruebas. “Yo le explicaba que había alumnos que no sabían multiplicar ni sumar”. Hubo un par que incluso la acusó de malos tratos y anunció que tenían videos que lo probaban y, según Graciela, la directora en un momento estuvo dispuesta a creerlo. “Fue bien doloroso para mí, me quitó el piso y fue muy desgastador, porque mi campo de batalla era la sala y al mismo tiempo me llegaban balazos de los generales”, dice. Los videos no existían y ella solo se enteró del episodio en medio de entredichos.

Finalmente Graciela llevó a la directora a su sala de Segundo Medio y les puso cuatro sumas de tres dígitos que hacía en Séptimo Básico. “Ninguno las pudo hacer. Ahí ella se dio cuenta de que no era tan falso el panorama”, y disminuyó la tensión.

Pero tan importante como eso, o incluso más, es que finalmente fueron los escolares los que bajaron la resistencia. “Un día no sé qué pasó y cambió todo”, dice Brenda, una de las alumnas más entusiastas de Graciela. “Empecé a bajar las notas en Matemáticas y me quedé a reforzamiento con ella. La conocí más y me motivé y fuimos varias las que empezamos a darle la oportunidad”.

Lo que pasó es que el trabajo uno a uno comenzó a dar resultados. “Yo no hago clases en masa, me aprovecho de sus talentos y sus gustos”, dice Graciela. Usó ejemplos de fútbol o reggaetón y les mostró datos y cifras concretas sobre su realidad en el país y en su comuna, que generaron complicidad con los estudiantes. “Después de eso, bastaba con una mirada para que el alumno se aplicara”.

Pasó muchas tardes trabajando con los que tenían dificultades o estaban más entusiasmados, hasta que la echaban para cerrar el colegio. Los ayudaba en Matemáticas y en el resto de sus asignaturas y a su alrededor se formó un grupo de ocho que crecía cuando se acercaban los controles y pruebas. “Por primera vez tenían a alguien dedicado a ellos y se empezaron a engolosinar con aprender. Querían más Matemáticas, más Lenguaje, más Inglés”, dice.

En algunos casos esos alumnos incentivaron al resto a esforzarse más. Graciela también se dio cuenta de que los estudiantes peor portados podían ser sus mejores aliados, tal como ocurrió cuando se ganó uno de los viajes de estudio que ofrecía Enseña Chile junto a la empresa Latitud 90 a Chiloé. Ella postuló con un Segundo Medio y se ganó el último cupo disponible, y eso significó que entre que le avisaron que se lo había ganado y la partida apenas tuvo cuatro días para prepararse.

El año escolar había empezado esa misma semana, así es que Graciela tuvo que conseguir la autorización del colegio y de las familias para viajar contra el tiempo y tomar decisiones complicadas, como por ejemplo determinar si incorporaba o no a un veinteañero recién llegado al curso, con malos antecedentes y prontuario policial. Era arriesgado llevarlo, pero era todavía peor excluirlo. “Todos, él incluido, esperaban que lo dejara y yo quise desafiar esa lógica”.

Apenas partieron se produjo el primer incidente: el joven prendió un cigarro en el bus. Graciela lo sentó a su lado y pasó la noche de largo conversando con él. “Fue la mejor clase de delincuencia que he tenido en mi vida”, dice. Él le mostró sus cicatrices que eran como heridas de guerra, le habló de su banda, le explicó cómo operan las pandillas, qué códigos las identifican y cómo funcionan las jerarquías. De paso ella se ganó su confianza y fue un gran colaborador para el resto del viaje.

“Fue el líder natural del grupo”, recuerda Graciela. “Generalmente esos cabros tienen un liderazgo nato y lo traducen en cosas negativas, pero son brillantes. La meta entonces es darlos vuelta porque ahí el curso completo se da vuelta”. Sin embargo, la historia no tuvo final feliz. Una vez que volvieron del viaje, el medio pudo más que los incentivos positivos y tiempo después el estudiante fue expulsado del colegio y cayó en la cárcel.

Pese a que ese tipo de casos ocurren, Graciela no se rinde. “Lo más importante es que cree en nosotros, que no somos tontos, que tenemos potencial”, dice Brenda. A ella, más que enseñarle Matemáticas, Graciela le abrió el mundo, porque pese a que siempre había sido la mejor alumna de su generación, Brenda nunca había pensado realmente que podía seguir estudiando. La profesora de Matemáticas le dio orientación vocacional e información que la ayudó a expandir sus alternativas, y entre las actividades que la marcaron está la visita que su profesora economista organizó a su propia universidad junto al equipo de Enseña Chile.

* * *

La mañana del 18 de agosto de 2011, Brenda y otros 89 de los mejores alumnos de trece colegios en los que trabaja Enseña Chile entraron en masa a la Facultad de Economía de la Universidad de Chile (FEN). La mayoría nunca había pisado una institución de educación superior y algunos ni siquiera tenían costumbre de salir de sus comunas. El objetivo de la visita era darles un incentivo adicional a los estudiantes con más posibilidades de seguir una carrera universitaria y fue programada por cada una de las partes con mucho detalle.

En la entrada los esperaban varios alumnos de pregrado que los guiaron hacia el Aula Magna de la FEN. Ahí los recibió el director de la Escuela de Economía y Administración, Javier Núñez, que les habló de la importancia que tiene para su facultad la diversidad y les dio a entender de manera muy clara que contar con gente como ellos era un valor real para la institución.

La directora de Asuntos Estudiantiles, Carmen Gloria Bravo, aterrizó esas palabras con una explicación sobre el sistema de ingreso prioritario de equidad y las fuentes de financiamiento disponibles para seguir estudios superiores. Los escolares se entrevistaron con profesores, preguntaron sobre las carreras y las mallas curriculares, pero lo que más los impresionó fue cuando algunos monitores que los habían estado guiando se subieron informalmente al podio a hablarles. Uno contó que venía de un liceo técnico profesional similar a los establecimientos de muchos de ellos, en donde nunca lo habían preparado para la

PSU y llegar a la universidad era algo imposible. Él les mostró con su testimonio que se puede. Otra alumna habló de lo que significó llegar a la Universidad de Chile desde un colegio rural, de la ansiedad que le provocaba no encajar en el medio y de cómo pese a todo eso llegó a ser presidenta del centro de alumnos de su carrera, Ingeniería de Información y Control de Gestión, y/o Contador Auditor. “El mensaje es que si creemos que tenemos las ganas y somos capaces, hay que dar la pelea hasta el final”, dijo una de las monitoras y llovieron los aplausos.

“Tengo que terminar Cuarto Medio”, pensó en ese momento María José Hinojosa. La alumna de Tomás Rivadeneira participaba en la toma del colegio y le daba lo mismo repetir, pero cuando conoció la sede de Diagonal Paraguay algo cambió. “El lugar y el ambiente despertaron las ganas de salir y de hacer lo que yo quiero... ahí lo pensé bien”, dice.

La visita tuvo un fuerte impacto sobre todos los asistentes. Los profesionales de Enseña Chile encontraron un discurso que complementaba y le daba sentido a lo que estaban haciendo. “Quedamos todos fascinados, yo quedé totalmente reencantada con mi facultad”, dice Graciela. Los alumnos a su vez, se sintieron muy valorados y llenos de energía y todos con ganas de entrar a esa universidad, tal como le pasó a Brenda. “Cuando conocí la Chile fue distinto, el tipo de gente, las cosas que nos mostraron, las posibilidades de ingresar... Puras ganas de entrar”, dice.

Hoy María José Hinojosa estudia Ingeniería Forestal en la Universidad Mayor. Brenda entró a Sociología en la Universidad de Chile con uno de los cupos de equidad que conoció en esa visita a la FEN y se pagó su matrícula con el sueldo que obtuvo trabajando en el verano en el Parque Arauco como vendedora de Almacenes París. Su profesora de Matemáticas, orgullosa de los logros de su alumna, la acompañó a matricularse y ahora sigue atentamente sus pasos a través del Programa de Apoyo a la Educación Superior (PAES). Esta es una instancia que Graciela creó bajo el amparo de Enseña Chile, pero que hoy es una iniciativa de los antiguos profesionales del programa. Su misión es, justamente, apoyar a los estudiantes que provienen de las escuelas en que los profesionales de Enseña Chile se desempeñaron, a que terminen con éxito su educación universitaria para lo que les ofrece tutorías, reforzamiento y sobre todo

motivación para que sigan adelante y estas historias tengan un final feliz. El objetivo, dice Graciela, es apoyarlos “en todas las dimensiones que requieran para asentarse, sacar alas y volar alto en esta nueva fase de su desarrollo. Hay que generar movilidad social efectiva, y esto exige formar a una generación de personas con herramientas técnicas y conocimiento de frontera, que se sume a la experiencia en primera persona que tienen del Chile real y que será su gran ventaja”.

* * *

“Ahhhh, esto es un recreo”, pensó Víctor Montecinos, estudiante de Segundo Medio del Centro Educacional San Esteban Mártir de Lo Barnechea, cuando vio a comienzos de año a la nueva profesora de Arte y Tecnología, Bernardita Aménabar. Como es menudita, tiene la voz suave y se ve casi de la edad de ellos, muchos como Víctor no le tomaron el peso.

Pero desde la primera sesión ella les demostró lo contrario. “Quiere los mejores trabajos de todo, no le gusta lo mediocre. Se nota en la carpeta que estamos haciendo ahora: no le puede faltar nada”, agrega Víctor Montecinos. Con el tiempo en el San Esteban Mártir aprendieron que con la “profe Berni” todo se puede conversar y negociar salvo llegar a clases sin los útiles solicitados. Si no hay plata para comprarlos, ella los presta o ayuda a encontrar compañeros con quien intercambiarlos, siempre que se preocupen de resolver sus problemas con antelación y sean capaces de planificarse.

Cuando eso no pasa, a la dulce profesora no le tiritita la mano para poner nota uno, tal como lo sabe el estudiante Manuel Aguilar, quien a pesar de que es uno de los mejores de su curso en Matemáticas, está a punto de quedarse pegado porque tiene dos promedios rojos, uno de ellos con Bernardita. “Estoy repitiendo por irresponsabilidad y flojera, por no traer materiales. No lo anoto, se me olvida...”, dice frustrado.

La publicista Bernardita Aménabar ha encontrado un camino a través del trabajo artístico y manual para desarrollar la autonomía entre los escolares. Por eso se ha empeñado en que estas áreas tenga un espacio importante en el San Esteban Mártir.

Esta ex alumna del Colegio Cumbres partió estudiando Arte

en la Universidad Católica, luego se cambió a Publicidad en la Del Desarrollo y paralelamente estudió canto. Ella sabe que esas oportunidades no se pueden dar por sentadas y que para la mayoría de los jóvenes en Chile son grandes lujos. En parte eso es lo que la llevó, tras ver el capítulo sobre Enseña Chile del programa “Anónimos” de Canal 13, a postular: “Es mi deber devolver; el que tiene más tiene que dar más”, explica.

La profesora de Arte sabe que no puede cambiar contextos familiares ni resolver problemas personales, pero sí está confiada en que puede dar herramientas que ayuden a sus estudiantes a sobreponerse a sus problemas económicos y emocionales, y hace hincapié en que para eso es necesario que trabajen la responsabilidad y se hagan cargo de sus acciones. “Arte es un ramo que lo que más mide es eso, porque si no cumpliste con los plazos o no trajiste los materiales, sencillamente no hay trabajo”.

A Bernardita le obsesiona cultivar entre sus alumnos la idea de que los actos tienen consecuencias. “En general son muy víctimas de sus circunstancias, pero no significa que tienes que sentir lástima de ellos y decirles que no importa que no hayan traído los materiales, que es lo que generalmente pasa”.

Compadecerlos perpetúa la idea de que no tienen salidas, y que su destino está escrito, y eso es lo más difícil de combatir. “No se trata de dejar de escucharlos”, dice Bernardita, “pero sí de hacerles ver que igual les vas a exigir y que entiendan por qué: en su vida siempre van a tener dificultades”, explica y por eso permanentemente les está recalcando que ellos son actores protagónicos de sus vidas y no simples receptores pasivos de lo que les pasa.

—Si usted está manejando y decide a andar a 130 kilómetros por hora, perfecto, usted puede hacerlo. Pero si un carabinero lo para es su responsabilidad —grfica la publicista.

Ella, a la vez, les demuestra concretamente que el trabajo bien hecho tiene recompensas. Lo hace por medio de refuerzos positivos como el sistema de tickets por buen comportamiento, que tiene muy entusiasmados a algunos de sus cursos. En la medida en que los van juntando, los pueden canjear por anotaciones positivas en el libro de clases, un almuerzo con la profesora o un llamado de felicitación a los padres, medida que también ayuda a involucrar a sus familiares y apoderados en el desempeño de los escolares. “Cuando hablo con sus papás es

increíble cómo se emocionan. Dicen que nunca nadie los ha llamado antes para decirles cosas buenas de sus hijos”, explica.

El ramo de arte, además de ayudarla a promover el valor de la responsabilidad, contribuye a que los jóvenes se conecten con aspectos que en la carrera por mejorar rendimientos en el SIMCE y la PSU, a veces quedan descuidadas o en segundo plano, pese que son claves para formar personas integrales y con miradas amplias. “Es importante educarlos en la estética: da lo mismo a lo que se dediquen”, explica.

–Ustedes el día de mañana pueden, por ejemplo, poner una verdulería, pero ¿qué pasa si no se fijan en cómo están presentadas las cosas? ¿Qué hay si la del lado tiene un cartel bonito, está limpia, las frutas y verduras están ordenadas en canastos por colores? –les pregunta la publicista.

“Ellos no traen eso incorporado”, explica. Pauta en mano, entonces, Bernardita Amenábar corrige: que se ciñan al formato, que el corchete esté en la esquina de la izquierda, que los trabajos queden limpios y que el trabajo esté bien hecho. De ese modo las entregas poco prolijas del comienzo se van transformando en cuidadas, limpias y destacadas.

* * *

Los alumnos de Octavo Básico bajan al casino cargando sus materiales. Aunque eso significa que la sesión va a tener que terminar un poco antes de lo previsto (tienen que despejar el lugar para el almuerzo de los preescolares), Bernardita Amenábar prefiere trasladarse para que sus alumnos puedan desplegar con libertad las maquetas del colegio de sus sueños.

Es la última clase antes de la entrega final del año. Los trabajos ya están bastante avanzados y se puede ver que mientras hay niños que sueñan con colegios con salas de cine o patios de comida, lo que más desean son más canchas e infraestructura deportiva y salas con muchos colores. A través de distintas actividades como esa, la profesional de Enseña Chile los ha hecho reflexionar sobre el lugar que ocupan y las formas en que pueden mejorarlo. Gracias a eso ella ha aprendido que a los estudiantes también les gustaría contar con más áreas verdes, y que durante mucho tiempo odiaban los baños.

Además de Arte, Bernardita tiene asignado el curso

de Tecnología, un ramo que vino a remplazar al antiguo Educación Técnico Manual pero que nadie sabe muy bien de qué se trata porque tampoco hay muchos docentes capacitados en educación tecnológica. Su currículum es bastante variado y en Octavo Básico, por ejemplo, incluye una unidad de mecanismos y circuitos, lo que obligó a la publicista a iniciarse en el mundo eléctrico y practicar con enchufes y pilas la construcción de lámparas.

En Segundo Medio, en cambio, el objetivo es que los alumnos planifiquen, desarrollen y evalúen un servicio, lo que la profesora convirtió en una oportunidad para mostrarles cómo ellos pueden intervenir su propio entorno. Fue un trabajo largo y en etapas. Primero, tuvieron que investigar qué cosas faltaban en el colegio y presentar su diagnóstico respaldado con datos duros y evidencia. Hablaron con otros cursos, mandaron cartas al director del recinto y entre las cosas que aparecieron con más fuerza hubo un reclamo generalizado contra la suciedad de los baños. Al principio solo eran quejas y peticiones de que les solucionaran el problema, ante lo que Bernardita dio vuelta el foco de la conversación.

–Si ustedes quieren pedirle al director que intervenga, hagamos algo nosotros para respaldar y darle fuerza a nuestra solicitud –les dijo, y los puso a trabajar.

El grupo diseñó una campaña de uso de los baños. No solo limpiarlos sino que llamaron al resto del colegio a participar y ayudar a mantenerlos limpios y a actuar como comunidad. Llenaron el lugar de carteles y mensajes, y el asunto fue comentario obligado en todos los niveles y efectivamente generó un cambio de actitud en el uso del lugar.

Otro grupo juntó fondos, compró plantas y enredaderas, trajo chuzos y palas y se quedó una tarde después de clases jardineando. Terminaron todos enterrados pero orgullosos de su obra, que acompañaron con una campaña de cuidado de las áreas verdes. Un tercer grupo, que se quejaba de la falta de espacios para expresarse y de que el colegio era demasiado gris, pintó las mesas del patio con distintos diseños. “Lo más potente fue que sintieron que podían hacer un cambio y no simplemente esperar que llegara”, dice la profesora, a quien lo que más le importa es que esa motivación no se extinga ni quede limitada a la clase de Arte o a la de Tecnología. “Uno se

va a ir y lo importante es lo que pasa después. No puede ser que te cumplan a ti, sino que tienes que generarle autonomía, que entiendan que no es para la profe para la que están trabajando, sino que para ellos”.

El cambio al que aspira ha sido especialmente patente entre los alumnos de su jefatura en el Segundo Medio A. “Llegó con colores, pancartas, carteles, pegó todo en la sala y ha cambiado caleta el curso”, dice la estudiante Dharna Muñoz, que de un año a otro pasó de alumna desmotivada a referente. “Lo que hizo es algo impresionante, es la profesora de Enseña Chile ideal”, dice su compañero en el colegio San Esteban Mártir, Felipe Merino, y agrega: “La clase entera se moviliza por las metas, hasta se hacen callar entre ellos, y eso en buena parte es pega de la Berni”.

Para Bernardita lo más significativo es que logró hacer a sus estudiantes conscientes de su entorno y del impacto que tienen sus acciones. “Siento que a partir de ahí están saliendo mejores ciudadanos”.

Por eso, aunque ya cumplió con sus dos años en Enseña Chile, Bernardita Amenábar no se ha ido. Solo se trasladó. Dejó las clases en el colegio San Esteban Mártir, y se instaló en la oficina central de Enseña Chile, donde utiliza su formación de publicista para apoyar el reclutamiento de postulantes. Pero a la vez, deja un espacio para apoyar y reforzar el trabajo de los profesores de las áreas artísticas en Enseña Chile.

"TIENES QUE
GENERARLE
AUTONOMÍA, QUE
ENTIENDAN QUE NO
ES PARA LA PROFE
PARA LA QUE ESTÁN
TRABAJANDO, SINO
QUE PARA ELLOS"

BERNARDITA AMENÁBAR

CAPÍTULO 3

APRENDER HACIENDO

POR MARISOL GARCÍA

¿Y por qué no construyen una máquina a escala de energía eólica? A mediados de 2011, Martín Cáceres y la coordinadora Claudia Henríquez, intentaban encontrar salidas a la situación en que Cáceres se hallaba: para el profesional de Enseña Chile –un licenciado en Física de la Universidad Católica–, los primeros meses de clases en el Liceo Politécnico de Pitrufquén habían sido un continuo de dificultades para el ramo de Física. Esta idea, fruto de la investigación en conjunto con la coordinadora de programa, era un intento para solucionar los problemas de un modo creativo e innovador. Pero no era una apuesta segura.

“Enseñar Ciencias en un colegio como el mío es medio complicado, porque los chicos no tienen las habilidades básicas ni lo ven como un conocimiento concreto. Son niños que no entienden bien lo que leen ni saben lo esencial de Matemáticas. No hay mucho interés en estudiar Ciencia, tampoco: son pocas horas semanales”, detalla.

Pese a una vida profesional orientada a la ciencia, Martín nunca pensó que terminaría aplicando la vieja directriz del ensayo-error a un desafío social. Pero la realidad le había demostrado al poco andar que aquello que él creía bien orientado no daba los resultados esperados.

“Según yo, mis clases eran súper buenas: las planificaba con hartos tiempo, usaba *data show*, les metía harta información visual... pero al final eran exposiciones, y me di cuenta de que las exposiciones son inútiles porque los chicos

no retienen”, explica, y asume su parte: “A uno le pasaría igual si tuviera clases de 9 a 18 horas, con una sucesión de profesores diferentes. No era culpa de ellos. Si en tu curso más del ochenta por ciento se saca un rojo alguna responsabilidad tiene que tener el profesor”.

Constatado el error de enfoque y práctica, ¿qué hacer? Enseña Chile no cuenta con nada parecido a un *Manual de Física para profesores principiantes* ni *Paso a paso en Ciencia junto a cursos indisciplinados*. Martín debía inventar un nuevo modo de orientar su ramo, pero no a partir de un modelo de aplicación universal, sino que adaptando la solución a ese colegio específico de Pitrufrquén, una localidad rural a veinte minutos al sur de Temuco, en donde el grueso de los niños de escuelas públicas son hijos de padres que no terminaron Cuarto Medio (y muchos de los cuales siguen siendo analfabetos). En esa construcción de tres pisos, pintada de amarillo en medio del verde arrebatador del Sur de Chile un logro es pasar el ramo con un cuatro. Terminar la educación media es suficiente. Vendrá luego el trabajo con el padre en el campo, el taller o la fábrica. Para adolescentes que, en muchos casos, ya conocen los rigores del trabajo duro en tempranos empleos de verano como temporeros, comprender los alcances de las energías renovables no es ciertamente una prioridad.

“Conversando con Claudia, mi coordinadora, llegamos a la conclusión de que era fundamental presentarles la materia desde lo práctico. Decidimos trabajar a partir de experimentos, demostraciones, desafíos”, cuenta Martín. Claudia Henríquez explica el enfoque como parte de un esfuerzo más amplio en torno al desarrollo de habilidades del pensamiento científico:

“Es importante que los alumnos puedan adaptarse al entorno social. Enseñarles a plantear un problema, desarrollar hipótesis, tabular los datos... reencanta a los niños con la ciencia y, además, les permite asentar un modo de pensamiento que ellos luego aplican a otras áreas de su vida”.

Vinieron entonces las máquinas a escala de energía eólica. Aparatos pequeños y sencillos, construidos a partir de guías de diseño disponibles en internet y con simples materiales desechables.

Los alumnos vieron, entonces, cómo un soplido suyo podía prender una ampolleta. Ojos de asombro. Risas. “De nuevo,

profe, de nuevo”.

La lección se había convertido en juego.

* * *

El modo en el que Martín Cáceres resolvió la primera gran dificultad de su experiencia en la sala de clases da cuenta de la existencia de una instancia clave en el esquema de Enseña Chile: las coordinaciones –o tutorías– que se despliegan en el área de Apoyo Continuo y son un servicio destinado a apoyar y capacitar a los profesores.

El concepto se presta para usuales confusiones. No es la relación entre profesor y tutor la de un profesional que recibe instrucciones ni la de un superior jerárquico que vela por la correcta aplicación de una metodología. Lo explica mejor Verónica González, Licenciada en Literatura Hispánica y Educación de la Universidad de Chile, y coordinadora de profesionales del programa durante 2011: “No es una evaluación ni una supervisión. No colocamos notas ni les damos un manual. (...) Yo no busco validar a nadie con un título. Lo que quiero es desarrollar habilidades, competencias. Ahí está la diferencia”.

Coordinadores y profesores se comprometen en un proceso de coinvestigación que tiene tres etapas. La primera, la recopilación de datos sobre la sala de clases tales como el logro académico, los intereses y visiones del profesor y de los estudiantes a partir de los cuales se genera una hipótesis sobre aquello que se debe trabajar en la sala y las metas específicas.

Lo segundo es la observación de la clase que ayuda a que el coordinador contraste su hipótesis inicial y prepare su conversación con el profesor.

El coordinador acompaña la clase en silencio, sentado en la última fila, anotando a cada minuto en una plantilla lo que sucede, y con el ojo muy atento a los estudiantes:

10:01 – El profesor entra a la clase. Los alumnos están sentados, a excepción de dos estudiantes al fondo.

10:02 – El profesor saluda. El curso responde.

10:03 – El profesor pide abrir el libro en la página 23. Un par de alumnos rezongan.

10:04 – Desorden entre alumnos junto a la ventana. El profesor aplaza la lectura para pedirles silencio.

10:05 – El profesor comienza la lectura y el total de la clase está en silencio.

Y así. La idea es que el coordinador pueda “subir al balcón”, es decir, mirar desde arriba aquello que el profesor, por estar tan encima de los problemas del aula, no consigue ver u olvida momentáneamente: por qué está ahí.

La mirada de un coordinador es forzosamente amplia, y se enfoca tanto en el profesor como en su curso, así como en las metas conversadas previamente junto al profesor. La “Cultura de logro” que en parte orienta a Enseña Chile establece cinco estadios para la evaluación de una clase –desde “caótica”, como la más preocupante, a “apasionada, con sentido de urgencia y alegre”, como la clase ejemplar–, que ayudan al observador en la calificación de problemas comunes, como la indisciplina o la aparente falta de compromiso de los alumnos.

El detalle es minucioso en descripciones asociadas a contenidos, actitud, trabajo y conducta. Su redacción exige total concentración. “Lo llamamos ‘tercer ojo’”, explica Verónica González, “y te permite evidenciar lo que está sucediendo. Decirle lo que he visto es diferente a mostrarle evidencia. A través de un informe minuto a minuto puedo ejemplificar gráficamente el manejo de los tiempos, por ejemplo. Mientras más evidencia, mejor”. Sin embargo, este registro no es la única evidencia que un coordinador tiene de insumo: también se echa mano a datos y se sigue la pista del registro de logros; eso es prioritario.

Además de la recopilación de datos y la observación de la clase, en tercer lugar está el diálogo entre el profesional de Enseña Chile y su coordinador que se hace con la información recogida, con las hipótesis formuladas y los focos de trabajo elegidos. La conversación generará acciones en las áreas de crecimiento y/o potenciará las fortalezas que ambos consideran necesarias para lograr llegar a los estudiantes.

“No estoy preocupada de si Kevin es rebelde ni qué hacer para que se porte bien”, ejemplifica Verónica, “sino que me fijo en el foco que hemos elegido priorizar y cómo está resultando. No me quedo en la anécdota ni en el detalle. Miro al estudiante, y si veo que no está dando el salto que buscamos, ahí pienso en las acciones del docente”.

Martín Cáceres, el licenciado en Física que trabaja en el Liceo Politécnico de Pitrufquén, señala: “Del cambio de

actitud a diario a veces no te das cuenta, o te fijas en el cabro molesto y no en el resto que está mejor dispuesto. La coordinación me ayudó a aprender a ver la diferencia. Claudia me decía: ‘Acuérdate cómo estábamos hace dos semanas’; y, claro, hay avances”.

En otras palabras, un coordinador se parece más a un mentor que a un evaluador. O a un lazarillo, si cabe la exageración, que en un día cualquiera observa desde el fondo de la clase aquellos detalles de la dinámica del aula que la persona a cargo del curso no es capaz de ver.

Por eso, cada profesor de Enseña Chile tiene un coordinador —el mismo durante sus dos años de trabajo—, y cada coordinador tiene en promedio 15 profesores a su cargo. En 2011, el total de coordinadores llegó a nueve, repartidos entre Santiago (cinco) y el sur (cuatro). Esta es una tarea de jornada completa, que exige observación diaria y, en el caso de regiones, viajes largos entre un colegio y otro.

Claudia Henríquez, profesora de Biología, Química y Ciencias Naturales, es coordinadora desde 2009, y entiende su tarea en parte como un develamiento de falsas expectativas, muy usuales sobre todo al inicio de las clases. Dice:

“Al poco andar, los profesionales de Enseña Chile se dan cuenta de que no pueden contar con que sus alumnos tengan hábitos de estudio ni sentido de la responsabilidad, pero yo puedo ayudar a que reparen en la importancia de delegarles tareas y así ver cómo los estudiantes van cambiando en el trabajo en equipo. Una mirada conjunta te permite sacar al profesor del protagonismo de, por ejemplo, una clase puramente teórica”.

Un profesor agobiado por la falta de experiencia, el exceso de contenidos pendientes, la mala conducta y/o la mala preparación de sus estudiantes es un profesional metafóricamente miope, lo que le hace imposible observar la clase a su cargo en su totalidad.

Francisco Herz, ingeniero civil de la Universidad Católica a cargo de un Primero Medio en Matemáticas, y de cursos de Primero a Cuarto Medio en Física en el Liceo Gregorio Urrutia de Galvarino, en la Araucanía, señala: “Es muy frecuente que, al principio, el exceso de foco en tus propósitos haga que no te des cuenta de la reacción de los niños. Es una concentración parcial y no muy eficaz. En ese sentido, la visión del coordina-

dor siempre te aporta. Es un seguimiento fundamental”.

Muchos coordinadores han sido ellos mismos profesores de Enseña Chile previamente, y contaban con al menos dos años de experiencia docente al incorporarse al sistema. Durante el año, los coordinadores continuarán con capacitaciones a cargo del Departamento de Formación Continua de Enseña Chile, en las que se analizan casos y se revisa la rúbrica TAL.

A propósito, TAL es el acrónimo para la frase inglesa Teaching As Leadership (Enseñar es Liderar), y es el esquema que Enseña Chile usa para ordenarse. Este esquema se ordena en seis “pilares”, o principios de liderazgo: fijar metas en grande, que los estudiantes –y sus familias– se adueñen de esta meta, planificar con un propósito final, ejecutar las acciones en forma efectiva, incrementar la efectividad de las acciones a través del mejoramiento de las prácticas pedagógicas y trabajar duro: asumir en forma personal los desafíos del aula.

La “bajada” de estos conceptos es la rúbrica que le da al docente una carta de navegación para hacer avanzar su clase. Cada uno de los principios del modelo de liderazgo implica ciertas acciones y la rúbrica clasifica las distintas medidas del profesor en categorías que van desde prenovato a ejemplar. La coinvestigación con el coordinador ayuda a evaluar qué tan rápido, eficaz y seguro es el tránsito por esa ruta de tal modo que la subjetividad en el monitoreo y apoyo se reduzcan.

“Estamos ahí para dar una alerta, y permitir que los profesores se salgan de una mirada muy estrecha –‘al ombligo’, la llamo yo– que les impide orientar su foco ahí donde más importa”, ilustra, más sintética, Verónica González. “La idea no es quedarse en la evidencia, sino en el aprendizaje de esa evidencia, y que esa lección luego la extrapoles al total de los estudiantes”.

“Hay cosas que no ves; órdenes que crees que das, pero no das. Al principio es muy frecuente confundir el objetivo de una clase con la entrega rigurosa del contenido, cuando en verdad lo que importa es cómo lo entregas y, sobre todo, para qué lo entregas. Es un asunto de focos, y esos focos van cambiando con el tiempo”.

“Era tanto mi involucramiento emocional y práctico, que tendía a ‘encerrarme’ dentro de lo que hacía”, recuerda el médico veterinario Felipe Canales –que trabaja en el Centro Educacional Eduardo de la Barra, de Peñalolén– sobre su primer

semestre como profesor. “Se necesitan opiniones de afuera, que ayuden a ver qué sirve y qué no. En muchas de mis clases iniciales intenté abarcar mucho contenido, por ejemplo. O tuve actitudes que luego entendí se leían de una manera diferente a lo que yo buscaba. La observación externa te ayuda a tener mucho más ‘ojo’ con tus objetivos, con cómo se los planteas a tus alumnos y luego abor das situaciones conflictivas”.

“Estás todos los días con los cabros en clases, y es posible que no te des cuenta de los cambios que ellos van teniendo”, explica Francisco Herz. “Pero un día viene tu coordinadora que ha pasado dos semanas sin ver a tus alumnos, y te dice: ‘Éste es otro curso’. Recién ahí caes en cuenta del avance que están teniendo”.

* * *

La horizontalidad en el trato y el trabajo es parte fundamental de Enseña Chile, y en ese intercambio directo y personalizado se generan, precisamente, los ajustes. Por ejemplo, para un docente la prioridad puede estar puesta en la motivación al estudio; pero para otro la carrera está en reforzar el aprendizaje de herramientas de razonamiento. Como en la ranchera, aquí no importa tanto recordar que hay que llegar primero sino que hay que saber llegar.

Claudia Henríquez dice que el profesor encontrará en su propio quehacer la solución a los problemas de su clase específica. Es lo que en Enseña Chile llaman ‘Aprender haciendo’: “Nuestro apoyo permite que el docente persiga resultados desde su experiencia. El profesor construye su propio aprendizaje, y saca la información desde él mismo”.

Graciela Pérez, la economista que hace clases de Matemáticas en el Centro Educacional Mariano Egaña, de Peñalolén, dice que nadie le va a decir lo que tiene que hacer. “Tú te vas dando cuenta sola a partir del contraste entre experiencia y metas. Es una dinámica muy particular de apoyo, pero enormemente eficiente y crecedora”.

La coordinación apunta a dejar que actúe el locus de control interno de los profesores: la posibilidad de mejoramiento está en sus propias manos.

Luego de observarse en el conflicto, el profesor aprende a tomar decisiones y ser consistente con ellas. La coinvestigación

le ha impuesto metas, y basta con comparar: estoy acá y quiero subir hasta acá, ¿cómo lo hago? ¿Qué pasa que aún no lo logro? En esa dinámica, el impacto en los alumnos está casi asegurado. Ya para el segundo semestre, los cambios son evidentes.

“Los coordinadores saben específicamente qué priorizar”, dice Natalia Casas, profesora de Lengua Castellana y Comunicación que trabaja en el Instituto Cumbre de Cóndores I, de Renca y que obtuvo un “sobresaliente” en su evaluación docente. “Uno puede estar equivocándose en muchas cosas, pero lo primero que debes entender es que no arreglarás todo de una vez. Mi coordinadora fue clave para ponerle orden a esas mejoras”.

El veterinario Felipe Canales aprendió a conectar los contenidos de las pruebas con las clases de manera mucho más palpable para los alumnos. “También comencé a preocuparme de la implementación de la sala de clases, ordenándola y colocando información en las paredes que presentara la Ciencia de manera entretenida, y así despertar el interés de los estudiantes. Corroboré que si la sala está prolijamente ordenada, se inhibe el instinto de los estudiantes por rayar y ensuciar”.

Motivación, disciplina, ritmo, mejores notas. La coinvestigación deja que los conceptos clave que al final sostienen cada clase salgan de los propios profesores.

* * *

Parece un lujo, pero otro gallo cantaría en la educación chilena si la observación de clases se integrase como concepto esencial de capacitación docente. La enseñanza escolar es una actividad de esfuerzo solitario, que requiere de una mirada externa para los ajustes más básicos de ejecución, disciplina y motivación. Aunque los profesionales Enseña Chile comparten con los demás profesores de sus respectivos establecimientos el mismo orden de horarios, pagos y responsabilidades, la relación con sus respectivos coordinadores los sitúa, de inmediato, en una posición de ventaja.

“Los demás profesores nos miran y lloran por algo así”, reconoce Graciela Pérez. “El hecho de tener a alguien mirándote una clase, comentándotela, siguiendo tu evolución... Si a todos los profesores de Chile les sucediera algo parecido una vez al año, les cambiaría la vida. Por eso me cargan las comparaciones

entre nosotros y los demás profesores, ¡es tan injusta! La herramienta de la coinvestigación es una ayuda gigantesca”.

Comenzar a analizar el cansancio de los profesores chilenos como un síntoma –y no una causa– del problema educativo es uno de los giros fundamentales en la visión que sobre el tema comienzan a tener los profesionales de Enseña Chile luego de unos meses de trabajo. Integrarse a la dinámica de un ejercicio educativo diario es saber de profesionales con cuarenta y cuatro horas semanales de aula, de sueldos que impiden un mínimo ahorro, de años de ejercicio sin capacitación; y eso, sin contar las dificultades propias de indisciplina o problemas de aprendizaje en los alumnos. Esa carga casi insalvable de obstáculos no impide encontrar profesionales comprometidos, conscientes, dispuestos al mejoramiento y la colaboración.

“Uno entra a esto muy crítico de los profesores, y quizás cree que son parte del problema de la educación en Chile. Pero creo que a las dos semanas de hacer clases cambia esa opinión”, explica Graciela. “En esta historia no hay ‘malos’: es un sistema el que funciona mal, está corrupto, con los incentivos mal puestos”.

Profesores del Liceo Antonio Hermida Fabres, de Peñalolén, solían preguntarle detalles del método de observación de clases a Ángela Caviedes, quien se ocupa allí de las clases de Biología. Los otros docentes reconocían su frustración con la falta de herramientas capacitadoras personalizadas.

“Sería importante que existieran evaluaciones de este tipo para todos”, cree Ángela. “Los profesores comparten muy poco su espacio con otras realidades: viven en un mismo entorno, enfrentan a los mismos alumnos, abordan más o menos los mismos problemas. Y, entonces, cuando alguien llega desde afuera con una solución, es muy enriquecedor”.

Cuando Martín Cáceres recibió una visita del director del Liceo Politécnico de Pitrufquén, su coordinadora estaba en la última fila de la sala observando la clase. El director se paró frente a los alumnos y alabó públicamente los vistosos logros del santiaguino en los resultados académicos de ese año. Habló de motivación, de reencanto con el aprendizaje y de cómo lo enorgullecía la mayor participación de los estudiantes en los temas de ciencia. No se dio cuenta de que Claudia Henríquez estaba ahí, detrás de todos ellos. La observación de la clase se había fundido, invisible, con su dinámica, encima de cada detalle.

Sin embargo, los coordinadores no solo están para apoyar pedagógicamente, empoderar y potenciar las habilidades y competencias de liderazgo de los profesores de Enseña Chile. También tienen que hacer un fuerte trabajo de contención.

* * *

En los primeros tres meses de clases, la frustración entre los profesores de Enseña Chile es una emoción frecuente, extendida... y peligrosa. Lo sabe bien Verónica González, coordinadora de Enseña Chile hace dos años, quien recibe esas primeras confesiones de que las cosas no están saliendo como se pensaba:

“La frustración es muy intensa al principio. Cada vez vamos aprendiendo mejor cómo observarla y contenerla para que el profesor no caiga en una depresión. Yo tengo que hacer que recupere el control de su clase, y vuelva él mismo a enfocarse en sus objetivos. Mi contención es una ayuda, pero no puede ser un bastón”.

La frustración de los profesionales principiantes tiene causas más o menos predecibles. Un profesor nuevo enfrenta de pronto no sólo a un grupo de alumnos sin prácticas de disciplina, hábitos de trabajo individual ni nociones básicas de su materia, sino que también se enfrentan a historias de vida que les resultan impactantes. Tras el déficit atencional de un alumno puede estar una madre presa. Tras la hiperquinesia de otro, la cohabitación con un padre drogadicto. La falta de referentes familiares como ejemplos cercanos de estudio atenta contra las metas de largo plazo que el profesor intenta motivar en los alumnos. El profesor duda si debe o no involucrarse emocionalmente con esos dramas cotidianos y, además, se pregunta si acaso estos resultan cortapisas insalvables para el desempeño académico de sus alumnos.

“Cuando el contexto es violento, tiendes a olvidar tus habilidades y competencias”, explica Verónica González. “Los profesores de Enseña Chile son chicos súper exitosos que, en general, nunca han conocido el fracaso. De pronto, se enfrentan a un entorno hostil, en el que las cosas no resultan como ellos pensaban. Y se preguntan: ¿Qué me pasa? ¿Qué estoy haciendo mal? A mí las cosas me salían. ¿Por qué ahora no me salen?”.

Ángela Caviedes reconoce la angustia de varios fines de semana sucesivos en los que se planteaba una y otra vez si valía o no la pena seguir con la tarea: “Es una frustración fuerte que, para peor, al principio no se te ocurre con quién comentar. Yo, por ejemplo, soy la única profesora de Enseña Chile en mi colegio. Entonces fueron semanas de vivir con la angustia de si seguir o no, pensando en todas las cosas que estaba dejando de hacer por esto”.

Natalia Casas, desde el Instituto Cumbre de Cóndores de Renca, recuerda el año 2010 como un período de tensión, que aplacó gracias a su coordinadora y la conversación con otros profesionales de la fundación: “Hay un grupo tras tuyo que no te permite que pases por algo tan duro sola. Cuando lo descubres, ves parte de la solución”.

Graciela Pérez advierte de un peligro aún mayor al fracaso, y que es la vergüenza de experimentarlo: “El perfil de profesional de Enseña Chile no tiene mucha experiencia de fracaso. Han sido líderes, buenos alumnos, exitosos hasta ahora. Pero si tú te avergüenzas de fracasar, y no quieres compartirlo porque es algo que te incomoda demasiado, te pierdes la posibilidad de recibir ayuda, y entonces te cierras y tomas malas decisiones. Compartir tu problema te abre a la solución, y es un poco catártico porque te das cuenta de que no es tan terrible”.

Los coordinadores son clave para comprender que el agobio es una emoción perfectamente lógica. Una vez que el profesor de Enseña Chile asume su ofuscación, puede volver a reorientar esa energía en pos de un propósito concreto. “Alguien con foco no cae en la desesperación”, asegura Verónica González. “Un coordinador puede ayudar a separar lo emocional de lo profesional. Es fácil creer que todos los problemas que se enfrentan en la sala de clases son algo personal. Pero el foco no puede estar puesto ahí sino en las metas que se persiguen: a dónde quieres llegar, qué quieres lograr. El control se recupera en pos de este gran propósito. Si un profesor aprende a apreciar y valorar los pequeños avances, puede ponerlos en perspectiva de un cambio mayor y ya no se angustia ni desespera. Esto es algo que compruebo todos los días en la sala de clases”.

Son tres meses de agobio. Luego vendrá un umbral de aceptación y, en definitiva, nueva motivación. La pauta no es general, pero casi. “Si pasas un punto, te afirmas en que sigues

o no sigues”, ilustra Felipe Canales. “Hubo un momento en que yo dije: ‘Ya, me la pude’. Y entonces seguí, y ahora estoy feliz. Pero hay muchos que no pasan ese primer periodo de dificultades”.

La coinvestigación le enseñó a Martín Cáceres que la metodología de clases debe ser flexible: “Al principio te frustras. Las cosas no salen como tú esperabas y comienzas a culparte. Pero aprendí que tu planificación está ahí para revisarse, y que puede cambiarse si es necesario. Mis exposiciones del principio no conseguían concentrar a los alumnos, y entonces probé con cosas distintas. Pienso que mi primer semestre fue de prueba, y que ya en el segundo me enriolé por dónde yo y los alumnos nos acomodamos mejor”.

Un alumno desmotivado confunde al profesor, y viceversa. “Mi tensión del inicio se convirtió en desgano, hasta que entendí que mi clase era parte de un trabajo más amplio con los alumnos, referido a mi relación con ellos y a su motivación”, explica Ángela Caviedes. “Las diferencias que comienzas a ver en ellos son lo que te motiva. Para esto se requiere desarrollar habilidades de empatía, de control interno, de hacerse cargo de lo que uno está haciendo. Echarle la culpa al empedrado acá no sirve. Incluso si un cabro se pone a pelear con otro porque había un problema pendiente entre ellos... es mi sala de clases, y es mi responsabilidad”.

Un profesor tensionado puede buscar ayuda en el lugar incorrecto. Graciela Pérez advierte que la ignorancia de las familias con el proceso interno de Enseña Chile puede resultar en malos consejos. “Un padre se preocupa. No solo ve a su hijo sobreexigido y tensionado, sino que piensa que podría estar en otro lado ganando plata y más cómodo. Ve a su hijo haciendo algo ajeno a su profesión, lleno de riesgos y problemas... ¿para qué? Además, uno a los papás les cuenta solo lo malo, porque los usa como paño de lágrimas. Y el consejo obvio es: ‘Sale de ahí’. Así surgen muchas deserciones”.

Agradecerle sinceramente a una sucesión de fracasos es un modo inesperado de valorar la experiencia de un profesional de Enseña Chile. “Aprendí muchísimo gracias a los fracasos”, asegura Graciela Pérez. “Te diría que la relación con el fracaso es uno de los grandes beneficios de Enseña Chile, porque es verdad que lo que no te mata te fortalece. Es genial trabajar en

equipo frente a la adversidad, y eso no te lo da una escuela de liderazgo ni un gran cargo”.

Para aprender a lidiar con el fracaso y la frustración, además de contar con la coinvestigación y el trabajo con los coordinadores, los profesionales de Enseña Chile encuentran una herramienta clave en la relación con sus pares.

* * *

La ocasión en que Graciela Pérez le preguntó a sus alumnos de Primero Medio del Mariano Egaña, en Peñalolén, qué pensaban estudiar cuando salieran del colegio, la miraron como si les estuviera preguntando “¿Cuándo es tu próximo viaje a Júpiter?”, hubo un silencio lleno de desazón.

Sobre ese primer gélido momento, la ingeniera comercial de 28 años conversaría más tarde con algunos de los otros profesionales como ella. Para todos, el primer enfrentamiento con su curso resultó una experiencia inolvidable. Martín Cáceres recuerda a un grupo de chicos impávidos, que guardaban el más completo silencio incluso luego de sus presentaciones audiovisuales. Francisco Herz, en tanto, sabía que enfrentaría una sala casi vacía: para inicios de marzo, la mayoría de sus alumnos en Galvarino –no mayores de catorce años– seguían trabajando como temporeros. Ángela Caviedes no puede olvidar a aquel alumno que en las primeras clases le dijo: “Nadie la pesca, nadie le entiende... Extraño a la otra profe. Ahora nada es igual”.

“Ese día lloré una hora, y otra hora y otra más... Mi mayor temor era que me empezaran a comparar con la profesora anterior, y se había hecho realidad”, recuerda ella.

Las realidades de los profesores de Enseña Chile son diferentes, y sus contextos cambian, pero hay un fondo común en el que se encuentran las mismas dificultades y desazones. De esas cosas hablan cuando se juntan: tropiezos del día a día, problemas a escala micro, distracciones que se interponen entre ellos y sus metas. Son dificultades comunes al profesorado chileno completo, sin duda; pero que en su caso se concentran en el impacto inicial de una actividad de cuyos problemas sabían hasta entonces solo en teoría. En esas reuniones de intercambio y desahogo, no hay ganas de ostentar los logros de sus mejores alumnos ni debatir sobre el problema de la educación en Chile.

Su atención está en esas primeras dificultades, decepciones, aquello que resultó más difícil de lo que imaginaron.

“Nos pueden dar charlas de un montón de cosas valiosas –psicología, planificación, liderazgo–, pero nada te sirve más que conocer la experiencia de tus pares”, cree Francisco Herz. “Siempre he dicho que lo más valioso de Enseña Chile son los profesores. Sin recibir ideas de ellos todo sería demasiado difícil. Conversar entre nosotros nos ayuda a darnos cuenta de que lo que te pasa no te pasa solo a ti”.

“Lejos, de quienes más aprendes es de tus pares”, confirma Graciela Pérez. “Juntarnos es una instancia muy potente; uno no para de hablar, de compartir, de aprender del otro. Es muy complicado el día a día, pero de pronto ahí puedes parar y preguntar: ‘¿Y cómo lo hiciste tú?’. A la larga, nuestra familia y amigos se empiezan a aburrir del tema, y te das cuenta de que el mejor espacio para hablar de esto es con tus iguales, que están en la misma y están también ansiosos por escuchar y compartir experiencias. Tus papás podrán impresionarse de lo que les cuentes, pero luego te pedirán que te distraigas, que te desconectes, que ‘des vuelta la página’, y uno no puede hacer eso. Uno aquí se sumerge las veinticuatro horas del día en una realidad que quiere cambiar”.

No sentir complejos por intercambiar frustraciones resulta fundamental para calibrar una labor que incluye desafíos, tensiones y fracasos como parte de la dieta diaria.

Concluye Ángela Caviedes: “Además para qué estamos con cosas, la catarsis que se da en esas instancias es lo mejor: te libera. De pronto puedes ver cómo un problema no es tan grande como pensabas, porque lo han solucionado en otro lado”.

El intercambio de experiencias puede parecerse, también, a una repartija de recetas. A setecientos kilómetros de Santiago, Francisco Herz comparte casa en Galvarino con Eduardo Vallejos, con un año más de experiencia que él, y trata de conversar lo más posible con Martín Cáceres, joven físico ocupado en Pitrufquén:

“Tanto hablamos de las clases con Eduardo, que a veces hasta hacemos experimentos de Ciencias en la casa para llevárselos luego a los alumnos. Y con Martín estamos en contacto permanente. Es alguien que me motiva muchísimo, que me ha reencantado totalmente con el trabajo. Los carretes, los asados...”

son puro conversar sobre la sala de clases. A veces decimos: ‘Ya, paremos’, y luego volvemos a lo mismo. Hacer clases es tu vida”.

En mayo de su primer año como profesor, Francisco comenzó a frustrarse al no ver avances entre sus alumnos de Matemáticas. En su casa, reunió los correos electrónicos de otros profesionales de Enseña Chile del mismo ramo y les escribió pidiéndoles consejo. Las respuestas fueron rápidas y efectivas.

“Me motivaron a insistir, me dieron muchos consejos, me hicieron ver que sí había avances. Sentí mucho apoyo de ellos y me animé muchísimo”, recuerda. Un profesor había desarrollado un simulador del programa ¿Quién quiere ser millonario? –la misma dinámica, la misma música– con preguntas de Matemáticas. Francisco lo recibió y comenzó a jugar con sus alumnos ofreciéndoles de premio décimas extra en sus pruebas. “Una vez, incluso, les llevé unos chocolates. Estaban felices”. No ha dejado de usarlo en su curso del Liceo Gregorio Urrutia, donde logró que por primera vez ese liceo superara la barrera de los 600 puntos en la PSU de Matemáticas.

Francisco Herz y Martín Cáceres suelen compartir planificación de clases. Martín, instalado en Pitrufquén, aprovecha una situación atípica de intercambio: su polola también es profesora de Enseña Chile –Rosario Escribano hace clases de Matemáticas en el Liceo Industrial de Temuco (A-27)–, y ambos comparten una casa. “Hablamos mucho de la pega, sí, pero no creo que eso sea malo”, cuenta el profesor de Física. “Es más, creo que debe ser complicado pololear con un profesor de Enseña Chile cuando no eres parte del sistema. Es tanta pega, y estás tan metido en ella, que no hay mucho tiempo para pensar o conversar de otras cosas”.

Los profesores pueden conversar entre sí las veces que quieran y estimen necesario, pero Enseña Chile realiza varios encuentros durante el año. Se organizan tres seminarios durante el año, uno en Santiago, otro en Valparaíso y otro en el Sur. En ellos se discuten perspectivas de educación, hay invitados expertos en el tema y luego un espacio de reflexión. Enseña Chile confía en que los mismos jóvenes pueden hacerse cargo de su apoyo mutuo, y que buscarán entre ellos fórmulas para sobrellevar sus inquietudes.

“En algún momento pensé que podía necesitar de la ayuda de un experto para problemas puntuales que yo estaba teniendo en

mis clases, pero al poco andar me di cuenta de que los mejores expertos somos nosotros, que nadie más podía enseñarnos lo que nosotros estábamos viviendo”, sintetiza Graciela Pérez. “Nuestras lecciones salen del contexto en el que enseñamos, de la lógica de transformación con la que vamos a la sala de clases... esa conjunción de cosas no se da en ningún otro lado”.

La lección subyacente a esta dinámica de intercambio es que un profesor debe saber pedir ayuda y comprobar prácticamente cómo los demás ayudan a hacer más eficaz el trabajo propio.

“Es complicado compartir experiencias con gente que no entiende qué es lo que hacemos los profesionales de Enseña Chile”, agrega Felipe Canales. “Cuando hablas entre pares ellos ya saben por qué estás cansado, qué es lo que te tiene complicado, por qué tomaste esta solución... solo mis amigos en Enseña Chile entienden algo así”.

Además, los profesionales de Enseña Chile participan en cinco reuniones de departamento al año, en las que se analizan casos y donde sí tienen una guía orientadora de parte de los coordinadores. “El intercambio produce entusiasmo por generar un cambio, y eso, a su vez, genera movimiento y, a la larga, influencia”, sintetiza Verónica González. Aunque no es la idea, existen profesores que están solos en sus colegios. Las instancias de reunión los conectan con otros como ellos, y entonces se comprenden como parte de un movimiento. Un profesor de Enseña Chile es parte de un engranaje y no puede moverse sin la ayuda del resto de las partes.

“Reconozco que estoy ansioso. Quiero ver resultados más rápidamente”.

“¿Cuándo se nos hará una evaluación? Me ayudaría mucho medir cómo avanzo”.

“Que alguien, por favor, me comparta material que le haya servido para enseñar Física. Las proyecciones que he preparado no les interesan a los alumnos”.

“En mis clases de Educación Física estoy improvisando mucho, pues me he encontrado con un curso diferente al que imaginé. No sé si deba ajustarme o no a una pauta metodológica más convencional”.

"LAS DIFERENCIAS QUE
COMIENZAS A VER EN
ELLOS SON LO QUE TE
MOTIVA. PARA ESTO SE
REQUIERE DESARROLLAR
HABILIDADES DE
EMPATÍA, DE CONTROL
INTERNO, DE HACERSE
CARGO DE LO QUE
UNO ESTÁ HACIENDO.
ECHARLE LA CULPA AL
EMPEDRADO ACÁ
NO SIRVE"

CAPÍTULO 4

LA TRANSFORMACIÓN URGENTE

POR ANDREA LAGOS

A fines del año 2010, Javiera Horta (26) renuncia a su trabajo de ingeniera civil. Sueña con ser profesora de Enseña Chile para el periodo que se abre al año siguiente. Tras superar las pruebas de selección y los talleres de entrenamiento intensivo, espera un llamado telefónico. Quiere saber cuándo empiezan las clases.

—¿Aló Javiera? Acaban de decirnos que la directora del colegio al que te habíamos asignado como profesora desistió de trabajar con la fundación.

“28 de febrero y yo sin colegio. Ese era mi panorama”, recuerda Javiera.

La ingeniera estaba sin colegio, sin alumnos, sin trabajo. “¿Qué hago ahora? Todos mis compañeros ya estaban en la sala de clases y yo esperando en mi casa para entrar algún día”, recuerda.

Espera, le dicen.

—Espera que te vamos a llamar.

Termina marzo y aún no tiene colegio. Hasta que suena de nuevo su celular, varios días más tarde.

—Tienes colegio: mañana, a las 8:30, reunión con el director del Liceo Politécnico Pitrufquén.

Al día siguiente, en la cita de trabajo, el director le ofreció hacer solo talleres de reforzamiento. Le dio las gracias.

—Acepto, pero con una condición: quiero un curso —le pidió Javiera, sonriendo—. No me puedo quedar únicamente con reforzamientos, porque la idea de Enseña Chile es conocer la

experiencia de ser profesor, de ser un profesor.

“¡Y me dio un curso!”, cuenta hoy Javiera.

* * *

Abril.

Javiera es abucheadada en su estreno como profesora de Matemáticas. Los alumnos piden al otro profesor. Al que alcanzó a hacerles la clase el primer mes, antes de que ella llegara. “Ahí estaba yo, parada frente a los alumnos. Y apenas digo mi nombre, empiezo a oír desde el fondo de la sala, como desde la galería de un coliseo romano, que los alumnos comienzan a gritar: ¡Queremos al profe Silvio! ¡QUEREMOS AL PROFE SILVIO!”.

“Era un Primero Medio. Todos tenían entre catorce y quince años. Adolescentes en pleno. Pura energía, pura rebeldía. Menos mal que un grupo de ellos armó equipo conmigo y apaciguó los ánimos. Yo me había propuesto que esa, mi primera clase, sería la mejor de todas”, recuerda Javiera entusiasmada.

Les preparó unas diapositivas muy avanzadas, en formato *Prezi*, presentaciones hechas con letras que aparecen y desaparecen, que se acercan y alejan. Estuvo muchas horas trabajando en ello porque se decía a sí misma que se iba a lucir en ese, su primer día de clases.

Usó la presentación para contar quién era ella. “Les dije dónde había nacido, dónde había estudiado, cuál era mi comida favorita, qué ramo me gustaba más en el colegio. Para conocerlos a ellos, ese mismo día les hice yo también una encuesta: qué amigas tenían, cuál era su color amado, su cantante favorita o el ramo que odiaban. ¿Y sabes cuál era? Odiaban Matemáticas”, recuerda mientras dobla una servilleta en varios triángulos pequeños.

–Profesora, ¿y cuál es la comida favorita suya?

–La humita.

–¿Y su color?

–Negro.

¿Por qué Javiera Horta quería saber esos detalles?

Para hacer ejercicios con esas referencias. Quería preguntar a sus alumnos, por ejemplo, la cantidad de canciones compuestas por Amy Winehouse o problemas matemáticos relativos a la

cultura pop. Algo así como ¿Cuántas canciones de Lady Gaga son necesarias para armar siete discos?

La idea era poner datos que sintieran cercanos. Su sueño era enseñar Matemáticas entretenidas. Que sumar, restar, dividir y multiplicar fuera parte de un juego, de una habilidad. Como saltar la cuerda.

“La encuesta me servía para entrar en la cabeza y el corazón de mis alumnos. Yo quería saber quién estaba frente a mí. ¿Cómo se me ocurrió? En Enseña Chile nos dan muchas ideas y lo que más nos inculcan es conocer a nuestros estudiantes. También quería identificar a quienes les interesaba Matemáticas y a cuales alumnos no”, explica ahora.

¿Resultado? Solo en la primera clase los alumnos pusieron atención. Luego la situación se le empezó a escapar de las manos: no le hacían caso a la profe Javi, como le decían sus pupilos.

–¡Pásame el lápiz rojo que te di en la otra clase! –decían a grito pelado.

“Y yo hablando de sumar números enteros... Ellos se trataban entre sí como si estuvieran en el campo, a pampa abierta. Es cierto: la mayoría de los niños viene de zonas rurales, es muy entendible que se comporten así, pero yo estaba desesperada”, confiesa la ingeniera.

Los alumnos se paraban en mitad de la clase, no escribían lo que ella les presentaba con la proyectora ni tomaban apuntes. Si comenzaba con un “Haz ahora”, no lo hacían nunca.

–Nunca, nunca, pero nunca –cuenta Javiera.

Un “Haz ahora” es un tipo de actividad pequeña donde los alumnos ejercitan los conocimientos de la clase anterior para que recuerden y empiecen la clase motivados. “Yo les planteaba problemas con los datos de la encuesta que les había formulado. Todos los enunciados iban variando: eran problemas inspirados en lo cotidiano. Pero incluso eso –al principio– era un caos y nadie lo quería hacer. Después viene el contenido nuevo. Ahí les pregunto y les voy explicando la materia. Eso no me costaba tanto que lo hicieran. Y luego, cuando era el turno de la práctica independiente, cuando el alumno trabaja solo, no hacían los ejercicios, se ponían a conversar, era un desastre”, dice Javiera y se toma la cabeza acordándose del desorden.

El plan era que el alumno trabajara de manera autónoma, pero no estaba resultando. Los permisos para ir al baño, algo

que aparentemente no tendría por qué generar lío, resultó ser una batalla campal. Javiera tenía tres permisos disponibles para que usaran los alumnos. Cuando el primero volvía, la sala estaba en guerra por el próximo pase.

—¡Quiero ir al baño! ¡Quiero ir al baño! ¡Yo dije primero! —peleaban.

Veinticinco de los treinta alumnos querían ir al baño.

“Caos para estudiar, caos para ir al baño. Así que se acabó el baño. Simple. ¿Por qué no pueden aguantarse? Aprovechen su recreo y se acabó el permiso para ir al baño. Y fue la única forma. Al terminar mis primeros días de clases, esos que tanto había esperado vivir, me preguntaba: ¿dónde aprendieron estos chiquillos lo que era una sala de clases?”

* * *

Un año antes, en 2010, en el Liceo Araucanía C-39 de Villarrica, la profesora de Arte, Digna Flores, no lo pasaba mejor. El primer día fue fácil, pero con el tiempo su estrategia de “mano dura” le empezó a jugar en contra.

“Con los alumnos tuve que ser ‘la mala de la película’. Mala, lo más mala posible. No daba oportunidades, era pesada, súper exigente en la clase, fría con ellos. Porque, según yo, la primera impresión es la que marca. La clase número uno, la del 3 de marzo, es la huella que dejas para siempre. Ahí se dan cuenta si con esa ‘profe’ pueden hacer maldades o no”, dice Digna, 33 años, diseñadora, explicando de qué manera se ganó el respeto de sus alumnos. Ella sabía muy bien lo que hacía. No estaba improvisando.

“En el libro de clases del primer semestre puse muchos promedios rojos. Los chiquillos ya no querían venir. ¿Y yo qué hice? Los apreté más. Algunos quisieron abandonar Arte, porque la bruja era muy bruja”.

Como el curso era electivo, Digna corría el riesgo de que los estudiantes se le fueran. Judith Nass, una de sus alumnas, recuerda: “Éramos cinco personas. Analizamos la situación con la profesora. Ella, con nuestros argumentos, respetó la situación. Fuera de la clase, los cinco pensamos y le dijimos que teníamos que hacernos cargo de nuestras decisiones y echarle para adelante y subir el promedio no más”.

Digna había jugado sus fichas para que los alumnos no se le fueran. Ahora, tenía que jugarlas para que cambiaran. Era el primer paso de muchos. Digna recuerda un cambio en particular: “Kevin, que ahora está en Cuarto Medio, pasó de tener un rojo a sacar un 6,5 de promedio. ¡Nunca más tuvo una mala nota! ¿Y qué fue lo que pasó? Se esforzaron. Tomaron la educación en sus propias manos. Se hicieron cargo de ellos mismos, porque yo a ellos no les regalo notas, les exijo. Les exijo harto. Les digo: ‘A ver, señores, ¿sus trabajos?’ Y me traen un cómic en el que estuvieron dibujando tres días”.

“Yo no llamo a las mamás por algo negativo. No. Estoy convencida de que los alumnos son los que se tienen que dar cuenta de que estudian para ellos: no para la mamá ni para el papá ni para nadie más. Más que replicar contenido, yo prefiero motivarlos a desarrollar el autoanálisis y la autocrítica. Yo quiero que sean conscientes de su propia educación.

* * *

Santiago, mediodía, Colegio Polivalente Padre Pedro Arrupe Sagrada Familia, Quilicura. Los alumnos odian a la profesora de Inglés. Les cae mal. Es estricta, muy exigente. No entienden nada.

“El inglés es para otro tipo de gente, no para nosotros”, alegan los alumnos.

Y Camila Lecaros, la profesora de Inglés recién llegada, debe podar esas ideas y construir la confianza en que ellos también pueden aprender inglés. Igual que todo el mundo.

Y así lo hizo, mes a mes.

El alumno Bryan Zúñiga describe las primeras escenas de la clase de Inglés: “Ella nos hablaba TODO en inglés. Yo no entendía nada. Anotaba las palabras a un lado del cuaderno y después las buscaba en el diccionario. Esta manera de enseñar era diferente. A mí me daba miedo no aprender. Que no me diera el mate”.

A la alumna Pamela Rogel le costó dos meses comprender lo que la profesora le estaba tratando de explicar. “A la Miss nadie le entendía. Nos sentíamos en un caos, acostumbrados a la profe anterior. Además, esta profesora nos hablaba de cuestiones que nunca habíamos escuchado antes: la visión o

qué queríamos ser en el futuro. También nos inculcaba valores y el sentido de urgencia de las cosas: ‘Todo es ahora’, urgía. Y, según ella, había que hacer algo pronto para cambiar nuestro presente y futuro. A mí eso me movió el piso. Y me motivó a estudiar más. Hoy tengo un 5,9 y eso que partí con un rojo. Ahora quiero un 6,2, pero tengo que estudiar mucho para lograrlo. Quiero ser médico o veterinaria o ingeniera. Con la Miss yo aprendo sí o sí. Me motiva, me sacude. Las canciones son entretenidas, me da curiosidad saber qué significan. Las canto, me las aprendo”, resume Pamela entusiasmada con el futuro que le mostró Camila, la Miss.

Lecaros está sentada al centro de una sala de clases con baldosas amarillas en el piso. Atrás, en el muro, hay una cordillera hecha con papel Kraft. Los mismos alumnos se encargan de hermostear la sala.

Antes Camila era actriz, actriz de teatro. Hoy enseña Inglés a sus alumnos de Segundo Medio A haciéndoles escuchar canciones de Linkin Park.

Con todos los cables conectados en la computadora y una buena conexión inalámbrica, proyecta un video de Youtube en la pared. Constanza Robinson, una alumna peinada con una trenza, toma un yogur y tararea la canción, feliz, cómoda. Como si estuviera en el living de su casa. O mejor: en su pieza, cantando en inglés. No en “chamulleado”, como dice la Miss.

—¿Ven cómo es? Lo primeros tres minutos de la canción no entendían nada y ahora que hemos repetido varias veces los temas, van comprendiendo. Así es todo el aprendizaje: los seres humanos necesitamos practicar para aprender. Varias veces. Cientos de veces. Ustedes tienen la habilidad del inglés, pero hay que despertarla —les explica enfundada en su delantal celeste, lejos de los aplausos del teatro, en otro tipo de actuación, esta vez más real: la de una profe de carne y hueso.

Lecaros ahora teclea en el computador la traducción de un verso de la canción que oyen: “Permanezcan en mi amor”.

Estas palabras aparecen en el muro, en rojo. Los chicos cantan y leen la traducción simultáneamente en Youtube.

“¿Qué más habitual para ellos que el Youtube? Yo hago que el inglés sea parte de sus vidas cotidianas”, explica después Camila, en la sala de profesores.

Sigue la clase.

–Bryan Zúñiga, ¿puedes traducir? –dice la Miss.

–“Fue una pérdida de tiempo, lo desperdiciaste todo” –
contesta el alumno.

–Tú, *the last one* –sigue ella.

–¿De nuevo, Miss? –replica Bryan.

–La última –asegura ella–. Chicos: *Sing the song!* ¡El que
canta más fuerte, gana!

Y todos cantan a todo pulmón. Uno baila en el banco.
Otro mueve la patita. Las chicas cantan en inglés, no en
“wuanchungüey”.

–Si se concentran, todo empieza a ser más claro –insiste
Lecaros–. Lisardo, esta que sigue la resuelves tú.

Se acaba la canción.

–¡Miss, otro tema! –gritan los alumnos, y la maestra pone en
Youtube un video clip de Black Eyed Peas.

–¿Ven que ahora vamos más rápido? La primera canción
que oímos fue una de Regina Spektor, súper lenta, a uno por
segundo. Esto es un rap. Es más *power*. Así avanzamos, ¿ven?
De lo sencillo a lo complejo. Siempre es así: de menos a más.

Recreo. Todos salen de la sala cantando en inglés.

* * *

Javiera Horta usó varias estrategias para cautivar a sus niños.
En su rol de profesora de Matemáticas del Politécnico de
Pitrufquén, creó lazos tan profundos que hoy la emocionan. Se
acercó a los niños con tranquilidad, muy segura y serena en los
recreos y después del toque de campana. Incluso almorzaba con
los chicos en la misma mesa del casino del Liceo, compartiendo
idéntico plato de comida financiado por la Junaeb.

“Con algunos me resultaba conversar mucho más. A veces
me sentaba con ellos y les preguntaba de la vida. Salían varias
conversaciones bien profundas, en la intimidad de un almuerzo.
En una sala de clases eso no se consigue tan fácilmente”, cuenta
Javiera recordando las jornadas de puré con carne después de
las clases de la mañana.

Los otros profesores comían ahí mismo, entre ellos, igual
menú. A veces Javiera también compartía con los otros
maestros. Tenía que aprender de la experiencia de pedagogos
viejos, con cancha, con historia. Así que también les conversaba

y preguntaba.

“No comía todos los días con los profesores, pero a veces sí me sumaba. Les contaba mis conflictos dentro de la sala de clases y me daban consejos. Saben más porque han vivido más: son pedagogos. Yo me saco el sombrero frente a los maestros que planifican día a día y que le ponen creatividad a su trabajo. Era una buena idea integrarse y aprender lo más que pudiera”, afirma convencida y ya integrada al equipo profesional del Liceo.

Con los adultos, aprendía a enseñar y con los niños a entrar en sus vidas. ¿Cómo son tus hermanos mayores? ¿Te gusta la comida del colegio? ¿Qué quieres ser cuando grande? ¿A qué juegan cuando salen de clases? ¿Cómo es tu mamá, cómo es tu papá?

Un día le pidieron de Enseña Chile que invitara a un niño para que contara su experiencia como alumno del programa en una jornada especial. Querían escuchar la voz de los protagonistas: qué aprendían, cómo veían esta nueva manera de educar. Javiera tenía que elegir a unos pocos entre muchos.

“Me costó un mundo decidir a quién invitar porque si hubiese sido por mí, los habría llevado a todos. Me la jugué por las tres que son mis alumnas más cercanas: las que se quedan al final de la clase conversando conmigo, las que me ayudan a guardar las cosas, las que me piden consejos para tratar al pololo. Me la jugué por las tres. Pero una no podía y las otras dos dijeron que sí. Al final terminé llevando a seis porque todo el mundo quería ir a Temuco a describir cómo era estar en mi clase”, relata Javiera entusiasmada con su primera salida a terreno con los chicos.

La invitación consistía en hablar frente a un público compuesto por profesores de Enseña Chile y luego almorzar en el Portal (el *mall* de Temuco) para celebrar. El plan continuaba en el cerro Ñielol, monumento nacional e ícono de Temuco ubicado a siete cuadras de la Plaza de Armas. Javiera quería que lo conocieran.

“Ellos, que son de Pitrufoquén, cuando están en la capital de la región nunca van al cerro. Van al *mall*, pero no al cerro. Los padres no los llevan porque siempre van apuraditos a hacer los trámites, a pagar las cuentas, a comprar. Cuento corto: los fui a buscar a Pitrufoquén, porque a una no le dieron permiso de viajar en bus a Temuco: la condición era que los fuera a buscar.

Así, me conseguí la camioneta mutante de mi suegro. No lo podían creer: era una Ford F-150, que más que auto parece camión de ‘Los Magníficos’. Fue toda una aventura, parecía que íbamos en un cohete a otro planeta”, describe la profesora.

Cuando llegaron a Temuco bajaron como unas estrellas de cine. Tenían que hablar frente a una asamblea de Enseña Chile. El grupo iba nervioso, con su mejor tenida.

“Cuando les tocó a mis cabros, pasaron adelante, al escenario: se pusieron temblorosos, hablaron puras cabezas de pescado, no dijeron nada muy motivador. Pero yo estaba chocha. Mis compañeros me decían: ‘El medio babero que había que ponerte’. Yo estaba con la sonrisa de oreja a oreja, orgullosa”, resume Javiera.

Era la primera vez que hablaban ante tanta gente. Y eso la puso feliz. Empujarlos a mostrarse, a salir del huevito de Pitrufoquén, a plantarse frente al mundo, delante de varios ojos que los miraban y evaluaban, era todo un progreso.

En el patio de comida del *mall* comieron completos y tomaron bebida.

“En la sobremesa más me interrogaron a mí de la vida que yo a ellos”, cuenta la profesora.

Ya se había dado vuelta la tortilla: ellos querían saber quién era ella, la profesora de Matemáticas, la “profe Javi”, la mujer que los había metido al mundo de las fracciones y los números enteros, los sueños, las metas, la urgencia del haz ahora, del *mall*, del vértigo de hablar frente a tanta gente.

“Después los llevé al cerro en la camioneta, pagamos la entrada y paseamos hartito hasta cansarnos. Cuando volvimos a la 4x4 para regresar a la casa, los chiquillos se agruparon en la puerta de la máquina y me dijeron: ‘profe Javi, nosotros nos damos cuenta de que usted nos quiere un montón. Que nos invitó a almorzar y todo eso, así que hicimos una colecta’. ¡Y me pasaron mil trescientos pesos en puras moneditas! A mí se me llenaron los ojos de lágrimas, y esos pesitos no los he podido gastar nunca. Son un símbolo de que yo ya había entrado en el corazón de los alumnos. Que mis matemáticas habían sumado bien. Que todas esas horas de reforzamiento y de resolución de problemas reales habían servido para que me quisieran. Esas monedas hoy representan mi pequeño tesoro personal”, precisa Javiera, aún emocionada con el gesto de sus niños.

Después del regalo los llevó a Pitrufluén. Cuando llegó a Temuco estaba tan contenta que no pudo evitar llamarlos por teléfono para saber cómo habían llegado. En una casa, le contestó una mamá.

—¡Pero tía, yo le había preparado pancito amasado para que tomáramos onces! ¿Por qué no se quedó?

—Invíteme otro día y yo voy feliz a tomar onces.

—Tía, quiero agradecerle que mi hijo haya pasado adelante a hablar. Él es súper tímido. Tenía mucha vergüenza, pero igual lo hizo. Usted le dio la confianza. Gracias. Y aquí van a estar sus pancitos esperándola.

Contenta, tan contenta, la profe Javi se devolvió en la camioneta de ‘Los Magníficos’, con un día perfecto grabado en la memoria. Todo el esfuerzo estaba ahí, brillando: Eran mil trescientos pesos de puro amor.

* * *

En Villarrica, Elías, alumno de Digna, se tiene fe. Cree que no importa donde haya nacido, porque la “pobreza material no es lo mismo que la pobreza espiritual”.

—Yo estoy con la señorita Digna desde Segundo Medio en Arte. Y en estos años he aprendido un montón: puedo dibujar bien, pintar bien y desarrollar una capacidad crítica de lo que dibujo. Ese era un talento propio de mí, pero estaba dormido, no había sido muy estimulado. Cuando llegó la señorita Digna dijo: “Aquí aprenden todos ¡Y aprenden!”. Y dije: “¡Bien! Ahora sí”.

Elías asegura que la profesora le ayudó a seguir el “hilo de las cosas” y a confeccionar “proyectos de vida”. A Digna no le basta con enseñar teoría del color o la técnica correcta del corte con cuchillo cartonero. Su sueño es perfilar la vida entera de sus alumnos.

—Si yo quiero cumplir metas debo tener buenos recorridos para llegar a ellas. No es solo querer, sino planear el camino para conseguir mi objetivo. Si yo quiero aprender a dibujar, algo tengo que saber las medidas. Cómo lo voy a dibujar, las posiciones, la fuerza, las estrategias deben ser buenas estrategias. La señorita Digna dice que todos somos iguales, que es cosa de organizarse para lograr los sueños. Lo principal es creer en uno mismo. Eso es motivador: a mí me inspira a ser mejor.

Elías dice que en dibujo están muy avanzados. “Hacemos trabajos como si fueran de universidad”, asegura.

Dice que es lo que más le gusta en la vida es traspasar lo que hay en su cabeza a un papel. Que desde Octavo dibuja con esmero cosas que veía en la televisión, caricaturas, muñecos, personajes. Y que tiene un sueño.

—Me gustaría ser un gran pintor. O un escultor de algo. Para que avanzara más, la señorita Digna me inscribió en un curso de escultura fuera del liceo. En El Paraíso, un centro de talleres artísticos. Ahí había dibujo y la señorita Digna nos anotó a varios, becados. Allí aprendí de todo, hasta fundición; escultura en hierro, en yeso, con alambre, con madera y todos esos procesos fueron espectaculares para mí. Fue el tremendo regalo. Me cambió la vida.

“Solo les pedí que fueran constantes y que lo hicieran por ellos”, interviene Digna.

En El Paraíso lo primero que le pasaron a Elías fueron dos kilos de plasticina para que armara un rostro, con todas las proporciones lo más parecidas a la realidad. “Iba después de clases, en horarios flexibles. Eso me sirvió a mí, que vivo camino a Licanray. En el taller me ayudaron a ser más creativo. Al molde de plasticina le sacábamos copia con yeso para pronto trabajar con otro material de mayor densidad”, explica el paso a paso Elías, en un recreo corto, sobre el pasto del liceo. Se ve feliz. Entusiasmado.

Su curso en El Paraíso terminó porque la Municipalidad no lo siguió auspiciando. Pero Elías le sacó el jugo a su premio. Y lo agradece trabajando como nadie en Arte.

* * *

Villarrica, Politécnico de Pitrufquén.

Javiera Horta dice que le queda mucho camino por recorrer. Que está empezando, que la experiencia de ser profesora de Enseña Chile le formó el carácter de maestra, pero que quiere ir por más. Ya está en un magíster de Educación con el que está complementando su carrera de ingeniera.

Al principio, la profesional encontró a sus alumnos muy disminuidos en cuanto a conocimiento matemático. Se los habían entregado en Primero Medio sin manejar operatoria básica.

Por ejemplo, sabían que dos números con signos negativos se restan, pero no comprendían por qué se efectuaba esa operación matemática.

Javiera les dio un ejemplo de la cuenta del banco: “Cuando gastas más dinero del que tienes y luego pagas, no sumas las dos cifras sino que primero pagas lo que debes y después queda un resto”, les explicó.

Y ahí recién entendieron. Lo mismo con la suma de fracciones. Ellos sumaban los números como quien suma peras y manzanas. No mantenían el denominador común y se les producían unas confusiones tremendas.

“Te das cuenta de que si estás ahí para bajar la brecha social, no puedes tirarte con los contenidos de Primero Medio porque, si no, al final, aumentas la diferencia. En esas condiciones no desarrollarías bien los contenidos futuros. Te quedas en pana a cada rato. Y así no se puede. Yo partí pasándole a alumnos de Primero Medio materias de Séptimo Básico: sumar enteros y fracciones. Lo más simple. Traté de hacer actividades más lúdicas, como ¿Quién quiere ser millonario?

En una clase, Javiera les explicó la importancia de su rendimiento académico, porque la mayoría declaraba que quería ir a la universidad.

“¿Sí, ah? ¿Quieren ir a la universidad? ¿Ustedes saben cuál es el ingreso de sus familias? En promedio, 150 mil pesos. Lo hemos calculado según estadísticas que se recogen cuando se hacen las matrículas. Con ese presupuesto total, la única posibilidad es estudiar a través de un crédito o una beca, porque incluso la Universidad de la Frontera es más cara que ese presupuesto. Si tu familia paga la universidad, no les quedaría plata ni para comer, ni para nada más. Y si te fijas, no eres tú sólo, también tienes hermanos”, les anunció Javiera.

Ese balde de agua fría les tiró encima de un día a otro. Era una información que no tenían y que podía remecer sus certezas. Lo principal –dice Javiera– es incentivarlos con el rendimiento académico, porque si se entusiasman desde el principio y trabajan, tienen más posibilidades de que les vaya bien en la PSU. Si no lo hacen, se les complica la pista.

“A varios yo los vi impactados con lo que les estaba diciendo, porque en primero medio aún no tienen claro qué es el dinero, en el sentido de cuánto necesita para vivir una

familia o cuánto vale una universidad”, dice.

* * *

La sala está llena de máscaras de La Tirana, de escenarios de teatro iluminados con ampolletas en miniatura y de muebles hechos artesanalmente. Es la sala de Digna.

“Me la tomé porque no había sala de Arte”, confiesa la profesora. “Los niños necesitan un lugar para sentir arraigo. Y, además, deben tener la confianza de que sus materiales estarán siempre disponibles y seguros”.

Según Digna, el niño ve que en esta sala de clases están sus trabajos y las producciones de sus compañeros. Comparten las maneras de hacer, las técnicas y se motivan viendo el trabajo de otros. Así complementas sus ideas.

“Si tú haces clases en una sala inhóspita o en la misma sala donde aprendes matemáticas, no es igual. Porque con el arte te conectas con otras emociones. Esta sala está ahora toda desordenada, pero tiene contenido de lo que estoy enseñando. Los niños saben que aquí se trabaja”, asegura Digna.

Esa estrategia de contar con un lugar propio la descubrió en el segundo año en que empezó a hacer clases. “Los niños venían a mí, no al revés”, recuerda.

Era la maestra la que esperaba en la sala con todo listo para que los aprendices pudiesen crear. El año 2010, al terminar el primer semestre de Educación Tecnológica, ella analizó los resultados a través del *tracker*, un programa online creado por Enseña Chile para sus profesores que hace un seguimiento a los progresos de cada alumno. Con los datos académicos de los estudiantes ella organizaba el curso.

Como resultado de este seguimiento individual, la profesora Digna detectó las habilidades que aún no habían desarrollado sus alumnos. Además contaba con un cronograma anual que le permitía visualizar si estaba trabajando según los tiempos planificados.

Los colores del *tracker* le indicaban el porcentaje de logro en sus chicos.

Los jóvenes se sorprendieron con el balance y le dijeron que jamás un profesor se había preocupado tanto de ellos en forma tan personalizada. Uno a uno ellos vieron cómo avanzaban y

qué áreas tenían que reforzar. Esa curva de logros los motivó a preguntarle a la profesora, cada cierto tiempo, cómo iban. Hoy, esos mismos chicos, ya egresados, si la encuentran en la calle la saludan afectuosamente. Ella cree que desde ese día en que les mostró cómo los había observado, clase a clase la actitud de todos cambió. Si ve a sus alumnos en los pasillos del colegio, les habla. En la calle, en el supermercado o en la librería, en cualquier lugar, ella les pregunta cómo van sus avances con una sonrisa para darles confianza y seguridad.

Ese plan, como “técnica de aprendizaje” funciona sobre todo con niños de alta vulnerabilidad, dice Digna. Niños que necesitan que alguien se preocupe de ellos, que atiendan sus necesidades emocionales. “A ellos no les importa nada, con suerte traen un material. Y esa suerte que tuviste que te trajo la hoja y la témpera, tienes que aprovecharla. Aquí, en esta sala de arte, nadie les ocupa los materiales. Son de ellos. De nadie más”.

Los otros profesores le dicen a Digna que les gusta su sala. Anteriormente era una bodega que también se ocupaba como dormitorio, pues la arrendaban a turistas en verano.

Y cada año empiezan de cero.

Para acomodar aún más la sala, Digna recicló dos muebles que iban a dar de baja en la biblioteca. Entre ella y sus alumnos repararon las repisas y las usaron para colocar pinceles y óleos.

Y así, con otras repisas que hicieron algunos alumnos en un proyecto de Educación Tecnológica, Digna armó la sala lo mejor que pudo.

“Estos muebles los hicieron alumnos de Séptimo Básico, y no se los llevan a la casa. Yo les di valor. Así armamos nuestra sala de clases. Amamos este lugar. Y el director no se enojó con todo nuestro alboroto”.

En la oficina, el director Jorge Villagrán Sáez analiza la situación. Atrás de su sillón, varios diplomas.

En este Liceo de Villarrica, el 77,9% de los niños son vulnerables. El porcentaje nacional es de un 66%, según el Índice Vulnerabilidad Escolar 2012 que elabora la Junaeb.

—Pasó un año para que ella se creyera que es una buena profesora —asegura el director—. Un día le dije: “Tú tienes condiciones que te hacen ser una buena profesora porque los profesores novatos no saben cómo planificar una sala de clases: no son pedagogos. Los verdaderos profesores tienen una

estructura, incluso recién salidos de la universidad”.

El trabajo de Digna está en los pasillos del Liceo. Expuesto. Siempre va alternando entre una obra y otra que encarga a sus estudiantes. Expone todos sin importar su calidad. Así, todos los alumnos se esfuerzan. Ahora tocó el turno de las ollas brujas para el ramo de Educación Tecnológica que ella también imparte: una especie de cocina solar hecha con una caja, papel aluminio y plumavit.

“Con sus ollas solares los chiquillos cocinaron arroz. Si no estaba cocido, no les ponía nota. Tenían que pre-cocinar el arroz a fuego máximo, cinco minutos. Después el arroz se termina de cocer en la olla bruja. Se hace con cualquier caja: lo importante es el envoltorio y el aislante que puede ser la lanilla y después se recubre con *Alusa foil*. El objetivo de Séptimo Básico era economizar energía. Y así, ellos con sus mamás, están tratando de ahorrar luz y gas para poder reinvertir ese dinero en materiales de arte”, resume la profesora.

En el patio del colegio también hay huellas del trabajo de la señorita de Arte. En un rincón está el invernadero y dos composteras donde se reciclan las verduras que sobran del almuerzo y la basura orgánica que se acumulan en las salas de clases: cáscaras de naranjas, plátanos y cogollos de manzana de las colaciones.

Yo estaba a cargo de proyecto –cuenta Elías, el alumno escultor de la señorita Digna–, pero no pensé que se venía tan en grande. Primero lo presentamos al colegio y luego conseguimos las platas para montar el proyecto.

“Jugamos a ser una empresa: teníamos un departamento de finanzas, otro de publicidad y otro de producción. Yo los evaluaba las estrategias que usaban, como pedir cuotas o vender queques”, recuerda Digna.

Hay una compostera. Es una caja sencilla con todos los nombres de quienes participaron en su ejecución escritos en ella.

Los alumnos se dieron cuenta de que el experimento se trataba de algo que estaba más allá de la nota. Pusieron tarritos para recoger desechos orgánicos en las salas. Si alguien comía un plátano, botaba la cáscara ahí. Lo mismo con los cogollos de manzana y las cáscaras de naranjas. Así se dieron cuenta de que es lento el proceso de descomposición de la basura. Y que la basura podía servir para darle más vida a la tierra de las plantas.

El plan trascendió al colegio: vino la televisión y la radio local. Les hicieron entrevistas a la profesora y a los alumnos. Todos salieron en la “tele”, en el programa *Werkén*.

Con el tiempo, sus alumnos han llegado a la conclusión de que el arte no quita tiempo. Que las técnicas manuales son igual de importantes que las habilidades matemáticas o el conocimiento histórico.

“Un trabajo de artes visuales me demora semanas en hacerlo: estudio otra materia, hago mi trabajo, estudio, reviso mi trabajo, lo voy arreglando; la nariz me quedó chueca: la arreglo”, comenta Elías.

El chico declara no tener muchos recursos, así que se consigue cartones y cola fría, por aquí y por allá.

–Mi padre trabaja en el campo y mi madre es asesora de aseo –cuenta Elías–. Tengo hermanos en la universidad (en Pedagogía y Prevención de Riesgos) y se me parte el alma pedir plata: veo que mi mamá está todo el día fregando pisos y mi papá picando la tierra. ¿Pedirles dinero? Creo que no corresponde.

Judith Nass, otra alumna, encontró también en el arte un modo de vivir.

–Me encanta el arte como medio de expresión, el arte envuelve el alma de las personas. Uno se puede expresar con cualquier tipo de arte. Yo tejo. Y ahí puedo expresarme bien. Eso es mi vida. Hago gorros, bufandas y ahora hago mariposas a crochet y a palillo. Le hice una funda a un *notebook* y también he hecho corazones y hartos detalles a punto para mis amigos. Gracias a la profe, pudimos desarrollar nuestras habilidades porque antes estábamos desmotivados pensando en estudiar algo para ganar plata, porque todos nos dicen eso. La gente en general no busca el desarrollo de las personas, sino ganar plata. ¿Cómo iba a ser feliz haciendo eso? Así que decidí estudiar Diseño de Vestuario. No vas a ganar nada, me dicen las personas. Pero yo digo: si realmente me gusta, voy a ser la mejor. Y si soy la mejor, me va a ir bien. La vocación es la que manda. No importa lo que hagamos, siempre tenemos que ser los mejores. Hacerlo con el corazón, eso es lo que vale.

Así, Judith Nass entra a clases. Adentro, Digna Flores les dice: “Si tienes muchos problemas en tu casa y vienes de una familia muy humilde, eso no te tiene que limitar. Dios te dio una inteligencia y con eso se puede hacer todo; mírenme a mí:

lo que he logrado, las cosas que he hecho”.

Termina la clase. Digna ingresó a Enseña Chile para tomar estrategias de perfeccionamiento y autoexigencia. Para ver hasta dónde era capaz de dar como profesional.

“Si yo no me exijo ¿cómo le voy a exigir a mis alumnos?”, recalca.

Algunos que no se atrevían a dibujar ni a tomar un lápiz, con Digna perdieron el miedo al ridículo: ahora muestran sus obras. Antes ni por nada del mundo querían mostrar algo que hacían.

Digna es de Pucón. No muy lejos. “En este colegio hay muchos alumnos que son de allá y estudian acá”, dice. “Ellos conocen a mi familia, saben quién es mi mamá y mi papá. Yo soy una fuente de inspiración para ellos, porque mi familia es súper humilde y a pesar de todas esas dificultades en este momento tengo dos títulos: diseñadora de la Universidad Católica de Temuco y profesora en diseño de la Universidad de la Frontera. Con eso ellos se preguntan, si la profe que viene de ese contexto pudo, ¿por qué yo no?”.

Digna nació y creció en tierra mapuche. “Tengo claro esto: de dónde vienes, dónde estás y qué es lo que quieres”, dice. “Si no tienes claras tus raíces, no vas a saber dónde estás parada, menos vas a saber lo que quieres para tu futuro. Y eso lo hablamos cuando tenemos conversaciones de tú a tú con los alumnos, después de que salimos de la sala de clases. Hay que saber aceptarse. Cuando te aceptas, te conoces a ti mismo con tus debilidades y fortalezas”.

Para la profesora la educación no implica solamente llenar de contenidos a un estudiante. “¿Qué sacas con ser un médico espectacular que se sabe todos los libros de memoria, pero que no tiene corazón y no es amable con las personas?”, se pregunta. “Hay que tener llegada con las personas, ser integral: eso les recalco a mis alumnos”.

* * *

Javiera, Pitrufrué.

Un día invitó a su papá, Kurt Horta, a una actividad. Él fue productor general del Rally Mobil y un exitoso piloto de automovilismo en las décadas del 70 y 80. Como en el colegio donde hace clases hay una especialidad en Mecánica, y una

vez al año celebran “El día del técnico”, ella lo invitó para que dictara una charla.

“Mi papá pensaba que llegaría a una escuelita de campo, con tierra en el piso. Y no, era muy distinto: nuestros auxiliares se preocupan de tener todo limpio, los baños son excelentes, las salas con sus lindas cortinas, buenas mesas y sillas. Tenemos hasta central de apuntes donde podemos pedir todas las fotocopias”.

Los chicos de Tercero Medio le preguntaban por los motores y cómo podían ellos convertirse en pilotos de *rally*. El padre de Javiera les dijo que era un deporte muy caro, pero que necesitaban siempre mecánicos de excelencia para arreglar esos autos de lujo. Que había mucho trabajo en las pistas. Les aconsejó que tenían que ir a cuanta carrera pudieran ir, mirar con atención, acercarse a los otros mecánicos, preguntar y estudiar y estudiar.

Aunque los adolescentes no eran alumnos directos de Javiera, escucharon al señor Horta concentrados, soñando en un futuro mejor. Todos salieron de la sala motivados para ponerle más empeño, para practicar con más ganas. Con la experiencia aprendieron a apreciar más su especialidad, valorando a los mecánicos por su importancia central en el desarrollo de las disciplinas “tuercas” y no solo como un técnico más. Javiera les abrió un camino de posibilidades que antes no habían imaginado.

Con todo el empeño que pone, la señorita Horta es una profesora popular. La trabajadora social del colegio hizo una encuesta y averiguó que los alumnos sentían confianza con la profe Javi. Que para ellos “era la más cercana”. Es querida porque enseña con coreografías. La estrategia se la compartió una compañera de Enseña Chile que trabaja en Cunco.

“Es sabido que lo único necesario para sacar ‘el cuadrado del binomio’ es memorizar la fórmula. Mi compañera inventó una coreografía y yo la apliqué en mi curso.

Resultó una clase muy entretenida. Se morían de risa al intentar la secuencia y de paso, se aprendieron la fórmula. En el diagnóstico de este año, hacían la coreografía en chiquitito para acordarse de la fórmula.

“Se aprendieron el cuadrado del binomio para siempre”, asegura la maestra, cuya su meta es que los pupilos desarrollen habilidades de pensamiento: que resuelvan problemas complicados en un dos por tres.

¿Otras posibles razones de su popularidad? Un ejemplo: a un estudiante, en su primera prueba, le fue muy mal. En todos los reforzamientos le entregaba a Javiera los controles en blanco. Un día ella se quedó conversando con él después de la clase. Y le preguntó qué le pasaba, por qué le entregaba la hoja en blanco. La respuesta: se sentía inseguro, se le olvidaba todo lo que sabía. Y tuvieron una conversación y le dejó ver que iban a salir adelante juntos, trabajarían en reforzamiento de las materias paso a paso. Se despidieron. El chico le dio las gracias. Hoy, dice Javiera, no es de los mejores alumnos, pero ha avanzado muchísimo y superado a varios compañeros. “En factorización me dice ‘profe, corríjame’, y tiene todo bueno. Me acuerdo del primer semestre, la última prueba. Yo estaba corrigiendo pruebas en mi casa y cuando me tocó la suya, me puse a llorar. ¡Me puse a llorar! En un par de meses, había logrado un cambio radical. Mi marido me preguntaba por qué lloraba. ‘Mi guachito’, le decía yo, ‘mi guachito’, y agarraba su prueba y me la ponía en el pecho. Y le cuesta, le cuesta mucho. Es de los pocos que no tiene ni un promedio rojo”.

Otro de los alumnos de Javiera es Juanita. Viene de una comunidad mapuche que está a 15 kilómetros de Pitrufuquén. A principio de año le iba mal en Matemáticas. Javiera la puso en reforzamiento, en horario fuera de clases. Juanita no manejaba la operatoria básica. Y hubo una conversación, casi a la salida de la sala.

“Yo estaba trabajando con otro estudiante, no con ella”, recuerda Javiera. “Y se me acerca la Juanita a preguntarme cómo se restaban los números con signo negativo. Entonces una compañera le dice: ‘pero Juanita, como no vas a saber eso si es súper fácil’. Y la Juanita le responde: ‘Puede ser fácil, pero a mí nunca nadie me enseñó’. Casi me morí”.

Si nadie le había enseñado, Javiera lo haría. Se enfocó muchísimo en ella: “¿Cómo estás, cómo vas, necesitas ayuda?” Antes de salir del primer semestre, Juanita alcanzó el nivel para salir de reforzamiento.

“Hasta le entregué un diploma”, recuerda Javiera. Era un documento que la propia profesora confeccionó: un papel grueso, estrellitas impresas en los bordes:

Felicitaciones por alcanzar el nivel que le permite retirarse de reforzamiento. Otorgado a: Juanita.

Con el reforzamiento, Javiera niveló al curso y le entregó herramientas para enfrentar los contenidos que no habían adquirido antes. Si no hubiera hecho nada, la estudiante hubiera arrastrado la mochila para siempre.

Juanita subió su promedio de 4,7 en el primer semestre de 2011, a 6,1 en el segundo. Juanita estaba haciendo algo efectivo para superar la brecha que Javiera les había mostrado al principio, con tanta crudeza.

* * *

Once de la mañana, hora de la leche. Digna y sus alumnos están juntos. En la cocina, las manipuladoras de alimentos reparten con grandes cucharones el desayuno sobre tazones de plástico: una porción por alumno. Los profesores también toman leche. Todos comen pan. Esta vez, con manjar. Es la hora del recreo: conversación con el tazón humeante entre las manos, calientito.

Kevin, el alumno de Digna, habla de su profesora:

“A mí, sus técnicas de pintura me han servido para todo”, dice. “Para aprender a cumplir con los tiempos, con la limpieza y el trabajo en equipo. En las clases he aprendido a ser mejor persona. A tener más valores. A ser crítico y a saber mucho, a estudiar antes de hablar. En los trabajos la profesora Digna nos pide que sepamos de contingencia y a plantear opiniones coherentes cuando presentamos la obra final”.

En un trabajo los alumnos hicieron un mural donde criticaban al mismo liceo. Al director no le gustó mucho. La pintura está ahí y todavía no se muestra. Era una crítica al nuevo sistema del colegio, que fue nombrado Bicentenario, con nuevos fondos estatales y alto nivel de exigencia curricular.

“La idea era mostrar lo que había detrás del cambio”, explica Kevin. “Pintamos una alfombra roja donde entraban los alumnos de 6,7 a Séptimo y Octavo. Lo que está muy bien; pero en otra parte de la pintura, en el lado oscuro, dibujamos a los alumnos que no fueron aceptados y a los profesores que tuvieron que irse por el cambio de sistema. Hasta sobres azules dibujamos. Era nuestra realidad: había que ponerla en una tela”.

Según el estudiante, el director no dijo nada al respecto, y la pintura, en el momento de la entrevista, seguía ahí.

El sueño de Kevin es estudiar teatro, pero no quiere ser

actor de televisión, sino de teatro de tablas. “Puedo estudiar Pedagogía para enseñar luego en una academia”, dice. “No me gusta la educación tan estructurada que se imparte en los colegios, quiero enseñar sin planilla, sin notas, sin reglas. Hacer clases solo con gente a la que le interese y venga con ganas, no porque le impusieron el ramo por obligación. A mí me va más o menos en Matemáticas, pero tomo talleres de teatro donde sea. En todos los trabajos de Arte me siento conforme con lo que he hecho. Este año he avanzado mucho como persona. Mejoré en la perseverancia, en ser constante. Yo puedo hacer algo aun cuando me deprima. Quiero seguir estudiando. Tengo problemas, muchos problemas familiares, pero el arte me saca de eso y me ayuda a superarme, a evadir. Me gustaría seguir haciendo arte toda mi vida”.

Con una fruta en la mano, Judith muerde, masca, traga y habla: “Lo mío, más que pintar, es el tejido. La señorita Digna me ayudó a pensar en lo que me gusta, a sentir que sí puedo hacerlo, a no desmerecerlo, porque se puede vivir bien con eso. Y mientras tejía me hice más sociable, porque antes era súper antipática. Me juntaba solo con mi grupo –somos siete–, y nadie más. Aprendí que no es malo conocer a personas diferentes y valorarlas por cómo son interiormente”.

* * *

Facebook de la profe Javi. Ha agregado a sus alumnos y aceptado todas sus peticiones de amistad. De reojo, lee todos sus estados, cada vez que puede.

“Este mi Facebook de profe (...) Mi red social la tengo muy camuflada, con un sobrenombre. Somos cercanos, pero soy su profesora, un modelo a seguir”.

Desde esta red social les recuerda que estudien: un arma más de motivación. Con eso los estudiantes la sienten más cerca; deambula en el mismo mundo de ellos en internet.

En la sala de clases siempre hay un *Power Point* funcionando. De esta manera les muestra paso a paso los ejercicios para que vean y comprendan los resultados. Las herramientas de tecnología son importantes en su método. Las usa para sacar a los chicos de la rutina, del letargo. Estas imágenes proyectadas hacen todo más visual y por lo tanto, el grupo comprende mejor.

En una jornada mostró las tablas de ponderación de las notas para entrar a la universidad. Cuadro a cuadro les explicó a cuánto equivalía en puntaje “un cuatrito” y cuánto pedían en notas de Enseñanza Media para entrar a Enfermería de la Universidad de La Frontera (sus alumnos hacen especialidad en Salud). De esta forma les hizo ver que no podían conformarse con un cuatro: lo vieron con sus propios ojos, proyectado.

Pero no basta. El *Power Point* y la red social no son suficientes. Lo que más resultado da es el ánimo que la profesora inyecta a la clase. “Porque la mayor preocupación de ellos”, dice Javiera, “es que este me miró o no me miró, si la niñita que me gusta pasó o no. Es difícil mostrarles que hay cosas trascendentales que suceden ahora. Tratar de aterrizarlos, despertarlos, generar el sentido de urgencia es lo que necesitamos hacer. Decirles insistentemente que lo que haces ahora va a influir en lo que va a pasar mañana o lo que va a pasar en cuatro o en diez años más”, explica.

A juicio de Javiera, la clave es creer que el único que puede cambiar la realidad de un sistema educativo es el profesor.

“Yo manejo los mismos contenidos que cualquier otro docente de Chile y he visto resultados en mis estudiantes. He visto cambios sustanciales y no me voy a cansar hasta verlos cada día mejor, listos para entrar a la universidad”.

* * *

El costo personal de dejar sus carreras de origen e ir a enseñar en una sala de clases es alto. Digna, Javiera y Camila tuvieron que renunciar a sus comodidades y entregarse al servicio público. Sumando y restando el beneficio claramente no es material. “Una de las primeras cosas a las que hay que renunciar es al tiempo libre. Yo no tengo tiempo libre. Duermo en el bus, porque es el único momento que tengo para descansar. En mi casa reviso guías, corrijo pruebas, veo qué voy hacer mañana en el ‘Haz Ahora’”, dice Javiera.

Y no le basta el espacio de tranquilidad que gana en el bus, porque además necesita saber cómo va a entusiasmar a ese alumno que no ha logrado encantar, o cómo enfrentarse a la prueba SIMCE –que está enfocada a la resolución de problemas– si sus chiquillos aún no resuelven problemas. Tiene que preparar

la clase: no hay tiempo, no se puede desligar. “No es que cierre la puerta de la sala de clases y me olvide hasta el día siguiente, cuando la vuelvo a abrir. Hay trabajos así: este no”, dice.

Javiera tiene ganas de seguir haciendo clases. Trabaja duro por cambiar el sistema, aunque sea con un grano de arena: el suyo y el de los otros profesionales de Enseña Chile. Entre todos siembran un nuevo sistema educativo en distintas escuelas del país. Entre todos son más. “Si te quedas en la sala de clases, influyes en 40 alumnos. Yo lo que quiero ahora es involucrarme en el ambiente universitario. En la formación de profesores nuevos que se entusiasmen tanto como yo en la Enseñanza Básica”, anuncia la profe Javi, segura de que su poder de persuasión es enorme.

Su plan es una apuesta por cambiar el sistema, aunque a simple vista salga perdiendo económicamente: como ingeniera ganaba 700 mil pesos y como profe, 300 mil.

“Yo no tengo ningún lujo: recibo mi sueldo a fin de mes, pago el arriendo y me queda plata para el bus, para irme a Pitrufrquén y cerca de 30 mil pesos para cualquier cosa que yo quiera. Si me quiero comer un helado o ir al cine, tengo que ser invitada. Yo no puedo. El magíster me lo paga mi suegra. La comida, mi marido. Si no, ni una posibilidad. Aun así, este ha sido uno de los años más felices del último tiempo”, dice risueña, dándose por pagada con el pancito amasado que le prometieron las mamás de sus alumnos. Ser profesora ha sido, para ella, en realidad un regalo.

Mientras tanto, Juanita, la estudiante que se le acercó, viajó como todos los días desde Mahuidanchi, su comunidad mapuche, ubicada a 20 minutos de Pitrufrquén, hacia su escuela. No falta ni un solo día aunque llueva, truene o relampaguee. Le cuesta un mundo estudiar. Se frustra con facilidad si no la estimulan, porque la suma de números enteros no existe en su mundo de carencias económicas. Por eso en el colegio la distinguieron con el Premio al Esfuerzo.

Hoy, de vuelta a clases al Segundo Medio F, aunque tiene un carácter rudo, saluda a su profe Javi con un beso.

–La eché de menos, profe –le dice, y se pone a calcular un cuadrado del binomio con un lápiz mina para responder la prueba de diagnóstico.

La meta personal de Juanita es “ser una mujer profesional”.

En 2011 consiguió un promedio general, de los dos semestres, de 5,4 pese a que comenzó con un diagnóstico de 35% de logro en operatoria básica de números enteros, fracciones y decimales. En Octavo Básico había conseguido apenas un 4,5.

Casi un punto. Ese fue el salto de Juanita.

Hoy imagina un sueño más audaz, inspirada en la profe Javi: aprender y ser feliz. Su carácter se ha dulcificado. Demuestra más interés y se esfuerza escandalosamente cuando le dicen que está bien, que va por buen camino, que la ecuación está correcta. Esto, que antes era un idioma desconocido, hoy es parte de su universo.

"NO ES QUE
CIERRE LA PUERTA
DE LA SALA DE
CLASES Y ME
OLVIDE HASTA EL
DÍA SIGUIENTE,
CUANDO LA VUELVO
A ABRIR. HAY
TRABAJOS ASÍ:
ESTE NO"

JAVIERA HORTA

CAPÍTULO 5

MÁS ALLÁ DE LA SALA DE CLASES

POR ANDREA LAGOS

10:00 a.m. Finales de 2011, Liceo Atenea, Cunco, Araucanía. El Segundo Medio B, a esta hora, tiene clases con Juan Paulo Sánchez, ingeniero civil de la Universidad Católica. Profesor y alumnos caminan hacia la sala de clases. Un grupo de ellos rodea al maestro en el pasillo. Fuera de la escuela, en la plaza, hay una carrera: parte de las actividades del programa Comuna Saludable, organizado por la municipalidad.

–¡Profe, profe! ¿Sabe? Queremos ver cómo corre el Ronny en la plaza.

–Tenemos clases de Matemáticas. No podemos perder el tiempo.

–Pero profe, porfa...

–Lo voy a pensar. ¿A qué hora corre?

–A las once diez.

–Mh. Iremos con una sola condición: que hasta las once cinco pongan mucho empeño a los ejercicios. Si no, nos quedamos en la sala, aprendiendo mucho.

–¡Eeeh! –gritan felices los alumnos y corren en bloque a esperarlo, sentados en la sala, ordenados.

Entretanto, Juan Paulo pasa por el kiosco de golosinas del liceo, donde cuelgan unos plátanos y una bandera chilena. Unos alumnos compran dulces y los meten en sus bolsillos. En la sala no vuela una mosca. En los muros hay esquemas sobre el hipotálamo y los capilares del torrente sanguíneo. También hay carteles con palabras escritas en inglés: *sad*, *crying*, *dead*, *happy*.

Juan Paulo empieza la sesión.

–Chicos: Hoy haremos un control matemático. Si contestan mal, tendrán dos puntos menos para la prueba, y si contestan bien, un punto más. Es decir que si te sacas un cinco y tienes un punto, subes a 6. Y si te sacas un 6, pero no contestas bien ahora, tienes un 4. Así que atención acá: todos los ojos puestos en el “Haz Ahora” –dice, y escribe las dos palabras en la pizarra.

Enseguida anota el problema: “¿Qué pendiente debe tener una recta para ser paralela a la recta $3x + 2y - 7 = 7x + y + 5$?”. Y pone a andar el cronómetro que lleva colgado al cuello. Parece vestido como para subir a la montaña: zapatos Columbia, pantalones *outdoor* café, camisa manchada en el bolsillo con lápiz tinta. Pasado un minuto, pregunta por el resultado del ejercicio.

–¿Cuánto les dio?

–Cuatro.

–¿Y a ti?

–Cinco.

–A ver, a ver, se confunden con nada. Tienen que restar $3x$. Tres es el número que acompaña. Chicos: suelten los lápices y pongan atención: piensen antes de contestar. Lean la pregunta LEN-TA-MEN-TE.

“Todo de nuevo”, dice, y plantea otro problema difícil. Los chicos tampoco saben cómo contestar.

–A ver, ¿qué hay que hacer ahora?

–Eleva al cuadrado.

–¡No!

–Sacar la raíz de 3.

–¡No!

–Multiplicar el binomio.

–¡No!

–¿Leer la pregunta?

–¡Eso! Leer la pregunta. ¿Y cómo?

–Len-ta-men-te –responde una alumna.

Y la chica se ganó un dulce, que el profe sacó de su mochila.

Varios minutos después, por cada respuesta correcta, un caramelo. Todos se la juegan por contestar bien. El profesor anota en la pizarra un visto bueno por cada respuesta correcta, al lado de las iniciales del alumno.

JCM, visto bueno. LUC, visto bueno.

Suena un teléfono.

—Aló, Ronny. Sí, sí, ya vamos para allá.

Todos se ríen porque evidentemente es una llamada falsa.

—Chicos: no me hagan poner mala onda.

En unos segundos más llega la llamada de verdad.

Es Ronny.

—Ya: ahora sí podemos ir a ver cómo el Ronny corre en la plaza.

Salen todos de la clase. Afuera también hay cosas que aprender.

Cierran la puerta de la sala por fuera. Antes, el profesor le saca una foto a los puntos de los alumnos que anotó en el pizarrón y encarga tareas para la casa que revisará el lunes. Es viernes.

En el camino a la plaza, que queda a una cuadra del liceo, el profesor cuenta que al salir de la sala ha ganado la confianza y la alegría de sus alumnos. Que paseando aprenden, que contactándose con el mundo real toman confianza, se enfrentan a situaciones nuevas y se afianzan los vínculos con el profesor y la comunidad.

—Recuerdo el día que salimos a ver a unos universitarios que estaban en huelga de hambre por conseguir respuestas al movimiento estudiantil. Ya estaban muy flacos, muy desgastados. Frente a eso, mis alumnos les dijeron, con mucha confianza en sí mismos: “Eso no es bueno para tu salud. La causa es hermosa, pero piensa en tu hijo, en ti, en tu familia”. Ese discernimiento no se lo puedes explicar con peras y manzanas, tienen que vivirlo —dice Sánchez.

Siguen rumbo a la plaza.

—Nosotros, más que matemáticas, compartimos momentos de la vida real —explica el profesor—. De eso se trata la vida, no solo de ecuaciones de la recta.

Llegan a la carrera y alcanzan a ver a Ronny que corre hacia la meta. La cruza y es como si todo el pueblo corriera con él. Sus compañeros y su profesor lo abrazan.

Sudoroso y contento, Ronny cuenta cómo fue que logró subir de un 4,8 a un 6,9 en Matemáticas.

—Yo no entendía nada. Nada, nada, nada. No entendía lo que trataba de explicarnos el profe Juan Paulo, pero de a poco le fui entendiendo y ahora pregúnteme: sé la fórmula de la ecuación de la recta de memoria, porque es la única manera de hacer los

ejercicios bien: $y=mx + n$. Esa es la principal.

–¿Y la general? –pregunta Juan Paulo.

–Es $ax+by+c=0$.

–Bien, Ronny.

–Las matemáticas –dice Ronny un rato después– son lo mismo que correr. Lo mismo que entrenar. Hay que hacerse un hábito. Si no sé, sigo estudiando o le pregunto al profe donde lo pille. Él siempre está disponible, donde uno lo encuentre. Repito los ejercicios o invento ejercicios yo mismo. Igual que para correr: invento ejercicios y entreno. Así subí de correr 1.500 metros a 5 mil metros en 18 minutos. Hay que ponerse metas en todo para conseguir lo que uno quiere en la vida. El año pasado yo tenía promedio 5,5 y este año me conformaba con un 6,5, pero sin darme cuenta llegué al 6,9. Yo creo que correr me despeja la mente. ¿Cierto, profe?

–Cierto, Ronny.

–Siento que entiendo más luego de que entreno. Al profe Juan Paulo ahora le entiendo todo. Y no solo matemáticas. Yo antes no tenía esa mirada, vivía el día a día: ahora entiendo de qué se trata todo.

Una brisa de aire puro cruza la plaza del pueblo.

Ahora es el turno de las chicas. Así que no vuelven a la sala de clases. El profe está entregado. Lo están pasando bien. Conversan todos juntos en la plaza y esperan a que pase el grupo con el resto de los compañeros que se sumaron a la corrida por la Comuna Saludable. Corren las frutas y el agua pura que auspicia el evento. Están todos entusiasmados. El reggaeton suena fuerte. Es una fiesta.

–Es que el profe es muy dinámico –dice Carolina Zúñiga, otra alumna de Juan Paulo Sánchez que también participa de la actividad recreativa–. Si nos estamos quedando dormidos, de cansados, de desmotivados, nos grita ¡Vamos! Igual que ahora, igual que en atletismo. Él es como un entrenador de la mente. Y poniéndome eso en la cabeza este año no he tenido problemas con los números.

–Entre todos tenían promedio 5,3. Y les pedí que subieran a 5,5. Si lo logran, les hago un asado.

Todos se ríen de la apuesta.

–Tómenselo en serio –advierte el profesor.

Carolina se aleja un poco del grupo para elongar. Mientras

se ejercita cuenta que Juan Paulo está disponible para asuntos que están fuera del horario de clases.

—Cuando fue la gira de estudios, yo no tenía permiso de mi papá para salir de paseo. Él fue a mi casa a pedir permiso. ¡Fue a mi casa!

Se ríe Carolina. Ya es mediodía. Todos se despiden y el profesor los abraza: “El lunes voy a ser molesto con la tarea que les di”, les insiste.

Juan Paulo Sánchez piensa que sus alumnos ya se acostumbraron a simplificar. “Piensen en esto: los ejercicios son una máquina que no tiene corazón”, les dice. “Si se equivocan, la máquina va a estar mal. No hay término medio en matemáticas. O está bien o está mal. Y nosotros, ¿qué queremos?”.

—¡Que esté bien! —gritan todos.

* * *

Clase de Juan Facundo Díaz. Segundo Medio A. Liceo Municipal Atenea C-32, Cunco, Araucanía. En la pizarra hay varios copihues de papel pegados como adorno. El profesor Juan Facundo, también ingeniero civil de la Universidad Católica, pregunta qué es una cuerda y qué es una secante.

Una alumna contesta: “Una cuerda es A, B, C, D y P”.

—Excelente, pero más que sacar un algoritmo tenemos que entender para qué lo vamos a hacer. Y para eso es preciso sacar la proporcionalidad de las secantes. La clase pasada lo dijimos veinte veces. ¿Se acuerdan? —pregunta el profesor.

Una alumna levanta la mano: “Profe, yo no entiendo”. Juan Facundo se le acerca con toda la paciencia de este mundo. Y le explica solo a ella, mientras los demás intentan sacar el resultado correcto.

Finaliza la sesión personalizada.

—¿Te quedó más claro lo que me habías preguntado?

—Sí. Más o menos.

—Si quieres, después de clases reforzamos más el contenido. No puedes avanzar si no tienes una base bien sólida.

El profesor anota en la pizarra con un plumón la proporcionalidad entre secantes y tangentes.

—Profe, se manchó la cara.

Y le pasan un espejo.

Todos se ríen. Y Juan Facundo, mientras se mira dice: “¡Pucha que estoy pelado!”. Y borra con la mano la mancha de su cara.

–Profe, es como el dicho: Él se va por la tangente.

–¡Eso! Como que rozan –afirma el profesor.

Y todos se ríen.

–Ante la duda, pongan paréntesis –sugiere, haciéndose entender entre las risas.

Y continúa:

–Chicos, súper bien que participen, pero de a uno. No entiendo las preguntas si las dicen todos juntos.

Le pasan al profe un gorro chilote y se lo pone. Regala mentitas para la fila más ordenada. Entre todos descubren un error en el libro de Santillana que entrega el gobierno. Todos están dichosos de que ellos no se equivocan y el libro sí.

–A ver, a ver. ¿Décimas o mentitas?

–¡Décimas!

Y se concentran en determinar CB, si PA igual doce.

–La operación de ustedes está bien. Yo lo hubiera hecho exactamente igual –dice el profesor–. Es para que vean que los libros están hechos por humanos que suelen equivocarse.

Es hora de almorzar. Juan Facundo cruza la calle y llega a la fuente de soda del pueblo. Almuerza un ave palta y Coca-Cola. Entre mordisco y mordisco, habla de alumnos deprimidos. De chicos de quince años con problemas de treintañeros. Explica que les pone metas matemáticas para que se les ordene el pensamiento, pero también se fija en sus vidas, en lo que pasa en sus casas, en la rutina que tienen cuando se acaba la jornada escolar.

“Quizás por eso un Cuarto Medio me eligió como su ‘profesor asesor’. Me preguntan *todo*. Y pusieron mi nombre en el mural y en el polerón que se mandaron a hacer porque egresan de Cuarto Medio. Eso me dio una alegría enorme y una señal de que algo estoy haciendo bien. Que la matemática no entra sola, entra con cariño, con respeto y preocupación por la historia de cada cual”, sostiene Juan Facundo.

Al principio fue más duro. Menos “buena onda”, porque Juan Facundo quería subir esos promedios de PSU con los que no lograrían sus metas. Partieron con un promedio de 400 puntos en marzo, haciendo un ensayo cada mes. La meta del curso que propuso Juan Facundo para sus alumnos del 4º A fue superar los 550 puntos.

Al principio lo miraron raro. Era mucho.

El problema que detectó Juan Facundo es que en el sur los chicos tienen menos problemas de disciplina, pero más de aprendizaje.

“Por un tema de aislamiento de los cabros –vienen del campo– hay problemas de alcoholismo. Tenemos que enfrentar más esas dificultades”, describe el profesional. Sin embargo se la jugó con toda la energía que tenía. Era como arar en una selva tupida. Y a punta de esfuerzo, le fue bien: el promedio PSU que consiguieron sus alumnos fue de 554 puntos. Cuatro sobre la meta. Hoy, de ese curso hay chicos estudiando Enfermería, Agronomía, Kinesiología, Ingeniería Industrial y Mecánica, Veterinaria, Fonoaudiología, Pedagogía en Ciencias, Nutrición, Terapia Ocupacional, Derecho, Traducción y Obstetricia. Y ya avanzado el año no les ha ido mal. Juan Facundo dice que están estables dentro de la universidad y centros de formación técnica.

De acuerdo al profesor, también consiguieron las metas individuales. De los treinta alumnos, 29 continuaron estudiando. “La única que no entró a estudiar nada fue porque derechamente quería trabajar”, detalla, orgulloso, Juan Facundo que aún mantiene contacto con sus alumnos vía Facebook.

El profesional de Enseña Chile siempre quiso trabajar en el Sur. Se imaginaba un pueblito con una escuela rural como esta, quizás más chica. Era compañero de Juan Paulo Sánchez y se hicieron amigos en la universidad. Juan Facundo supo por un programa de radio que existía Enseña Chile. Se entusiasmó y entusiasmó a su amigo. Tenían dos opciones: formar una empresa o trabajar contratados por una empresa.

Pero escuchó a Tomás Recart, el ingeniero civil industrial que lidera la Fundación Enseña Chile, en una entrevista sobre emprendimiento. Con sus palabras se motivó, le gustó el proyecto y acordaron una reunión con Tomás en su oficina. Ambos quedaron seleccionados para ser profesionales de Enseña Chile.

–Habernos venido al sur es como estar viviendo un sueño –dice Juan Facundo–. Trabajar con los cabros es *bacán*, muy enriquecedor. Nos estamos formando también como profesionales, ejerciendo liderazgo en la clase y fuera de ella.

* * *

En el Liceo Atenea de Cunco hay jóvenes con problemas de aprendizaje diagnosticados: alumnos que llegan a Octavo sin saber contenidos básicos. Necesitan una educación que se preocupe de estos asuntos.

“Uno a veces no se siente preparado para esos casos”, dice Juan Facundo Díaz. Para enfrentar el tema, él debe planificar en forma diferenciada, con guías más fáciles para alumnos con más dificultades cognitivas.

Para verdaderamente “entrar” en el corazón del problema, el profesor debe de alguna manera llegar a las familias de esos estudiantes. Hay algunas que se preocupan y otras que no. La forma de entrar a las familias es escuchar a los estudiantes. Con Héliida, una alumna de Tercero Medio, pudo profundizar el apoyo que quería ofrecer. Ella era una chica a la que ayudó a postular para que participara en un viaje a EE.UU. de jóvenes de la Araucanía, durante dos meses.

—Era todo pagado. Era como una beca para ir a otro planeta.

Para conseguir el cupo, Juan Facundo fue a hablar con la profesora de Idioma y le preguntó cuál de todos los alumnos era el que tenía mejor inglés. Era Héliida. Así, con la información que le dio la maestra, eligió a la chica que ocuparía la invitación. Tenía que ser una joven líder con un nivel de inglés más o menos bueno. La información sobre la beca se la dio una persona de Enseña Chile, pero era una invitación abierta a todos. Y así Héliida se fue de viaje sin pagar nada. Durante los dos meses vivió en dos Estados y convivió con dos familias.

—Cuando volvió, se le abrió el mundo. Acá en Cunco nadie sueña con esas becas, porque nadie las conoce —explica el profesor.

A Héliida le dieron ganas de estudiar afuera. Sueña con repetir el viaje por más tiempo. Así que estudia Inglés como si la vida se le fuera en el verbo *to be*.

La familia de la chica estaba dichosa. Jamás podría haberle costado esa experiencia. Además, ella nunca se había subido a un avión y ni siquiera había estado cerca de uno.

Todos los que viajaron a Estados Unidos son ahora “Jóvenes embajadores de la región”. Partners of the Americas, institución que los invitó, ahora les pide que organicen una actividad de alto impacto para la comunidad como vuelta de mano y como una manera de ejercer convocatoria.

–Harán una corrida familiar. El tema es la preservación del medio ambiente –dice Juan Facundo–. Ese era el objetivo final: aplicar la experiencia de liderazgo que habían aprendido en este viaje.

Otro viaje que marcó a los alumnos de Juan Facundo fue el día que partieron a Santiago en bus. El profesor seleccionó a diez alumnos para participar en una feria que se organizó en la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile y otra en el campus San Joaquín de la Universidad Católica. Consiguieron los recursos con el Consejo Municipal de Cunco y con el propio Enseña Chile.

La idea era que pudieran saber que existían dos becas: “Talento + Inclusión” y la “Beca de Equidad”, que estas universidades destinan a los alumnos más vulnerables de escuelas públicas de Chile. Ayudan a aquellos que tienen buenas notas o que están bien posicionados en el ranking y les dejan matricularse sin que necesariamente tengan que alcanzar el puntaje de corte exigido por las carreras.

Se quedaron en un *apart hotel* cerca de Plaza Italia; ellos mismos cocinaban. De ahí partieron al campus San Joaquín de la UC.

“Los chicos pasearon por todo el campus y eso fue impresionante, porque así pudieron ver que esa universidad no estaba en otro planeta”, dice el profesor. “Los alumnos de la universidad organizaron talleres para ellos. Por ejemplo, tiraron un huevo desde un segundo piso, con fuelles de protección ideados con ingeniería. Y no se rompía. O estuvieron con un robot que movía un brazo y podía escribir. Con esa tremenda experiencia no querían más. ‘Vámonos a estudiar, profe, no hay tiempo que perder’, me dijeron. Y yo les hice firmar una carta de compromiso, donde anotaron sus objetivos y se declararon enfocados en conseguirlos”.

Esas fueron las instancias que el ingeniero encontró fuera de la sala de clases. Salir, para luego entrar con más ganas, con más fe en sí mismos.

* * *

En la fuente de soda de Cunco los parroquianos miran televisión. Pero los dos profesores, Juan Paulo y Juan Facundo, están en

la terraza que da al colegio, al aire libre. En un *notebook*, Juan Paulo redacta una carta de recomendación para que un alumno presente en un supermercado donde quiere trabajar.

Señor X:

Me dirijo a usted a petición del alumno Y, quien me solicita referencias para trabajar en el supermercado que usted dirige. Puedo garantizarle que desarrollará su trabajo exitosamente y cumplirá con los objetivos que ustedes le marquen. Cualquier otra información que necesiten, estaré a su disposición.

Le saluda atentamente,

Juan Paulo Sánchez

Profesor jefe.

Juan Paulo y Juan Facundo han hecho una dupla entusiasta. La alegría se les trasluce en todo lo que hacen. Incluso en la carta al jefe del supermercado. No se quedan en los metros cuadrados de la clase: salen a cazar sueños.

El año pasado (como Graciela Pérez con sus alumnos de Peñalolén) ambos fueron con 30 alumnos de Octavo Básico en uno de los viajes organizados por Latitud 90 y financiados por Fundación Futuro.

–Fuimos todos a Chiloé, gratis en un bus que llegó a buscarnos hasta acá –cuenta Juan Paulo, entusiasmado.

Postularon con una carta a través de Enseña Chile.

–Aunque sabíamos que Chiloé está cerca, los chicos que elegimos habían llegado, a lo más, hasta Temuco. Muchos no conocían el mar. Para seleccionarlos, los hicimos escribir una carta donde tenían que contestar: “¿Por qué quieres ir a Chiloé?” –recuerda Juan Facundo.

Para decidir quién iba y quien no, evaluaron los esfuerzos en una tabla *Excel*. Le pusieron puntaje a cada ítem que les pareció relevante: entusiasmo y comportamiento, por ejemplo. La carta también fue evaluada. De ella recuerdan pasajes como: “Quiero ir a pescar, porque me encanta pescar y quiero ver cómo pescan en Chiloé”, “nunca he salido de Cunco”, “me gustaría conocer los mitos y leyendas de Chiloé: el Trauco, la Pincoya, el Caleuche”. Aunque querían llevar a todos, tuvieron que contentarse con 40.

–Fue como ir a otro país –dice Juan Paulo Sánchez–. Lo

pasamos genial.

No solo fueron a Chiloé. Como su curso de la escuela mejoró significativamente su rendimiento durante el año, obteniendo el mejor resultado SIMCE de la comuna, organizaron un viaje a Santiago.

Consiguió plata mandando un mail a todos sus conocidos. El curso además organizó rifas y fiestas pagadas. Así fue como compraron entre todos pasajes en avión. “Treinta personas nos donaron dinero sin preguntar mucho”, recuerda el profesor. “Para otras actividades los alumnos también juntaron fondos propios: vendieron sopaipillas, *kuchen*, papas fritas y pie de limón”.

Juan Paulo se consiguió también entradas para ir a Fantasi-landia con algunos conocidos.

Mientras hacían un paseo por la Plaza de Armas ofrecido por Fundación Futuro, Juan Paulo vio uno de esos buses de Turistik, la empresa que pasea turistas por Santiago, y tuvo una idea. Era un miércoles. No tenían nada planeado para el viernes.

—Vengo con ocho alumnos del sur —le planteó Juan Paulo al gerente de la compañía—. Han sido destacados por su alto rendimiento. Vinieron a una gira por Santiago y vi el otro día tus buses y encuentro que sería increíble dar una vuelta por Santiago con ellos.

El gerente enganchó. Dieron la vuelta completa por Santiago: desde el Parque Arauco hasta Estación Central. La vuelta duró dos horas y costó cero pesos.

Otro botón de muestra. Estaban en La Moneda y se encontró con una periodista que había trabajado en Enseña Chile: los hizo pasar al gabinete de la Primera Dama. Otro día, el ingeniero estaba con sus alumnos en el Buin Zoo, y ahí se topó con el dueño, que es amigo de un tío suyo: los invitó gratis y luego al show de los lobos marinos.

La gira también incluyó un aspecto familiar. El profesor invitó a sus alumnos y a su familia a comer pizza: “Mi mamá, mi papá, mis hermanos y mis alumnos. Lo pasamos tan bien que mi mamá me acaba de llamar para preguntarme cuándo es el día de la licenciatura de los octavos porque lo más seguro es que venga con mi hermana”.

Cristóbal Urrea, estudiante de la Escuela Vida y Paz, fue a la gira de estudios organizada por Juan Paulo a Chiloé y a Santiago.

“Mi hijo llegó tan contento cuando volvió”, dice Verónica, su mamá. “Contó que en Chiloé por las noches hacían fogatas, salían a caminar, contaban historias o cruzaban en lancha de una isla a otra. Para ir a Fantasilandia viajaron en avión”.

Verónica se queda pensando. “Uno tiene la idea de que estos niños profesionales como Juan Paulo, que lo tienen todo, no se preocupan del resto”, dice, “no ven más allá de su comodidad. Y uno se da cuenta de que no es así: que ellos, que tuvieron la mejor educación, que nunca les faltó nada material, también miran a los demás y tratan de ayudar en lo que pueden. Él dejó todo para enseñar: su trabajo, para venirse a ganar lo que le pagan a un profesor. Ellos lo dan todo”.

¿Y la vuelta de mano? “Nosotros les invitábamos a tomar café con sopaipillas”, recuerda Verónica. “Nos turnábamos para traerlo a nuestra casa. Así tratábamos de recompensarlos”.

Juan Paulo piensa que si uno se queda esperando que sucedan las cosas, no suceden nunca. Hay que activar las redes y llamar, llamar y llamar. Esa es la clave.

El profesor cuenta sus aventuras rápido. Es así: acelerado y ejecutivo. Camina por el patio y suena su teléfono.

—Aló.

Un alumno le pide que por favor llame al papá y diga que están juntos, para que le den permiso y puedan celebrar el fin del año escolar. Juan Paulo frunce el ceño.

—Yo no les voy a mentir a los papás —le explica al estudiante—. Eso nunca. ¿Pero van a estar donde Omar? Sí es así, le diré eso: la verdad. Acuérdate de que hay que andar siempre con la verdad por delante. Oye: te sacaste un 3,2 en la prueba; más o menos no más. Veamos cómo se puede arreglar el asunto. Yo iré a la fiesta, más tarde. Pero ojo: no voy a mentir.

La fiesta. Juan Paulo Sánchez se asegura de comprar una bolsa de suflitos, una de papas fritas y bebidas de dos litros antes de que cierren el supermercado. Cómo llueve en Cunco a esta hora. El profesor corre para no mojarse. Tiene energía para regalar.

* * *

La Escuela Vida y Paz, ubicada en el sector de La Esperanza, muy cerca de Cunco, es una escuela rural que alberga a ocho alumnos. Juan Paulo hace clases ahí martes y viernes; alternando

sus clases en el Liceo Atenea. Cuando terminen su periodo en la escuela, los estudiantes deberían continuar sus estudios en el liceo. Pero no siempre es así.

–No te imaginas los cambios que hemos logrado. Los martes les hago cuatro horas de Matemáticas y ¡Me las aguantan! Ellos, mis alumnos de Básica, se van a venir todos el próximo año al liceo: los convencí.

Uno es el mejor de su clase. Se llama Jaime Millahual. Es verdad. A Jaime Millahual no se le va una.

Al profesor sí se le fue uno. Tenía un alumno que era el crédito del curso, pero necesitaba estar muy pendiente de él. “El año pasado dejó de ir a clases”, recuerda Juan Paulo Sánchez. Para recuperarlo, lo fue a buscar a la casa. “Este año vino medio año y dejó de ir a clases”. El profesor volvió a ir a la casa del alumno, pero esta vez acompañado por sus ocho alumnos de la escuela Vida y Paz. Tocaron la puerta y anunciaron que estaban todos ahí y que no se irían hasta que no bajara vestido y arreglado. Bajó, mudo. Tenía la costumbre de ausentarse de clases si así le parecía.

La historia no terminó como Juan Paulo quería. El alumno no tenía dificultades especiales de aprendizaje: no le costaba. “Pero había que tenerlo muy encantado constantemente. Dejó de venir y no pude pelear contra eso. Lo fui a buscar muchas veces y hablaba con él por teléfono para motivarlo, pero no hubo caso”, recuerda el profesor.

La deserción escolar en Chile tiene una característica distinta del resto de América Latina: ocurre principalmente en la enseñanza secundaria. En 2008, de acuerdo a indicadores del Ministerio de Educación, un 6,8% de los estudiantes que deberían estar cursando la Enseñanza Media no lo hacían, contra un 0,9% en la Enseñanza Básica. En 2009, un estudio preliminar de la Universidad Diego Portales señalaba como factores que aumentaban el riesgo de deserción “ser hombre, la situación de paternidad de este, el hecho de no vivir con la madre, los bajos niveles de ingreso per cápita en el hogar, un bajo nivel de escolaridad del jefe de hogar y una menor cobertura de Educación Media en la comuna”.²

De todas las guerras, esta es la que Juan Paulo perdió.
Y le duele.

² Santos, Humberto. Dinámica de la deserción escolar en Chile. Documento de trabajo CPCE 3, 2009. Versión preliminar.

Al llegar a Cunco, Juan Paulo decidió tener un diario de vida. Anotó todo lo que hacía, lo que iba sintiendo, la percepción del día, para que nada le pasara de largo.

Este es un pedazo de su diario, donde identificó uno a uno a los personajes de la escuela de “su Cunco”:

Gloria: Mi mamá aquí en Cunco. Me cuida mucho y se preocupa de que yo siempre esté bien.

Pablo: Mi gran amigo aquí en la escuela.

Rosa, la directora: Ha sido muy buena conmigo, a ella le arriendo la casa.

Claudia Medina: Es una muy buena amiga, siempre me ayuda con lo que necesite.

Lucy: Mi vecina en Cunco, un poco mañosa, pero muy cariñosa.

Nancy: La encargada de la biblioteca, siempre dispuesta a ayudar en lo que sea.

Claudia Villablanca: La asistente de párvulos, muy buena onda.

Daniela: La parvularia, antes vivía con la Cecilia Castillo, profesora que se fue. Ahora vive sola aquí en la escuela y se ve muy motivada a trabajar durante el año.

Vanessa: La nueva profesora, todavía no la conozco.

Señora Juanita: La manipuladora de la cocina. La adoro, siempre se preocupa de mí y me hace pan amasado.

Señora Magdalena: La ayudante de la señora Juanita, también fue alumna mía cuando hice clases para los adultos. Es muy esforzada.

Don Oscar: El auxiliar, siempre tiene todo listo en las salas. Cada sala con sus palitos para hacer fuego.

También registra los errores:

Hoy pasé un par de vergüenzas importantes con mi curso, pero creo que sirvieron para que se sintieran más en confianza, ya que mis alumnos me vieron equivocarme y fue horrible:

–Escribí Kinesiología con “Q”.

–Escribí Veterinaria con acento en la “i” del final.

–Escribí Carabinero con “v”.

–Escribí Párvulo con “b”.

Lo bueno fue que me la saqué diciendo que la ortografía me costaba mucho y que esperaba que ellos me ayudaran a mejorarla corrigiéndome, y que era muy importante que me

dijeran apenas me equivocara. Y que el que me dijera, tenía décimas para un control. Eso los motivó.

La misma Gloria que nombra en su diario, profesora y colega suya en la escuela, le escribió una carta cuando Juan Paulo terminó su trabajo en el Sur. En parte, dice lo siguiente:

“No quiero parecer exagerada, pero el impacto que lograste en la escuela fue notable. Nuestros alumnos, de ser niños aburridos, sin metas claras, desmotivados, comenzaron a entretenerse con la clase de Matemáticas, se atrevieron a decir con voz fuerte ‘yo quiero ser médico’, ‘yo seré mecánico’, ‘yo voy a ser...’. Decían ellos: ‘el profe Juan Paulo cree en nosotros’, y lograste hacer que ellos creyeran en sí mismos y en sus potencialidades. Eso lo manifestaban ellos y sus apoderados.

La frase “Si yo quiero, puedo” pareció tener magia para nuestros niños y fue así como el aumento en el SIMCE fue notable en Cuarto y Octavo año. Eso porque casi sin darnos cuenta imprimiste en cada uno de tus colegas el deseo de ser los primeros. No quiero decir con esto que no teníamos metas ni objetivos antes de que llegaras, pero la forma en que buscábamos conseguirlas era muy diferente. Dejamos de lado el trabajo aislado y el trabajo colaborativo que propusiste dio sus frutos.

Cada uno de ustedes (profesores de Enseña Chile) tuvo los mismos problemas, como la reticencia de los propios profesores que no entendían que habiendo tantos pares sin trabajo llegaran jovencitos a quitarles su oportunidad. Me cuento entre ellos y recuerdo mi desagradable actitud contigo aquel primer día y la humildad que mostraste al decirme ‘ayúdame a intentarlo’: y me entregaste una planificación para que te la criticara.

Recuerdo tu amargura cuando tenías problemas con tus alumnos de Cuarto Medio en el liceo y todo el cariño y reconocimiento que te demostraron después en su licenciatura. En fin... son tantas las cosas que podría decirte, pero solo diré que lucharé porque todo lo que ganamos mientras estuviste en la escuela se mantenga.

No tengo más que agradecer a cada uno de tus compañeros por todo lo que entregan a los niños de Chile, y me felicito a mí misma por tener la suerte de haber compartido contigo y contagiarme de tu empeño y energía”.

Juan Facundo y Juan Paulo son amigos del periodista

Gustavo Rojas, que también es profesor de Enseña Chile y que se desempeña en el Liceo Politécnico Santa Cruz de Cunco. Con él se metieron a un campeonato rural de tejo para involucrarse con los vecinos y conocer más.

Los vecinos de Cunco –los “rivales” en el tejo– saben que ellos no son profesores formales, pero no tienen demasiado claro más diferencias. Sin embargo, Juan Facundo recuerda que el alcalde Patricio Mittersteiner, para el discurso del 18 de septiembre, se refirió a Enseña Chile como un aporte a la comunidad.

El alcalde Mittersteiner a su vez, considera que la experiencia con los profesores de Enseña Chile cambió a los estudiantes de Cunco.

–Y no lo digo yo, sino que los resultados del SIMCE y de la PSU. Si los alumnos no entendían ellos les explicaban una vez, dos veces, tres veces: todas las necesarias. Esta es una comuna chica, pero fue una de las que puso más jóvenes en la universidad de toda la región. Juan Paulo y Juan Facundo ampliaron el horizonte a nuestros jóvenes. Los llevaron a Santiago en avión, los sacaron de paseo, los llevaron a EE.UU., les mostraron que hay un mundo por descubrir que está al alcance de sus manos. En este pueblo están abiertas y seguirán abiertas las puertas para los profesionales de Enseña Chile.

* * *

Llueve, llueve y llueve. El jardín del Liceo Politécnico Santa Cruz de Cunco está en flor. Tocan el timbre para volver a la sala. Arriba, en el segundo piso, las cortinas de la sala de clase dejan pasar apenas el sol que se asoma cuando escampa la lluvia. La atmósfera es de un amarillo extraño. Como de siesta. Pero aquí no duermen, hablan. El periodista Gustavo Rojas, hoy profesor de Lenguaje y Comunicación, les enseña sobre argumentos comunicacionales que les pueden servir en la vida cotidiana. Allá afuera.

Termina la jornada. Del liceo va a encontrarse con Juan Paulo y Juan Facundo. En el camino, Gustavo cuenta que meses atrás se metió a un club de fútbol rural, a la “Liga de los Potrereros”. Ahí participó como un integrante del Club Tres Arroyos.

–Cunco es muy pequeño –dice–. La secretaria de mi colegio,

Amalia, es hija del vecino de Juan Paulo: don Aladino, un personaje. Él era jugador de toda la vida en Tres Arroyos. El esposo y el cuñado de la Amalia juegan en ese club. Yo empecé a ir, buscando múltiples formas de jugar a la pelota y así compartir con la comunidad. Empecé entrenando con puras mujeres: así de desesperado estaba por jugar. Entre ellas me veía como Alexis Sánchez. Y fue así que me ficharon y me llevaron a jugar al Club Tres Arroyos. Lo único malo es el horario de los partidos: domingo a las nueve de la mañana.

Noche. Fuente de soda de Cunco. Es viernes y los parroquianos miran tele. Al lado, la discoteque. Los profesores reparan en que todo Cunco está “al lado”. “Te subes al auto, alcanzas a escuchar una canción y ya estás en la disco”, dice Juan Facundo.

Gustavo se entusiasmó tanto con su experiencia como profesor que se matriculó en un posgrado de formación pedagógica para licenciados y profesionales en la Universidad Mayor: un programa de formación complementaria que acordó Enseña Chile con esa institución. Las clases son un sábado cada mes, durante seis semestres. Por eso Gustavo tiene clases en Santiago de 8:30 de la mañana a 5 de la tarde. Y luego vuelve a hacer clases. Está cansado, pero feliz, dice. Más aún ahora, que lo nombraron profesor jefe del Cuarto C.

Gustavo inscribió a su curso para participar en el ‘Torneo Nacional de Emprendimiento Interescolar’. “Se hacen inversiones, compras, ventas y las alumnas tienen que diseñar un plan económico aplicable en la vida real”, dice el profesor Rojas. “Para ellas, que estudian alimentación, es muy necesario concretar lo que aprenden. Y si es jugando, mejor aún”.

En 2012, por petición del profesional, vinieron al colegio monitores de la Universidad de la Frontera (UFRO) a explicarles el sistema y entrenar a las alumnas. Gustavo quiere incentivarlas a formar empresas gastronómicas cuando egresen o cuando quieran pasar a otra etapa en sus vidas.

Otro invitado de Gustavo pertenecía a la incubadora de negocios de la Universidad de la Frontera. Él les explicó a las estudiantes que no podían entrar al mundo real sin dominar bien “las técnicas del Google” y todas las otras redes de comunicación. Que ahí, buscando en esa base de datos, estaban todas las oportunidades del mundo al alcance de sus manos.

Como ejemplo, el expositor les lanzó dos ideas. Una, la

bicicleta de mano que creó un compañero tetrapléjico suyo, basándose en las sillas de ruedas de las competiciones deportivas para personas con discapacidad. “Ellas vieron que acá, en la cola del mundo, se había inventado algo que en ninguna otra parte existía. Un modelo creado a partir de la necesidad”, dice Gustavo, convencido. El ejemplo dos fue un sistema de venta de leña con menos huella de carbono para el medio ambiente. “Producción que en el sur del país urge implementar”, apura Gustavo. Todos, inventos reales efectuados en la Araucanía.

Armar negocios jugando es la meta de Rojas para este año. Eso y alentar a Marjory, su mejor alumna, la que obtiene mejor puntaje en los ensayos de PSU y que este año, justo cuando vaya a dar la prueba, estará a punto de dar a luz a su primer hijo.

“Antes de quedar embarazada, ella era la mejor. Ahora, que se le sumaron preocupaciones, rinde más y es capaz de todo. Está convencida de que ella es quien tendrá que sacar adelante a su bebé y a su familia. Y eso me llena de orgullo”, confiesa el maestro, feliz con la actitud de su pupila.

* * *

Ha dejado de llover. Hace frío. Es hora de la fiesta de despedida que organizaron los alumnos de Juan Paulo, que ya cumplió sus dos años en Enseña Chile. La cita es en una pequeña cabaña donde vive uno de los alumnos. Nadie mintió a sus padres para llegar. En la cocina conversan todos. Y entra el profe, que se sienta alrededor de la mesa. Hay papas fritas y suflitos. Los abren. Los sirven en platos de porcelana. Suena el reggaeton. En el comedor están hablando de los turistas que llegan al sur de Chile:

Alumno 1: Acá vienen ingleses o franceses y se les permite todo. Los antiguos se saludan y ellos no saludan, no tienen la costumbre.

Alumno 2: Allá en La Esperanza, donde vivo yo, todos se saludan. Aunque uno no conozca a la persona.

Alumno 1: Los extranjeros deberían aprender a saludar.

Alumno 2: Yo tengo que aprender inglés porque quiero ser guía de alta montaña, así que los saludo y trato de hablar con ellos lo que puedo.

Alumno 1: Pero el inglés que tenemos es demasiado básico. No dan ni ganas de aprenderlo.

Alumno 2: Hay que irse a Estados Unidos para aprender.

Alumno 1: Sí, en esa situación creo que cuesta menos.

Profesor: ¿Aprenderías así?

Alumno 2: Sí, sería la única opción.

Profesor: ¿Te quieres ir a Estados Unidos? Tú puedes hacerlo.

Recuerda: “Querer es poder”.

Alumno 2: Sí, allá también puedo hacer cursos de montaña.

Profesor: Y a ti, ¿qué te gustaría hacer después de salir del colegio?

Alumno 3: Me gustaría trabajar en una biblioteca para leer.

Profesor: ¿Vas a la biblioteca?

Alumno 3: No es muy buena la biblioteca de acá. A mí me gustaría leer libros de Oscar Contardo, por ejemplo, pero no hay.

El alumno dueño de casa ordena. Lava la loza, barre, acomoda los chiches por aquí y por allá, sacude, barre de nuevo.

Alumna 4, sentada sobre una banca: Yo, profe, a usted primero no le creía lo que nos decía. No le creía la palabra. Pensaba: qué le va a costar a él algo, si nació en cuna de oro. Si es cuiquito. Y después le creí. Ahora le creo porque se esforzó porque le entenderíamos. Y le entendimos. Con usted pude ver que no todos los ricos son malos.

Afuera llueve a cántaros. Se acaban los suflitos.

* * *

Al día siguiente Juan Facundo está invitado a exponer en un Congreso para profesores de Matemáticas que se organizó en el Centro Cultural frente de la pérgola de la plaza de armas de Cusco. La jornada se llama “El arte de enseñar Matemáticas: taller de liderazgo”. Cuatro profesores exponen, entre ellos Juan Facundo Díaz. Aplausos.

El profesor abre su *Power Point*, con una imagen de Einstein anotando en un pizarrón la frase “novedades curiosas”. El título de su documento es una pregunta que plantea a los asistentes: “¿Cómo enseñamos Matemáticas hoy?”

Y luego lanza un diagnóstico: “Los alumnos están desmotivados, no le encuentran sentido a las Matemáticas”. Para continuar, da el ejemplo de un buen alumno de la promoción

2010 del Liceo Atenea. “El chico tenía promedio 6,9 de notas, promedio 7 en Matemáticas y en la PSU, 690 puntos, pero... ¿entiende todo lo que hace?”, pregunta Facundo frente a todos los profesores. Para responder y continuar con su charla, Juan Facundo formula lo que él llama el “Método de cuatro pasos”.

–Primero –dice– hay que entender el problema. Replantearlo con palabras propias, saber a qué quieren llegar, y buscar similitudes con otros ejercicios que hayan resuelto antes los alumnos.

Los profesores de la comunidad siguen a Juan Facundo con atención. Afuera llueve. El segundo paso del ingeniero es la “configuración del plan” para enfrentar las Matemáticas.

–Es decir, usar variables, buscar un patrón, resolver un problema similar más simple, hacer una figura y un diagrama –ejemplifica.

En suma: “razonar directa e indirectamente”.

¿Cuál es el paso número tres?, pregunta. La ejecución de un plan, contesta. “Implementar estrategias para solucionar el problema y calcular”, así de simple.

Hay silencio en la sala. Para finalizar, Facundo propone “mirar atrás” y comprobar si la solución es correcta o si hay una solución más sencilla.

Parece aplicable a la vida misma. Y por lo tanto a la sala de clases.

Juan Facundo agrega, micrófono en mano, que los profesores “gastan un 80% del tiempo en enseñar algoritmos, fórmulas, cálculos rudimentarios, pero... no enseñan a resolver problemas”. La solución que plantea es cambiar de foco, usar TICs, hacer de las Matemáticas algo real, “una aventura menos tediosa”.

En la pared, un divertido problema con patos y ovejas proyectado con *data show*. Aplausos cerrados.

Salen todos.

Para capear el frío Juan Facundo toma café y conversa con algunos colegas.

“Sin ponernos de acuerdo llegamos a las mismas conclusiones. Yo propuse una posible solución al problema en la sala de clases. Lo digo por experiencia, porque tuve un profesor de Matemáticas que me enseñó bien la operatoria, pero nunca me mostró bien el sentido de lo que hacíamos”, resalta Juan

Facundo.

Terminado el recreo, entran. Y sigue el debate. La profesora Pamela Alarcón, sentada a un costado de Juan Facundo, dice: “Si no te sirven las estrategias, cámbialas”. Salen y entran los profesores con celulares en las manos. Juan Facundo, aún en el escenario, aboga por un ajuste curricular que incluya ejercicios ingresados a un *software* donde se explique, mediante tecnología, por ejemplo, la ecuación de una recta.

Otra idea: tener un blog con las guías y los resultados de las pruebas.

“En general estos sistemas están en *software* libre, lo que no implica mayores gastos en dinero”, añade otra especialista, quien además llama a “encantar a los alumnos desencantados con las Matemáticas”.

Se acaba el congreso y salen todos a comer queque y a tomar más café. La lluvia no para en el sur de Chile.

Las vidas de los alumnos, las familias, los colegios y los profesionales de Enseña Chile, tampoco.

"NO TE IMAGINAS LOS
CAMBIOS QUE HEMOS
LOGRADO GRACIAS A
LA COMUNIDAD.
LOS MARTES LES HAGO
CUATRO HORAS DE
MATEMÁTICAS Y ¡ME
LAS AGUANTAN! ELLOS,
MIS ALUMNOS DE
BÁSICA, SE VAN
A VENIR TODOS
EL PRÓXIMO AÑO
AL LICEO:
LOS CONVENCÍ"

CAPÍTULO 6

TESTIMONIOS DE CAMBIO

POR MARISOL GARCÍA

Luego de que los profesionales de Enseña Chile entran al programa, notan cambios en casi todos los ámbitos de sus vidas. En los siguientes testimonios, algunos de ellos reflexionan sobre esa experiencia, y entregan pistas sobre cómo han modificado sus planes de mediano y largo plazo.

Graciela Pérez, *economista. Profesora del Centro Educacional Mariano Egaña de Peñalolén:*

Nunca hice voluntariado durante la universidad; sí, algo, en el colegio. Creo que el típico voluntariado es muy asistencialista. No soluciona el germen de los problemas sociales, sino solo libera transitoriamente la conciencia de quienes ayudan. No está mal, pero debemos hacer un esfuerzo mucho más serio por erradicar los males sociales, generando buenos incentivos a todos los agentes.

Por todo esto es que no me gusta que se compare el trabajo de profesor de Enseña Chile con un voluntariado, porque no lo es. Este es un trabajo profesional de dos años a tiempo completo, y estás a cargo de los estudiantes que más se merecen una buena educación. ¡Qué desafío más grande! Si hubiese una motivación puramente filantrópica para hacer clases, sería difícil mantenerse por dos años consecutivos en las aulas de los colegios más carenciados, porque esto es un trabajo altamente exigente. Se necesitan convicciones mucho más profundas. Para algunos, la religión; para otros, la ideología cobra sentido y permite mantener el foco en los momentos de flaqueza de este

lapso de dos años como profesor. No es mi caso. Mi convicción tiene que ver con el tipo de país en el que quiero vivir, y sobre el cual me hago responsable de sentar bases de cambio a escala micro, con acciones concretas y contundentes.

La sala de clases es mi escenario para promover la justicia, la integración y el bienestar social.

Tomás Rivadeneira, *ingeniero civil. Liceo Juan Mackenna O'Reilly de Puente Alto:*

Yo venía del Tabancura, un colegio súper homogéneo socialmente. No hablaría de burbuja, porque mis papás nunca me educaron así, pero por supuesto que yo conocía poco de la realidad chilena. En Enseña Chile, además de involucrarte día a día con alumnos de un grupo social al que no estás acostumbrado, me gusta que haya mucha diversidad entre los profesores: hay algunos que vienen de liceos, de varias universidades, algunos de provincia... conocerlos fue muy valioso.

Rosario Escribano, *astrónoma, Liceo Industrial de Temuco:*

En mi casa siempre me dijeron: “Es tu decisión, te apoyamos”, pero, obviamente, esto no es lo que esperaban para su hija. Mis dos padres son ingenieros; y mis dos hermanos, matemáticos. Una vez que me titulé en Astronomía mi paso siguiente era hacer un magíster o doctorado. Era lo que todos esperaban. Por eso, pasar a Enseña Chile dejó a mis papás asombrados: “¿Por qué haces eso?”. Esta es una pega estresante, entonces te ven cansada, con ganas de dormir, y no logran entender por qué tú eliges algo así. Pasas a ser ‘la hija que vive en el Sur y que lo pasa mal’. Ahora están más bien resignados, yo creo, esperando que esto termine. Supongo que son distintas formas de ver la vida. En su perspectiva, la prioridad es sacar una carrera y desarrollarse en eso lo más rápidamente posible. Ellos no entienden que mi realización personal está en esto. Entienden que a mí me inquiete el tema educación, pero de ahí a que yo le dedique dos años de mi vida...

Pía Cisternas, *agronoma. Liceo Industrial de Temuco:* Mi mamá es profesora y hace clases desde que yo estaba en Octavo Básico, así es que el tema de la educación ha sido cercano para todos en mi casa desde hace tiempo, y tengo una familia orgullosa de lo

que estoy haciendo, para nada recelosa. Quizás mi papá tuvo un temor inicial de que me tocara un colegio malo. No quería verme complicada con algunos alumnos, me aconsejaba no quedarme sola con los más rebeldes... cosas así. Había ciertas aprehensiones, además, por el hecho de que yo tuviera que irme a vivir sola a otra ciudad. Pero nunca me han dicho algo así como “ándate”. Tengo cien por ciento su apoyo. Vinieron cuando me instalé acá, me ayudaron.

Graciela: La verdad es que uno raya con esto y comienza a transmitir todo el tiempo. Y, al principio, si estás en un grupo, es habitual monopolizar las conversaciones. Pero el mundo previo de uno –familiares, amigos– se empieza a aburrir. Ahí te das cuenta de que el mejor espacio para conversar es con tus iguales.

Ángela Caviedes, licenciada en Ciencias de la actividad física. Liceo Antonio Hermida Fabres, Peñalolén: Hay papás que no se sienten suficientemente capaces para ayudar a sus hijos en esta experiencia. Mi mamá no es universitaria, pero toda mi vida me ayudó en mis tareas, en mi desarrollo; y hoy también siento a mis padres a mi lado. De hecho, uso su ejemplo yo misma en las reuniones de apoderados. Mis padres saben de mi autoexigencia en este tema, la respetan y me ven feliz. Eso es lo que ellos buscan.

Rosario: En mi casa siempre se habló de política. Soy hija de padres que no son religiosos y que tienen una visión social crítica, y lo agradezco. Por eso, para mí el trabajo social nunca tuvo que ver con voluntariado. Estoy en contra de ese paternalismo de algunos grupos que ayudan de una manera esporádica y sienten que están haciendo un favor. Enseña Chile es un trabajo. Y, precisamente, porque no les estoy haciendo un favor a mis alumnos, no voy a regalarles la nota por buena onda. Sus notas se las tienen que ganar.

El trabajo social visto como una ayuda desde un lugar superior no va conmigo. Ahora, sobre la pobreza, una cosa es que tú sepas que cosas así pasan en Chile. Conoces los datos, has visto estudios. Pero otra cosa muy distinta es que eso sea parte de tu pega todos los días, y ver esos datos en el niño

que te habla en la mañana. No es que te descoloque ni que te sorprenda necesariamente: es que se convierte en un asunto de empatía, y eso es muy exigente. Yo antes tuve contacto con el mundo vulnerable, pero luego volvía a mi vida y a mi universidad. Ahora, en cambio, esto ya es parte de mi rutina, y eso es muy fuerte emocionalmente.

Hoy en Chile todo el mundo tiene un culpable para la crisis de la educación: que los alumnos, que los profesores, que el gobierno. Yo escuchaba eso y pensaba: “Vale, tengo que estar en la sala de clases para saber qué es lo que pasa en realidad”. Por supuesto que todos podemos opinar sobre educación, pero sinceramente yo aún no me siento capacitada para aportar algo concreto al debate; a lo más, mi experiencia personal. Con lo que sucedió en 2011, escuchabas opiniones que te dejaban perpleja, incluso de políticos. Yo estoy de acuerdo con los planes que presentaban los estudiantes, pero el nivel universitario es solo una parte. El problema educacional es más amplio, más difícil. Por ejemplo, se tomaron mi colegio e igual me daba no sé qué que me dijeran: ‘Estamos en toma por la educación chilena, señorita’. Y ahí, de pronto, te sientes en el lado conservador del debate, porque tú estás más en la parada de: “Chicos, si quieren mejorar la educación, primero estudien”. Esta experiencia me ha dejado claro que necesito conocer más. Por eso estoy pensando tomar un magíster en Educación.

Pía: Hasta que no estás metido acá, donde las papas queman, tu visión de la pobreza es más paternalista. Es inevitable que algo así te ponga más crítica y más puntuda en tu análisis social. Lo que me molesta de nuestra sociedad, ahora yo me siento con el derecho a decirlo. En Chile miramos poco para el lado, y la gente es buena para repetir frases hechas que saca de los diarios. Te pongo un ejemplo: todo el mundo habla ahora de la educación, de su crisis, pero ¿cuántos de verdad están metidos en el cuento? ¿Cuántos conocen la labor diaria de un profesor? Los profesores son... disculpa, somos... poco escuchados.

Puedes escuchar y leer muchas cosas, pero yo jamás imaginé lo pesado que era este trabajo. Ser profesor debe ser uno de los trabajos más complicados que existen. Crees que sabes, crees que tienes el control... hasta que un niño te tira una piedra en clases. Porque eso me pasó: estar escribiendo en el pizarrón y sentir

cómo caían a mi lado pequeñas piedrecitas que lanzaban los alumnos. Hasta que una me llegó al cuerpo y tuve que detener la clase. Pensé: “Esto no es normal”. Porque puede haber un curso indisciplinado, pero tienes que saber que hay cosas que no son normales no más. Otro día arrojaron petardos a la estufa. Yo entonces fui a la Dirección y les comuniqué mi decisión de hacer clases en la biblioteca de ahí en adelante. Les dije: “Si quieren páguenme menos, pero no puedo seguir haciendo clases en las condiciones actuales”. Cuando entré, sentí mucho prejuicio en mi contra. Algo así como “esta niñita es de la Universidad Católica”. Los niños saben que eres nueva, y te comparan. No hacen ningún esfuerzo por darte la bienvenida, al contrario. Y me tocaron cursos muy difíciles. Pero hoy muchos de esos alumnos del Segundo A me saludan, muy cariñosos. A veces pienso a cuántas cosas anormales yo terminaría acostumbrándome si fuese profesora por más de dos años. No lo sé.

Rosario: Más que yo sacarme prejuicios, me costó que los alumnos se sacaran prejuicios acerca de mí. Vengo de Santiago, mi acento es distinto, soy más joven que el resto de los profesores del colegio, vengo de una familia diferente... Hay un choque cultural, sin duda; es fuerte. Tu presencia en la sala, en cierta medida, es invasiva. Tú llegas para imponer un esquema que de pronto a los alumnos no les acomoda. Se produce un choque la mayoría de las veces, y en esa tensión tú te tienes que ganar el respeto. Por supuesto que uno entra con muchas expectativas. Una de las primeras lecciones de esta experiencia es saber bajarlas. Tú miras a tu curso, ves dónde están y dices: “Bueno, tengo que partir de más abajo”. El desafío está en elevar sus habilidades con los contenidos que tienen, porque están des-nivelados y ahí tú ya no puedes volver atrás. ¿Qué sacas con que manejen fórmulas algorítmicas si tienen deficiencias en álgebra, por ejemplo? Entonces yo no me planteo las metas por contenidos, sino que busco el desarrollo de habilidades. En eso tengo el apoyo de Enseña Chile.

Lo de menos que tienen los alumnos es de tontos.. He visto cosas que hacen en carreras técnicas que a mí me asombran. Tienen gran ocurrencia. Su conocimiento experiencial es altísimo, quizás más que en los colegios científico-humanistas. Uno puede desarrollar habilidades súper elevadas, como

análisis gráficos y estadísticos, con materias básicas. Y me ha funcionado. En algunos casos más que en otros, pero creo que voy bien orientada.

Graciela: La falta de proyección que tú ves en los alumnos está estrechamente relacionada con que no entienden para qué se estudia. Para muchos alumnos, ir al colegio no tiene ningún sentido, pues no vislumbran oportunidades en su vida adulta. No hay referentes en su familia que se las muestren, ni tampoco ejemplos cercanos que los motiven. Si ellos llegasen a estudiar alguna carrera, serían la primera generación de su familia. Lo que tienes que hacer, entonces, es imponerles disciplina y luego mejorar su autoestima. Solo ahí le vas a dar un sentido al aprender. Tú le das sentido al estudio de un alumno cuando eres capaz de hacerle ver que hay caminos distintos, formas de realizarse diferentes. El mayor ahínco tiene que estar en generarles visión, metas. Y se es creíble al enseñar eso cuando uno cree eso. Hay que ser un poco testimonial, en el sentido de predicar con el ejemplo. A mí me alegra recordar que después de los primeros cuatro meses ya no me preguntaban “¿Y pa’ qué me sirve esto?”. A los cuatro meses eso ya no estaba, porque ya se había instalado el gusto por aprender. El medio es muy fuerte, y tienes que lidiar con eso.

Juan Facundo Díaz, *ingeniero civil. Liceo Municipal Atenea C-32, Cunco:* Puedes hacer la clase más espectacular, pero si los alumnos no entienden para qué la estás haciendo o cómo se conecta con sus vidas, será en vano. La motivación es básica. Y, en ese sentido, una de las principales enseñanzas de haber sido profesor de Enseña Chile está en el desarrollo de mi capacidad para motivar grupos. Nos preocupamos de traer alumnos a Santiago para que conocieran universidades, por ejemplo; les presentamos profesionales de diferentes áreas, como arquitectos. Ellos nunca habían conocido un arquitecto, por ejemplo. Esa capacidad de apelar a los intereses de los alumnos es algo que estoy seguro te ayuda en todo orden de cosas.

Tomás: Se frustran muy rápido. Si les das un ejercicio un poquito más difícil, salen con que “no puedo, es que soy malo para las matemáticas”. Entonces tienes que saber motivarlos.

Ángela: La sensación que tienes es que ellos viven pensando ‘esto es lo que me tocó’. No le encuentran un sentido a estudiar, sólo a pasar de curso. Entonces tienes que luchar mucho contra quienes ya han tirado la toalla: “No importa, para qué, yo voy a trabajar en la feria con mi papá”. A veces yo les pregunté a mis alumnos: “¿Les gusta la realidad en la que ahora viven?”. ¿Y cuántos levantan la mano? ¿Cuántos no quieren salir de donde están? Mi tarea es explicarles que a través de la educación pueden cambiar esa realidad. Esto es un proceso, y sé que a la primera muy pocos van a entender lo que quiero decir. Y por eso hay que repetirlo y repetirlo. Es un mensaje que va contra su contexto y su historia. A lo que ellos están acostumbrados es a que se les diga: ‘esto no es para ti’. Llámese vacaciones cómodas, trabajo estable, estabilidad... eso ellos lo ven demasiado lejano, no lo tienen, ni nunca lo han tenido, a la mano.

Rosario: Creo que he tenido bastante resistencia. Como que uno va acumulando tensión y no te das cuenta. Muchas cosas que escuchas te dejan mal, pero no puedes mostrar eso frente a un alumno. Escuchas de ambientes familiares en los que hay maltrato de todo tipo, y luego llegas a tu casa y te vienes abajo. Somatizas. Uno resiste, resiste. En la universidad yo jamás me enfermaba; jamás falté a clases por enfermedad, y aquí he pasado de una enfermedad en otra. Pero tienes que entender que muchas veces tú eres el modelo a imitar, porque no tienen a nadie más cerca a quien mirar como ejemplo de ascenso. Entonces, si tú te caes frente a ellos, es terrible. Si alguna vez te llegas a equivocar en algo, ellos lo notan, les duele. Es una relación muy intensa. Me dicen: “Señorita, ¿qué le pasa?”. Muchos de ellos ven su situación como destino. No tienen esperanza. Se conforman con lo mínimo. Pero yo estoy en el programa por algo. Lo suyo es algo así como una desesperanza aprendida. Pero no es porque sean flojos.

Graciela: Creo que la clave está en aprovechar los contenidos del día a día para pasar de contrabando ciertos valores. Para eso, lo primero es conocer a los alumnos, empaparse de su realidad. Al conocerlos sabrás por dónde puedes engancharlos en algo que les resulte interesante. Las matemáticas pueden ser muy áridas, entonces, ¿por dónde se las muestras? ¿Cómo se

las haces entretenidas? Puedes usar como ejemplos referentes cercanos a ellos... qué sé yo: el futbolista de moda, un periodo histórico en el que surgió un determinado teorema... que no sea la fórmula por la fórmula. No tienen que aprender de memoria, sino ver más allá. Si tú captas la atención, se motivan y prueban el éxito. Y ahí no paran más. Ahora, la amenaza que uno tiene es el medio. Lo tuyo es un paréntesis. Entonces, ¿cómo convertir ese paréntesis en el resto de la vida? Ese es el desafío. ¿Cómo los sacas? Los tienes que dotar de herramientas que luego ellos usen autónomamente. Tengo que nivelar, porque, si no, no logro metas académicas. No puedo remplazar al papá ni a la mamá, pero puedo desempeñar ese rol convencional de un consejero mayor. No podemos perder ni un segundo de tiempo. Sabemos que ese trabajo emocional es una inversión gigante, entonces tienes que ir alternándolo con los contenidos. No puedes perder el tiempo en inseguridades. Yo me transformé en su modelo, también. Nos pasa mucho a los profesores, y eso lo consigues siendo muy consistente, muy creíble, dando testimonio en el sentido de vivir encarnando lo que tú quieres traspasarles a ellos.

Tomás: De una vez te cae mucha responsabilidad. Y es fuerte, porque es algo en lo que no tienes experiencia y el desafío es enorme. Y te lanzas, y al final aprendes por necesidad, porque no te queda otra. Tienes que sobrevivir. Estás ahí, todos los días, a las ocho y media de la mañana, frente a cabros que se van a aburrir si no preparaste bien la clase. Y tienes que desarrollar habilidades comunicativas, psicológicas, de administración del tiempo, de manejo de crisis... es una pega súper completa. Todas esas lecciones te van a servir para siempre, en cualquier situación.

Pía: En general soy bien firme, pero en estas circunstancias tuve que reforzarme. En el respeto y trabajo yo no transo. Al mismo tiempo, me gusta premiarlos. Están tan poco acostumbrados a recibir felicitaciones, elogios. “Está súper bien. Aquí hiciste algo malo, pero el resto está súper bien”. Es conmovedor ver cómo algo tan sencillo los infla de orgullo. También he aprendido a distinguir qué puedo pedirles y qué no. Hay cosas que sabes que pueden cumplir. Y a optimizar el tiempo: por ejemplo, dejarlos haciendo una actividad mientras revisas el libro de clases, y no dejarlos esperando. Los cursos que me tocaron el año pasado

eran Segundos Medios, y yo era nueva. La experiencia, aunque sea de un año, te juega muy a favor. Cada norma que pongo dentro de mi sala, se las explico. En general, las entienden. A veces las discuten, pero a la larga te entienden. Cuando antes yo era más 'milica', más se sublevaban. Hay que ser firme, pero no tanto. Y explicárselos todo.

Ángela: Recuerdo una vez en que me dirigí específicamente a un estudiante que hace mucho rato conversaba y molestaba a sus compañeros. Le dije que de continuar su conducta tendría que cambiarlo de lugar, a lo que él respondió: "Si nadie la pesca, nadie le entiende". Obviamente esta situación me dejó congelada, con un escalofrío, ya que sentí un ataque personal. Pero con altura de miras, no respondí a su ataque y seguí explicando la materia. Al rato, el mismo estudiante levantó la mano y preguntó: "¿Cuándo vuelve la otra profe?", refiriéndose a la anterior profesora de Enseña Chile que habían tenido. Y yo respondí que ella no regresaría por lo pronto, ya que estaba fuera del país y que yo venía por dos años. Y ahí fue cuando se produjo el peor momento, cuando me dijo: "Qué pena, la extraño, no es nada igual". Terminé dignamente la clase, sin más problemas, y después le pedí a ese alumno que se quedara conmigo. En ese momento le dije que necesitaba saber de su parte qué errores estaba cometiendo, que necesitaba su apoyo y cooperación. Me dijo que su problema era que él era muy disperso y que le gustaba que le prestaran atención.

Rosario: Cuando un curso te quiere hacer las cosas difíciles, se organizan y son súper efectivos. Había un curso de Cuarto Medio, el Cuarto H, que no me dejaba hacer clases. Hay cosas chistosas y otras no tanto. Una vez comenzaron a hacer sonidos de selva, y cada alumno hacía un animal distinto. Es gracioso, pero en ese momento es horrible; te tensiona mucho. En mayo me encerraron por fuera en la sala de clases. Estaba sola en la sala, esperándolos, y me di cuenta de que no llegaban y no podía abrir la puerta. Pero decidí sentarme a esperar, apostando porque tarde o temprano iban a entrar. Y entonces se puso a llover. Al final, ese Cuarto, que era el peor en rendimiento y comportamiento, pasó a ser el mejor Cuarto. Eso te demuestra que las cosas se pueden hacer. Este Cuarto del que te hablo

era un curso realmente difícil de dominar; otros profesores me advertían que era un curso perdido. Pero si tú sorteas bien esa prueba, te ganas su respeto. Yo aposté por ser estricta. En general, cuando tú tienes problemas con los estudiantes lo último que tienes que hacer es perder el control. Eso es algo que yo tenía claro, lo habíamos hablado en Enseña Chile. Por dentro puedes estar muriéndote de rabia, pero tienes que mostrarte calmada. Tampoco buena onda, pero en control de la situación.

Antes me frustraba la mala conducta, por supuesto, pero he aprendido la forma de detectar a tiempo a los alumnos más indisciplinados y hablar con ellos aparte, de un modo más cercano... eso me ha funcionado muy bien. Mi aproximación es: “Yo sé que tú eres inteligente, entonces qué pasa que no estás dando lo que puedes”. Ellos se sienten muy emocionados cuando ven que crees en ellos. El problema de baja autoestima es feroz. Acá en Temuco tengo muchos alumnos mapuches, y hay algunos que casi no hablan. Son muy temerosos, muy desconfiados de sus propias capacidades. O, por ejemplo, me tocó un niño que se negaba a hacer los ejercicios en clases: nada de nada. Hasta que decidí hablar con la mamá y tuve su apoyo. Ahora, siempre que quieres hablar con un apoderado, he aprendido que es mejor averiguar muy bien qué situación familiar tiene el alumno. Hay veces que esa entrevista puede ayudar, pero si el apoderado es alcohólico, si fuma marihuana con su hijo –como sucede– o te dice “no se preocupe, lo voy a arreglar con un par de charchazos”, no sacas mucho. También aprendes hasta dónde puedes intervenir en un caso demasiado complejo, o cuándo debes derivar al alumno a un psicólogo.

Graciela: Al que yo más admiro es a mi alumno. Si mi alumno logra aprender, el héroe es él, no yo. Para mí, esto de hacer clases es fácilito. Yo no tengo ninguna duda de que los alumnos son más inteligentes que cualquiera. Son sobrevivientes: brillantes, astutos, pillos... el punto es cómo canalizar esa energía y hacerla productiva en metas de mediano y largo plazo. Cómo los convences de que trabajando y esforzándose van a poder obtener logros. Lo que tú buscas en estos dos años es darles lo mejor, lo mismo que les darías a tus hijos. Y no solo porque sea tu compromiso, sino que porque es lo justo para cabros con más potencial que tú. Ellos han tenido una realidad mucho

más difícil que la tuya y son ¡Brillantes! Si les muestras otras alternativas la van a ‘romper’.

Tomás: El sentido de urgencia que te da esto es enorme. Pero, también quedas muy esperanzado por las mejoras que ves en los alumnos. Al grupo mío en Cuarto Medio le fue súper bien en la PSU. Entonces uno piensa: “Avanzamos tanto en dos años, yo cometí tantos errores, ¿cómo sería si hubiese más tiempo?”. Estoy convencido de que un curso del colegio Tabancura es exactamente igual a mi curso de Puente Alto; en el sentido que en ambos hay cinco cabros ‘secos’, un sesenta por ciento promedio, y otro diez por ciento de alumnos a los que les cuesta más. Y te das cuenta de que si te dedicas a los alumnos ves avances al tiro. Es increíble cómo van avanzando.

Juan Facundo: Cuando te dicen que un alto porcentaje de los alumnos no entiende lo que lee... no es lo mismo que verlo en una sala de clases. Uno, porque te das cuenta de que no es algo tan difícil de reparar; y, dos, porque eso mismo te da una feroz sensación de urgencia al respecto. Un año perdido es mucho, demasiado. No es como “bueno, vamos arreglando esto en el camino”, sino que las cosas tienen que ser ya, ahora.

Graciela: Creo que haber sido profesora de Enseña Chile por dos años cambió mi vida, y, por consiguiente, mis planes, cómo me paro frente al mundo, etc. Los dos años en la sala de clase significaron un proceso de madurez acelerado, y hoy tengo mucha mayor claridad sobre a qué quiero dedicarme, aprovechando las toneladas de habilidades adquiridas y valores reforzados gracias a esta potente experiencia. Fue un desafío permanente que puso a prueba no solo mis habilidades e ingenio, sino que mi capacidad de tolerancia a la frustración, paciencia y perseverancia. Es difícil dimensionar a priori la magnitud del efecto de esta experiencia sobre quién soy yo ahora, y cómo esto se reflejará en lo que seguiré haciendo. Creo que esta evaluación debería hacerse en diez años más, a la luz de lo que efectivamente hice y cómo ello se vincula a reducir la brecha educativa en Chile (que es la misión fundacional de Enseña Chile). Por ahora, retomé mi plan de querer seguir estudios de posgrado en Economía. Era algo que tenía pensado hacía tiempo pero

que ahora, tras mi experiencia en Enseña Chile, tengo mucho más claro, sé qué quiero hacer después y cómo aprovechar el entrenamiento del doctorado con este propósito.

PÍA: Es muy frecuente escuchar cosas como: “Qué choro lo que estás haciendo, te admiro”. A mis amigos les encantan mis historias. Pero yo no estoy en esto para que me feliciten. Incluso, te diría, me molesta un poco tanto elogio. Para mí esto no es algo choro, ni lindo ni feo: es mi trabajo. A estas alturas, cuando me dicen “qué bacán”, yo les digo: “Y tú, ¿por qué no lo haces? ¡Hazlo!”.

Ángela: Mi grupo de amigos valora mucho el trabajo que estoy haciendo. En general, son personas que vienen de una realidad que los obliga a devolver rápidamente el apoyo de sus familias. En la USACH, muchos de mis compañeros estudiaron con crédito universitario. Ellos saben que mi trabajo es una forma de solucionar los problemas, pero en su caso personal no pueden prescindir de lo económico. Lo entiendo, por supuesto, y sé que valoran lo que hago. Pero también he escuchado: “estás loca, cómo te sacrificas tanto”. Yo no mido esto en términos de sacrificio. Pretendo que, si tengo hijos, vivan de verdad en una sociedad mejor que la que existe hoy.

Graciela: Yo le tengo mucha fe a mi generación. Veo en mis pares contemporáneos y en las nuevas generaciones mucho interés y sed de mejoras en todas las dimensiones de bienestar social, lo cual es muy esperanzador. Aun más, tengo la certeza de que los grandes cambios de fondo, que como sociedad nos permitirán avanzar en pos de la equidad y excelencia, estarán encabezados por nuestros estudiantes. El éxito de nuestra acción en la sala de clase pasa por formar personas ávidas de cambiar para las aberrantes fallas del sistema de asignación de recursos que los desfavorece desde su nacimiento, y que tengan la capacidad intelectual y fortaleza valórica para asumir tamaña empresa. Por otra parte, cada vez que converso con alguien de mi edad y círculo de influencias (universitarios, profesionales jóvenes y consolidados, entre otros) sobre la experiencia de Enseña Chile, siempre hay una excelente acogida y admiración por las competencias adquiridas, el conocimiento único de la realidad y el valor para haber emprendido esta alternativa profesional.

Rosario: Tu primera impresión cuando comienzas y te das cuenta de los vacíos de contenidos de tus alumnos es “¿Qué tipo de profesores tuvieron?” Pero al poco tiempo aprendes que los profesores hacen lo que pueden. Cuando sabes que alguien tiene cuarenta y cuatro horas por semana en el aula –yo tengo treinta, y hay semanas en las que no doy más–, piensas: “¿Cómo voy a echarle la culpa a los profesores?” Entonces, si hoy me preguntas por la culpa de la crisis educacional, yo te digo: el sistema. Yo estoy acá por dos años, soy soltera, tengo otra profesión... pero a alguien que está toda la vida en esto no puedes pedirle heroísmo ni que no tenga vida personal. No hay nadie que aguante el sistema actual. Si quieres mejorar el ambiente en el aula, tienes que partir por los profesores. Los profesores son los primeros, es algo urgente, porque su cansancio genera una actitud que hoy imposibilita un buen ambiente de aprendizaje. Y más aún en estos ambientes vulnerables, donde tú eres mucho más que el que enseña Matemáticas, porque también tienes que lidiar con los conflictos que los alumnos traen de sus casas. Entonces, si me preguntas, yo te digo tres cosas concretas sobre las necesidades de los profesores chilenos: mejoras de sueldo, mayor capacitación y otra carga laboral. Eso permitiría una preparación más integrada entre lo teórico y lo práctico. No se trata de políticas públicas, es parte de un cambio en el sistema social. No queda otra que trabajar a todo nivel y en paralelo. Los problemas son multisistémicos, y las soluciones tienen que ser multisistémicas. No puedes gastar recursos sólo en un área.

Graciela: Lo de culpar o no culpar a los profesores es caer en un círculo vicioso. Cuando entré, varios profesores de mi colegio me alertaron, como un consejo en la mejor de las ondas: “No te desgastes con estos alumnos. Ya vas a ver que no vale la pena”. A mí me chocaba, pero me quedaba callada, no quería discutir. Yo entiendo totalmente su agotamiento, pero también es lógico que le traspasen esa desilusión a los alumnos. Si tú crees que tu alumno no va a rendir, ¿para qué te vas a esforzar? Y el alumno percibe eso y se comporta como su profesor cree. ¿Y quién va a romper esa lógica? Ahora, a estas alturas de mi experiencia, yo tengo el mayor de los respetos por los profesores. Detesto que nos comparen con ellos, porque es ¡Tan injusto! Mi actitud con ellos fue la de aprendiz. En plan ‘yo vengo a

aprender de ustedes'. Si llegas con actitud de superhéroe estás mal. Ellos son las piezas permanentes del sistema. Hay muchos profesores esforzados, pero no se matan trabajando, porque sería como inmolarse. Hay que hacer sustentable la pega. Muchos profesores nos agradecen, sienten que les damos nuevas esperanzas. Yo tengo una experiencia puntual que me llena de orgullo contar. Trabajé muy codo a codo con el profesor de Matemáticas y Física, y al principio él me vio como una amenaza, no le caí nada de bien... pero terminamos muy cercanos. Un muy buen profesor, con hartas décadas de trabajo en el cuerpo. De esos profesores que siguen ahí dando la pelea. Al final de los dos años él me dijo: "Mi campeona, yo te admiro. Quiero ser como tú. Me reencantaste con mi profesión". Fue muy potente. Nos abrazamos. Ese reconocimiento te lo ganas de gente que ha estado en la trinchera toda la vida. A ellos nadie les viene a contar cuentos.

Pía: Pucha, mi nota para la educación chilena es cero. Yo encuentro que no hay nada que esté bien. Todo necesita cambios y mejoras. Y lo digo no solo como una opinión, sino desde la constatación de los problemas que te da este trabajo. Hay tantas cosas urgentes de las que no se habla. ¿Por qué no darles becas también a los estudiantes de las universidades privadas, si ahí llegan muchos de los alumnos más vulnerables? ¿Por qué no ponerles un límite a las horas de aula de un profesor? No puede ser que haya gente con cuarenta y cuatro horas a la semana. Es absurdo; menos con esa cantidad de niños por sala. ¿Por qué no hablamos de las vacaciones de los profesores y del hecho de que muchos de ellos ni siquiera puedan pagarse un viaje a la playa? Uno sabe de los bajos sueldos, pero a mí me sorprende cómo muchos profesores van a pagar sus cuentas el mismo día en que les llega su cheque mensual. Ni siquiera almuerzan. Eso significa que viven al día, que no están tranquilos. Y tener un profesor contento es tan importante para que todo el sistema ande mejor.

Graciela: Lo que consigues con una experiencia como esta es comenzar a opinar desde otro lado. No puedes sino ver a la educación como un problema de sistema. La ves dentro de una cultura, de una economía, de un clasismo... tú reflexionas sobre la educación desde un contexto nacional muy específico.

Tomás: El trabajo te permite comenzar a entender ciertas

cosas... por ponerte un ejemplo, el movimiento estudiantil. Quizás alguien sin tanta sensibilidad por el tema pueda decir con respecto a ellos “cabros flojos”, pero tú sabes que en el movimiento hay mucha razón en muchos aspectos. Cualquiera persona que racionaliza un poco el problema se da cuenta de que el país jamás va a llegar a dar un salto importante en desarrollo si no mejora el sistema educacional de los chilenos. Si no puedes asegurar eso –da lo mismo cómo, si es vía estatal o privada-, del país desarrollado olvídate. Que los 20 mil dólares per cápita, que sube el precio del cobre... da lo mismo. ¿De qué sirve tener más plata si los cabros no saben sumar fracciones? ¿Cómo van a vivir? ¿Les vas a aumentar su pensión y dejarlos igual de ignorantes? La gente va a seguir siendo igual de infeliz, los problemas de fondo seguirán siendo los mismos. Entonces te diría que la pasada por Enseña Chile me confirmó la relevancia de la educación en cualquier visión política o social que uno tenga. Tengo demasiado claro que ahí está lo fundamental. El resto son puros parches.

Pía: Esto ha sido una aventura. Me vine a vivir sola a Temuco: lo logré. Me tocó enfrentar historias personales que jamás imaginé, y ya sé cómo manejarlas. Imagínate lo que era al principio estar con un niño que te dice que no hizo la tarea porque su papá llegó borracho la tarde anterior. O que una de tus mejores alumnas, de 15 años, te diga que está embarazada. Una chica talentosa, que quería ir a la universidad... era mi *chiche*. Al principio me daban ganas de adoptar a esos niños. Hoy ya sé cómo darles ánimo sin enganchar desde la pena o la compasión. Luego te das cuenta de que una no está llamada a cambiar su realidad, sino a mejorársela. O más bien, a ayudar a que ellos vean cómo mejorarla. Que tenga esa visión de futuro. Si conoces a alguien que lleva quince años viviendo de una determinada forma, que logre mirar su futuro de otra manera... yo creo que es posible.

Tomás: Aportar a la educación es algo súper amplio, puedes hacerlo desde muchos lados. Pero me gustaría encontrar un posgrado que me dé valor agregado en el tema educación; no sé bien todavía cuál será. Lo tengo visto para más adelante. Creo que necesito aprender más sobre gestión, aunque, sinceramente,

lo que más a uno le falta es tiempo. Yo le perdí el susto a tirarme a la piscina. Incluso sin tanta experiencia, uno puede hacer mucho. Hay que prepararse, pero también hay que lanzarse. La diferencia se marca cuando estás ahí. No puedes dedicarle a esto una hora a la semana y luego volver a tu pega. Tienes que estar ahí, dedicado. Al menos mediodía. Entonces lo fundamental es tiempo y dedicación. Y encontrar un buen equipo. Eso me preocupa mucho más que mi formación pendiente.

Rosario: Te diría que las condiciones para ser un buen profesional Enseña Chile son: tener mucha tolerancia a la frustración, ser constante y ser crítico, consigo mismo y con los otros.

Graciela: En comparación con cómo era yo hace dos años, estoy mucho más segura. No queda casi nada de mi antigua inseguridad, y eso sucede porque tengo que ser convincente frente a los alumnos. Esta experiencia me ha demostrado que mi convicción funciona. Si no eres sólida en esto, te come el sistema, que es brutal. Tú tienes que ser un pilar en un entorno en que está casi todo caído. El sistema no te acompaña, y eso es muy frustrante; entonces a veces eso casi te la gana. Pero luego aprendes cómo pasar por el lado de ese derrumbe y seguir, seguir, seguir. Dentro de la vulnerabilidad femenina, te pones más blindada. Si alguien te dice algo sobre educación, tú dices: “Yo estuve ahí, yo sé”. Puedo sostener un argumento y dejar callado a todo el mundo. Mis convicciones antiguas ahora son megaconvicciones. Ya no me quedo calladita. Y te digo como una postura ante la vida. Mis convicciones son más arraigadas, y eso no se circunscribe sólo a la educación. Cuando nos juntamos los profesionales de Enseña Chile nos ponemos a pensar a veces en cosas muy chiquititas. No hablamos sobre grandes soluciones ni de cambiar leyes; lo que más compartimos es la dificultad cotidiana. Las dificultades de esa realidad micro que nos ocupa, te distraen un rato de lo macro. No puedes ver lo amplio cuando tienes tanto pequeño en qué ocuparte. Esto es lo más carenciado, los colegios más vulnerables de Chile, pero estoy convencida de que los próximos presidentes y los protagonistas del Chile que queremos serán nuestros estudiantes, porque ellos mejor que nadie saben qué es lo que falta para dar el salto al desarrollo, y ahora trabajan duro para dotarse

del conocimiento y técnicas para estar mejor equipados para encumbrarse como líderes a la altura del desafío. Hoy muchos son ya estudiantes universitarios de las mejores universidades nacionales, y otros tantos escolares ya tienen una visión mucho más clara del sentido que quieren darle a sus vidas.

Pía: Al principio pensé que esta experiencia no tenía gran relación con mis estudios, pero ahora creo que utilicé mi pregrado de Agronomía para esto, para aprender sobre economía, sobre organización y comunidades. Creo que un pregrado nunca marca tu vida, pero sí te da herramientas. Ahora lo que quiero hacer luego de terminar este trabajo es tomar un posgrado en Políticas Educativas. Desde mi punto de vista, las decisiones que se toman están mal desde el origen. La gente que decide nunca ha estado en la sala de clases de un colegio, menos en uno vulnerable. Han hecho clases, sí, pero a nivel universitario. Es probable que sean personas de colegios privados, con hijos en colegios privados. No conocen esta realidad. Y yo sé que hay muchos recursos que se están malgastando en este momento. Por ejemplo, yo no estoy usando los libros. Los niños se tomaron el colegio y los quemaron, porque no tienen conciencia alguna de su valor. Los libros no están adecuados a la realidad de un alumno vulnerable. Estos son niños de campo. Leen ‘...en Plaza Italia’, y te preguntan “¿Qué es Plaza Italia?”. Entonces, son niños que no entienden el valor de un libro: les sacan las tapas, los rompen. Pero ese es solo un ejemplo. La gente que tiene que tomar las decisiones en educación, tiene que haber vivido esta realidad. Luego va y llena de computadores a los colegios. Si te llega el mejor de los computadores, y nadie lo puede mantener... no va a durar más de un mes. Ahora, yo sé que no tengo todavía toda la experiencia para tomar decisiones, y por eso tengo que profundizar y complementar lo que ya sé de modo experiencial, con un posgrado. Hay muchas cosas que puedo seguir aprendiendo.

Tomás: El sello de esta experiencia te queda para siempre. Luego de mis dos años como profesor, estuve muy tentado de quedarme trabajando en temas de educación, pero luego pensé que especializarme a los 26 años para toda la vida era un poco mucho. Me parecía importante saber de otras cosas, encontrar

una pega que me diera más amplitud... Pero tengo clarísimo que voy a terminar trabajando en algo ligado a la educación; es inevitable. De hecho, en el poco tiempo libre que tengo ahora estoy desarrollando algunos proyectos, porque el entusiasmo está intacto. Mi sueño junto a otros tres ex profesionales de Enseña Chile es tener algún día una red de colegios inspirados en los colegios KIPP gringos (Knowledge is Power Program, red de colegios fundados por los alumni de Teach for America) y en el modelo educativo de Enseña Chile... por ahí va. Hemos avanzado hasta ahora dentro de lo posible en paralelo a nuestras pegas. Las habilidades que estoy desarrollando ahora, en Larraín Vial, obvio que me van a servir después para lo que quiera hacer en educación.

Juan Facundo: Yo ahora estoy trabajando en el Ministerio Secretaría General de la Presidencia; así es que terminé en el sector público. Pero creo que es súper complementario, porque estoy aprendiendo mucho sobre aparato de Estado y la génesis de las políticas públicas. Y estoy convencido de que eso será súper útil para el proyecto sobre educación que queremos hacer. Lo que me gustaría es aplicar la ingeniería al servicio de procesos, de administración, de manejo de recursos, de gestión de personas, procesos y operaciones. Una de las deficiencias grandes del sistema tiene que ver con administración de recursos, sobre todo en las comunas más pequeñas, donde es urgente profesionalizar toda la gestión escolar. Hay muchas cosas que se hacen a pulso, porque se han hecho siempre así, y ahí hay mucho que mejorar.

Graciela: Nuestra función no es ser el ministro de Educación. Te diría, más bien, que esto es un gran entrenamiento para llegar a ser un ministro de Educación. Yo he retomado mi plan previo a Enseña Chile, que era doctorarme en Economía en el extranjero. Siento que necesito equiparme de más y tener mejores herramientas para aportar más seriamente a la construcción de un mundo mejor. Este año postulo. La experiencia Enseña Chile reforzó mis convicciones y me dio más claridad acerca de lo trascendente y prioritario, y aquello que no lo es tanto, con miras a revolucionar la educación como se comprende hoy, y, a partir de ahí, mejorar todos los resultados económicos,

en términos de bienestar social, que logramos como país; privilegiando el mérito y talento por sobre otras consideraciones que hoy se asocian a un país clasista y segregado. En ese sentido, la experiencia, la calle, el roce y el conocimiento de causa de los problemas sociales en Chile –todos consecuencia de la inequidad educativa– sumados al conocimiento técnico, se complementan de maravillas y le dan un valor agregado significativo a mis competencias profesionales aplicadas a cualquier ámbito.

Juan Facundo: Me ha tocado ir a presentaciones de gente que hace estudios, súper teóricos, súper buenos, que tienen unos supuestos que parecen súper razonables, pero que la práctica te enseña que no son tan así. En eso he ganado autoridad, sin duda. Hay muchas cosas que son muy ciertas, pero en la práctica ves que hay un montón de otros factores que actúan con fuerza en la educación chilena, como los gremios, el ánimo de los profesores, las diferencias entre Santiago y regiones, etc. Siempre me interesó el tema de la educación, pero hoy tengo una sensibilidad con las necesidades concretas chilenas que es incomparable. Me mantengo muy informado.

Graciela: El resto de mi carrera me gustaría dedicarlo a trabajar en temas que tengan incidencia sobre el bienestar de las personas. Actualmente, mientras me preparo para postular al doctorado y hago clases en la universidad, dirijo junto a Camila Bustamante (Coordinadora del Área Alumni de Enseña Chile) una organización que apoya académica y motivacionalmente a todos nuestros estudiantes que ingresaron a la educación superior en universidades del Consejo de Rectores, a fin de suavizar la difícil transición colegio-universidad, más aún tras egresar de colegios que hoy no entregan competencias ni conocimientos indispensables para partir de buena manera carreras profesionales altamente exigentes. Enfrentar hoy este desafío es prueba de que, como profesores de Enseña Chile, logramos derribar la altísima muralla que representa ser seleccionado por una universidad de excelencia: hoy nuestros estudiantes son pioneros en sus entornos en estudiar competitivas carreras en universidades como la Chile, Católica, de Santiago, Adolfo Ibáñez, Alberto Hurtado, entre otras.

Ángela: Hasta hace poco tiempo no sabía bien qué iba a hacer luego del tiempo como profesora de Enseña Chile. Pero este año me empecé a picar el bichito de crear un colegio que funcione bajo los parámetros de Enseña Chile. Hay un programa que tiene convenio con APTUS (formación de directores), y creo que el impacto que se puede generar desde la gestión de un colegio es aún más eficiente que en la sala de clases. Pero necesito tener las suficientes herramientas de gestión educacional. Tengo la sustancia, pero me faltan temas administrativos más específicos. Fui a Chicago a talleres de Teach For All –fuimos tres profesores de Enseña Chile en 2011– y me di cuenta de que es posible. Me he dado cuenta de que me gusta eso, que me agrada facilitar espacios más potentes e impactantes para los estudiantes.

Graciela: Todos entramos pensando que íbamos a enseñar y aprendimos más de lo que enseñamos. Somos otros. Cuando conversamos entre nosotros, al menos en mi caso, coincidimos en que estos son los mejores dos años de nuestra vida hasta ahora. Quedas convencido de que esto no puede quedar así. Uno, para poder hacer esto y no morir en el intento, tiene que tener una visión tan grande que los problemas se vean minúsculos. Ya vienes ultra sensibilizado y convencido, y así los fracasos puedes tolerarlos mejor y las dificultades verlas más pequeñas o como un medio para conseguir algo superior. Entonces es súper importante trabajar más desde la convicción que desde el deber. Tú tienes que creer de verdad que puedes darle a tu alumno incluso mejores oportunidades que las que tú tuviste. Pero tienes que partir con ese convencimiento. No se me ocurre ninguna otra pega donde uno pueda cambiar vidas todos los días, y eso es súper gratificante.

"HOY EN CHILE TODO
EL MUNDO TIENE UN
CULPABLE PARA LA
CRISIS DE EDUCACIÓN:
QUE LOS ALUMNOS,
QUE LOS PROFESORES,
QUE EL GOBIERNO.
YO ESCUCHABA ESO Y
PENSABA: VALE, TENGO
QUE ESTAR EN LA SALA
DE CLASES PARA SABER
QUÉ ES
LO QUE PASA
EN REALIDAD"

IMÁGENES EN LA SALA
UN ENSAYO FOTOGRÁFICO
POR SUSANA ADRIASOLA





VÍCTOR RUIZ. Periodista y licenciado en Filosofía de la Universidad Adolfo Ibáñez. Instituto Cumbres de Cóndores, Renca. Asignatura: Lenguaje. Trabaja por construir una visión de vida para sus alumnos de Segundo Medio, y luego en convencerlos de que lo que hacen en el colegio afecta el objetivo de vida que se han trazado.

TOMÁS RIVADENEIRA.

Ingeniero civil de la Pontificia Universidad Católica. Liceo Juan Mackenna O'Reilly, Puente Alto. Asignatura: Matemáticas. El liceo estuvo en toma y Rivadeneira comenzó a hacer clases para preparar la PSU en esta capilla. Los alumnos que asistieron promediaron casi cien puntos más que cuando empezaron. De sus 36 alumnos, 23 se encuentran hoy cursando estudios de educación superior, el 40% de ellos en universidades del CRUCH.









GRACIELA PÉREZ.

Economista de la Universidad de Chile. Centro Educacional Mariano Egaña, Peñalolén. Asignatura: Matemáticas. "Generalmente esos cabros (pandilleros) tienen un liderazgo nato y lo traducen en cosas negativas, pero son brillantes. La meta entonces es darlos vuelta...".

ROSARIO ESCRIBANO.

Astrónoma de la Pontificia Universidad Católica.

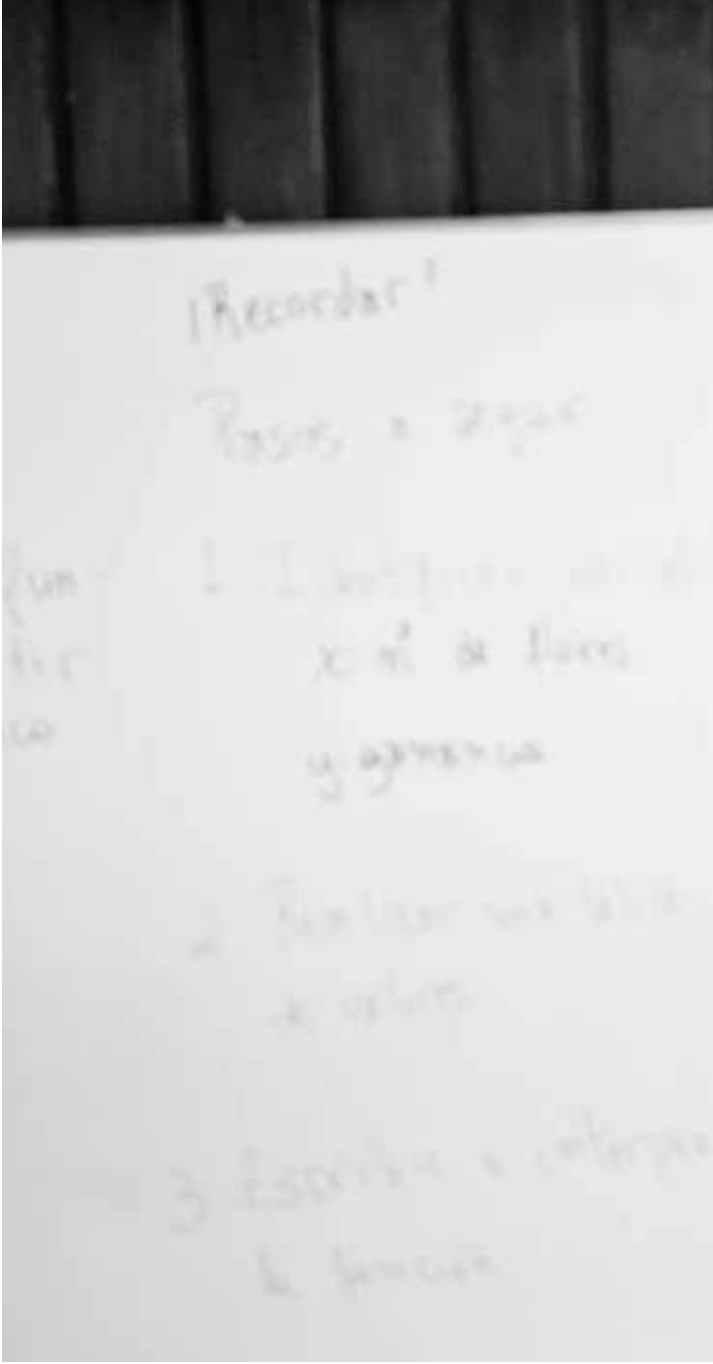
Liceo Industrial de Temuco.

Asignatura: Matemáticas.

Respecto de sus alumnos:

“He visto cosas que hacen en carreras técnicas que a mí me asombran.

Tienen gran ocurrencia. Su conocimiento experiencial es altísimo, quizás más que en los colegios científico-humanistas”.









NATALIA CASAS.

Profesora de Lengua Castellana y Comunicación de la Universidad Católica de Valparaíso. Instituto Cumbre de Cóndores I, Renca. Asignatura: Lenguaje. El trabajo en equipo, junto con su coordinadora de Enseña Chile y otros profesionales, fue clave para su gestión. Ella fue resultó 'Destacada' en la Evaluación Docente.

JUAN FACUNDO

DÍAZ. Ingeniero civil de la Pontificia Universidad Católica. Liceo Atenea, Cunco. Asignatura: Matemáticas. En los ensayos PSU de Matemáticas, su curso empezó promediando 400 puntos. Para la prueba obtuvo un promedio de 554 puntos. Hoy todos sus alumnos, excepto uno, se encuentran cursando estudios de educación superior.







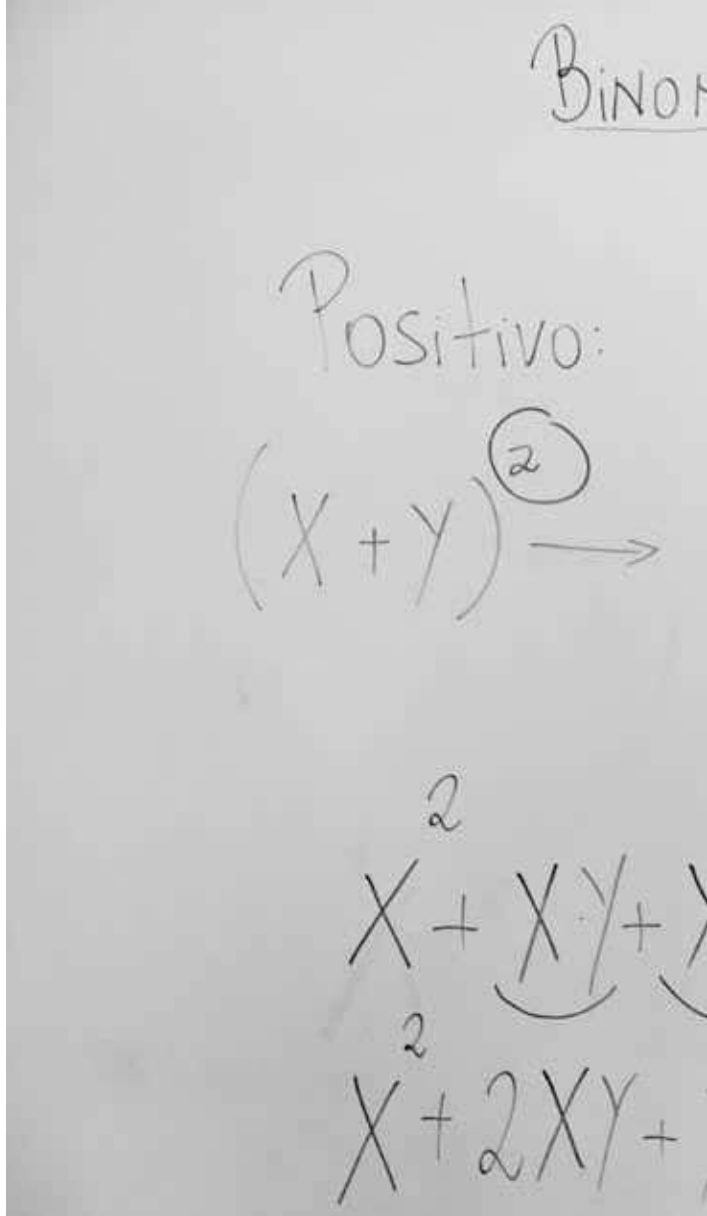


MARTÍN CÁCERES.

Licenciado en Física de la Pontificia Universidad Católica. Liceo Politécnico de Pitrufquén. Asignatura: Física. Entendió que debía flexibilizar su planificación: pasó del Power Point a la construcción de máquinas a escala de energía eólica.

PÍA CISTERNAS.

Ingeniera agrónoma de la Pontificia Universidad Católica. Liceo Industrial de Temuco, IX Región.
Asignatura: Matemáticas.
"Una no está llamada a cambiar su realidad -de los alumnos- sino a mejorársela. O, más bien, a ayudar a que ellos vean cómo mejorarla".



io al cuadrado.

$$(X+Y)(X-Y)$$

$$X \cdot Y + Y^2$$
$$2$$



JAVIERA HORTA.

Ingeniera civil de la Universidad de la Frontera. Liceo Politécnico de Pitrufquén. Asignatura: Matemáticas. ¿Cuántas canciones de Lady Gaga son necesarias para armar siete discos? Su idea es enseñar Matemáticas con datos que las alumnas sintieran cercanos.









BERNARDITA

AMENÁBAR. Publicista de la Universidad del Desarrollo. Centro Educacional San Esteban Mártir, Lo Barnechea.

Asignatura: Arte y Tecnología. Bernardita ha implementado acciones de refuerzo como llamar a los padres para felicitar al estudiante. En algunas ocasiones, es el primer comentario positivo que un padre o madre recibe con respecto a su hijo.





DIGNA FLORES.

Licenciada en Diseño de la Universidad Católica de Temuco. Liceo Araucanía C-39, Villarrica. Asignatura: Arte. Una de sus estudiantes dice de ella: "La señorita Digna me ayudó a pensar en lo que me gusta, a sentir que sí puedo hacerlo, a no desmerecerlo".





GUSTAVO ROJAS.

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Liceo Politécnico Santa Cruz, Cunco. Asignatura: Lenguaje. El profesor quiere incentivar a sus alumnas a emprender negocios una vez que egresen o pasen a otra etapa de sus vidas.





ÁNGELA CAVIEDES.

Licenciada en Ciencias de la Actividad Física, Universidad de Santiago. Liceo Antonio Hermida Fabres, Peñalolén.

Asignatura: Biología. ¿Por qué se hizo Profesional de Enseña Chile? "Pretendo que, si tengo hijos, vivan de verdad en una sociedad mejor que la que existe hoy".

FERNANDA MATURANA.

Ingeniera comercial de la Pontificia Universidad Católica. Liceo Colegio Polivalente Cardenal José María Caro, La Pintana. Asignaturas: Matemáticas y Administración. "Les dije (a sus estudiantes) que mientras nosotros perdíamos tiempo por indisciplina, tres comunas más arriba había niños con sus mismas capacidades que nos sacaban ventaja día a día".



PE
o a la
nomia
casos
Economía
fo oportunidad







JUAN PAULO SÁNCHEZ.

Ingeniero civil de la Pontificia Universidad Católica. Liceo Atenea, Cunco. Asignatura: Matemáticas. Llevó a 30 de sus alumnos a Santiago en un esfuerzo autogestionado por profesor y estudiantes. Muchos de ellos no conocían la capital. "Si uno se queda esperando que sucedan las cosas, no suceden nunca".





FRANCISCO HERZ.

Ingeniero civil de la Pontificia Universidad Católica. Liceo Gregorio Urrutia, Galvarino. Asignatura: Matemáticas. Sobre compartir experiencias con otros profesionales de Enseña Chile: "Sin recibir ideas de ellos todo sería demasiado difícil. Conversar entre nosotros ayuda a darte cuenta que lo que te pasa no te pasa solo a ti".

FELIPE CANALES.

Licenciado en Ciencias Veterinarias y Pecuarias de la Universidad de Chile. Centro Educacional Eduardo de La Barra, Peñalolén. Asignatura: Biología. "Si pasas un punto, te firmas en que sigues o no sigues", dice respecto de la experiencia de ser profesional de Enseña Chile. "Hubo un momento en que yo dije: 'Ya, me la pude'. Y entonces seguí, y ahora estoy feliz".







PA (20)

¿CUÁLES SON LAS DIMENSIONES
REALES DE LA CANCHA?

$$\frac{1}{200} = \frac{5}{X} \quad \frac{1}{200} = \frac{4}{X}$$

$$X = 5 \cdot 200$$

$$X = 10 \text{ cm}$$

$$X = 100 \text{ m}$$

FELIPE MERINO.

Ingeniero en aviación comercial de la Universidad Federico Santa María. Centro Educacional San Esteban Mártir, Lo Barnechea. Asignatura: Matemáticas y Física. Con sus Octavos Básicos pasó de 225 puntos en ensayos SIMCE de Matemáticas, a 268 en la prueba real.

CAMILA LECAROS.

Actriz de la Universidad del Desarrollo. Colegio Polivalente Padre Pedro Arrupe Sagrada Familia, Quilicura. Asignatura: Inglés. En sus clases a Segundo Medio emplea canciones de Linkin Park. Dice una alumna: "Esta profesora nos hablaba de cuestiones que nunca habíamos escuchado antes: la visión o qué queríamos ser en el futuro. Según ella, había que hacer algo pronto para cambiar nuestro presente y futuro".



